An artistic illustration of three children sitting around a campfire in a dark forest at night. The fire is bright and glowing, casting light on the children's faces and clothing. The background shows the silhouettes of trees and a dark sky. The overall mood is cozy and adventurous.

# AVENTURA *en el* VALLE

Erid  
Blitz

Lectulandia

Aventura en el valle es el tercer libro de esta serie de aventuras. En ella volvemos a encontrarnos con Jack, su parlanchín loro «Kiki», su hermana Lucy, sus amigos Jorge y Dolly... y su fiel admirador Bill Smugs. De nuevo se encuentran embarcados en una aventura inesperada, esta vez en un valle extraño y desierto.

**Lectulandia**

Enid Blyton

# **Aventura en el valle**

**Aventura - 3**

ePub r1.2

Gand 15.09.14

Título original: *The valley of adventure*

Enid Blyton, 1947

Traducción: Guillermo López Hipkiss

Ilustraciones: Stuart Tresillian

Editor digital: Gand

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# Capítulo I

## A bordo del aeroplano de Bill

El loro «Kiki» estaba de muy mal humor. Le habían dejado solo el día entero, y hablaba airado, sin nadie en la habitación que le escuchara.

—¡Qué lástima, qué lástima, qué lástima, pobre, pobre lorito! ¡Que llueva, que llueva, la Virgende la Cueva, buenos días, buenos días!

La señora Mannering asomó la cabeza al cuarto.

—«Kiki», ¡no seas tan absurdo! ¡Mira que pasarte el día hablando solo! ¡Los niños no tardarán en regresar!

—Que llueva, que llueva... —torna «Kiki», compungido, haciendo un chasquido con el pico.

—Supongo que echas de menos a Jack —dijo la señora, entrando en la estancia y cerrando la puerta cuidadosamente tras sí—. No tardará ya, «Kiki». Les oirás, a él y a sus compañeros, de un momento a otro. Ahora sé un buen pájaro y no hagas más ruido.

«Kiki» abrió el pico, hinchó la garganta e hizo su famosa imitación de un tren expreso que entra silbando en un túnel. La señora Mannering se llevó las manos a los oídos.

—¡Malo, «Kiki», malo! ¿Cuántas veces te hemos dicho que no hagas eso?

—¿Cuántas veces he de decirte que cierres la puerta, cierres la puerta, cierres la puerta? —respondió «Kiki», encrespando las plumas de una manera tan impertinente, que la señora le dio un golpe en el pico.

—¡Qué pájaro más estrambótico eres! —exclamó—. ¡Ah, escucha...! Suena como si volvieran los muchachos... ¡Han subido en aeroplano, «Kiki»! ¡Imagínate! ¡Por eso tuvieron que dejarte solo todo el día!

—¡Jack, Jack, Jack! —chilló «Kiki», al oír la voz de su amo.

Cuatro niños irrumpieron en la pieza, encendido el rostro de emoción.

—¡Hola a todos! —dijo la señora—. ¿Cómo, os gustó? ¿Resultó divertido encontrarse tan arriba por el aire?

—¡Oh, mamá! ¡Ha sido lo más divertido del mundo!

—Tía Allie, me compraré un aeroplano para mí sola cuando sea mayor.

—Mamá, debiste haber venido. Bill pilotó el avión y lo hizo de maravilla.

—No me mareé, tía Allie, aun cuando Bill me dio una bolsa de papel por si acaso.

La señora Mannering se echó a reír. Los cuatro hablaban al mismo tiempo, y le costaba trabajo distinguir lo que cada uno decía. «Kiki» soltó un chillido de afecto, y voló a posarse en el hombro de Jack.

Los cuatro niños tomaron asiento y se dispusieron a relatar su aventura de aquel día, Jorge y Dolly, hijos de la señora Mannering, de ojos y cabellos oscuros como su madre, los dos con un mechón de pelo que se empeñaba en alzarse por delante, por cuya razón les daban en el colegio el nombre de «Copete»..., y Jack y Lucy, hermano y hermana huérfanos de padre y madre que vivían con la señora Mannering, a quien llamaban tía Allie... Hubiérase dicho que constituían una sola familia los cuatro.

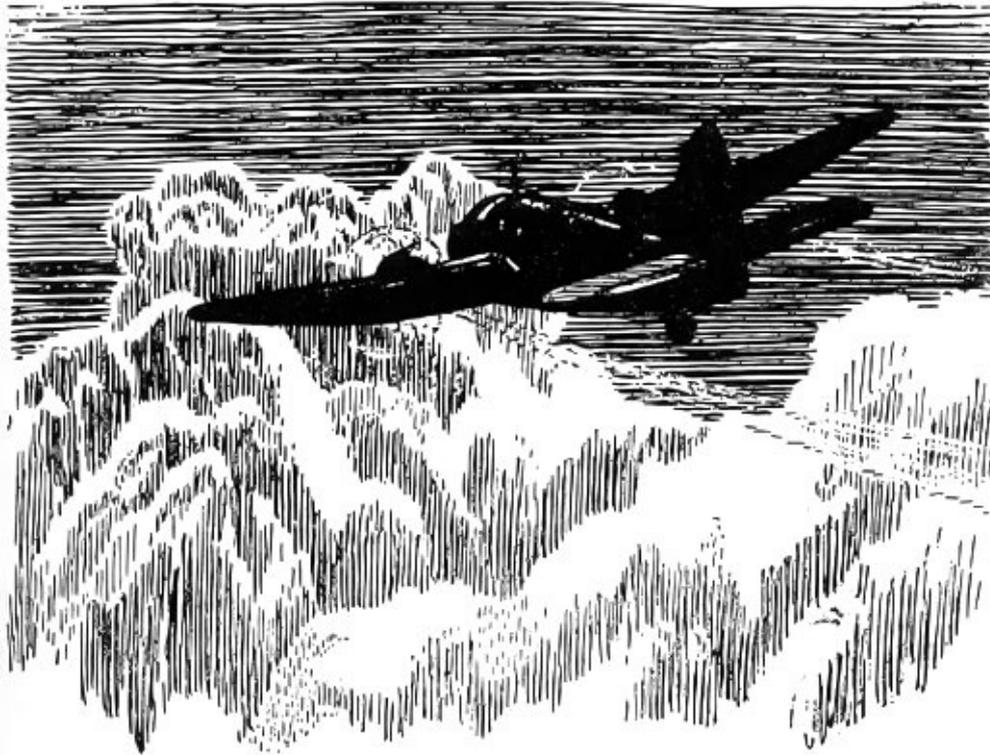
Jack y Lucy Trent eran muy parecidos. Ambos tenían el cabello rojo y los ojos verdes y estaban tan cubiertos de pecas, que resultaba imposible encontrarles en el rostro, los brazos, ni las piernas, un trozo de piel sonrosada. No era de extrañar, por consiguiente, que a Jack le llamaran, con tanta frecuencia, «Pecas». El loro «Kiki» le pertenecía, un loro divertido y parlanchín con el don de repetir cuanto escuchaba y de imitar cualquier ruido, desde el de una máquina de coser hasta el de un tren expreso, con silbido y todo. El pájaro quería con delirio al muchacho, sintiéndose desgraciado cuando no se encontraba junto a él. A Jack le gustaban con locura las aves y Jorge tenía una verdadera pasión por los animales de toda clase, que le obedecían, por cierto, de una manera sorprendente, y le amaban. Siempre llevaba consigo algún bicho extraño, por cuya causa regañaba con frecuencia con su hermana Dolly, a la que asustaban todos los animales, en particular los insectos. Pero, en aquellos instantes, ninguno de los cuatro pensaba en otra cosa que en el maravilloso vuelo que acababan de efectuar a bordo del aeroplano nuevo de su amigo Bill. Bill Smugs era un buen amigo suyo. Juntos habían corrido las más espeluznantes aventuras. En una de ellas habían bajado a unas antiguas minas de cobre para capturar a unos falsificadores muy astutos. En otra dieron con un nido de peligrosos espías. Como decía Bill Smugs, aquellos niños tenían la virtud de «dar siempre de narices con las aventuras». No necesitaban buscarlas, eran éstas las que parecían salirles al encuentro.

A Bill acababan de darle un avión nuevo para ayudarle en su trabajo. Comunicó a los niños la noticia por carta, hallándose éstos en el colegio, y la excitación de los muchachos al enterarse no es para ser descrita.

—Apuesto a que nos lleva a dar un paseo por el aire en él —dijo Jack, emocionado—, apuesto a que sí.

—Le obligaremos —respondió Jorge.

Pero no hubo necesidad de obligarle. Bill se mostró muy dispuesto a enseñarles su aeroplano y demostrarles lo bien que lo sabía manejar después de unas cuantas lecciones.



—Mamá, subimos mucho, mucho más arriba de las nubes —anunció Dolly—. Las miré desde arriba, y no parecían nubes ni pizca. Eran como un campo de nieve grandísimo. No sabes la sensación tan rara que me dieron.

—Yo llevaba sujeto un paracaídas por si me caía, y Bill me enseñó el cordón del que debía tirar en caso de peligro —dijo Lucy, la más pequeña, con los ojos muy brillantes.

—Volamos por encima de nuestra antigua casa Craggy-Tops —dijo Jorge—. ¡Qué rara parecía desde arriba! Y también volamos por encima de ésta, mamá. Desde arriba es como una casita de juguete.

—Tía Allie, Bill dice que es la mar de emocionante volar de noche y ver luces como cabezas de alfiler allá en la tierra —anunció Jack—. Le pedimos y le suplicamos que nos llevara a dar una vuelta por la noche, pero nos dijo que tendría que pedirte permiso a ti. ¡Troncho! ¡Lo que dirán los chicos en el colegio cuando les cuente que he subido en aeroplano de noche y de día!

—De noche y de día —repitió «Kiki»—. ¡Pim, pam, pum! ¡Que llueva, que llueva!

—Tiene «que llueva, que llueva» metido en el seso —dijo Jack—. Hay una vecinita que se pasa el día recitando y cantando cosas infantiles, y «Kiki» la escucha y se aprende trozos. Ayer no hizo más que repetir «Mambrú se fue a la guerra». Hoy le ha tocado «que llueva, que llueva». No sé lo que será mañana.

—Dónde están las claves —murmuró el loro, como si le entendiese.

—Dónde están las llaves —le corrigió Jack—, y no las «claves».

—Dónde están las claves, matarile-rile-rile... —insistió, con solemnidad «Kiki»,

rascándose la cabeza con una pata—. Dónde están las claves...

—Bueno, bueno, bueno —le interrumpió su amo—. Tía Allie..., ¿podemos subir con Bill de noche? Va a venir a preguntártelo, mamá, conque, por favor, di que sí.

—Supongo que no tendré más remedio —contestó riendo la señora Mannering—. ¡Vosotros y Bill! Mientras no se os ocurra meteros de cabeza en otra de esas horribles aventuras...

—¡Las aventuras no son horribles! —protestó Jorge—. ¡Son una verdadera delicia!

—No para las personas que no las están corriendo —dijo la señora—. Me pongo enferma a veces al pensar en las cosas que os han pasado. No más, por favor.

—Bueno. No nos meteremos en ninguna otra aventura estas vacaciones —aseguró Lucy, dándole a su tía un fuerte abrazo—. No te daremos preocupaciones. De todas formas, yo ya no quiero más aventuras. Ya he tenido bastantes.

—¡Crío!, ¡más que crío! —exclamó Dolly con desdén—. Bueno, pues si llegamos a correr otra, no te llevaremos con nosotros, Lucy.

—Eso lo dices tú —anunció Jorge, dándole un empujoncito a Dolly—; pero no podemos correr ninguna sin Lucy.

—¡Eh, cuidado! ¡No empecéis a regañar otra vez! —intervino la señora Mannering, temiendo que iniciaran los dos hermanos una de sus eternas discusiones—. Estáis cansados todos después de tantas emociones. Id a hacer algo pacífico hasta la hora de cenar.

—¡Cantad por la cena! —intercaló «Kiki».

Los niños se echaron a reír.

—Eres un idiota, «Kiki» —murmuró Jack, con cariño—. ¿Nos echaste de menos hoy? Tuve miedo de que te asustaras y salieras volando del aeroplano si te llevábamos. Pero supongo que hubieras sido un pájaro sensato y te hubieses quedado todo el rato posado en mi hombro, ¿verdad, «Kiki»?

«Kiki» le dio un golpecito cariñoso con el pico en la oreja, e hizo un ruido arrullador. Se pegó a él todo lo que pudo. Los niños empezaron a hablar de la emocionante jornada.

—Qué bien estuvo eso de poder ir al aeródromo, entrar gracias a nuestros pases, y poder acercarnos adonde estaba Bill como si fuéramos personas mayores, ¿verdad? —dijo Jorge—. Y..., ¡troncho!, ¡qué estupendo es el aeroplano de Bill!

—Yo no creí que fuese tan grande —aseguró Lucy—. Y, ¿sabes?, ¡qué raro fue...! Contuve el aliento cuando arrancamos, creyendo que sentiría algo extraño cuando despegáramos del suelo, igual que me ocurre cuando subo en ascensor y... ¡ni siquiera me enteré de cuando dejábamos tierra y empezábamos a volar! Me llevé un susto cuando miré por la ventanilla y vi que íbamos ya por encima de los tejados.

—Parecía la mar de fácil conducir un aeroplano —dijo Jack—, más fácil que

conducir un automóvil. ¡Ojalá me dejase Bill probar a mí!

—Pero no te dejaré, conque no te hagas ilusiones —le respondió Jorge—. Oíd, ¿verdad que fue la mar de curioso cuando nos metimos en un bache de aire y el avión cayó de pronto sin previo aviso? A mí se me subió el estómago a la garganta.

Los otros se echaron a reír.

—A mí me ocurrió igual —contestó Lucy—. Me alegro de que no me mareara. Esa bolsa tan bonita y tan fuerte se desperdició; pero me alegro de no haber necesitado usarla.

—Debimos volar centenares de millas —dijo Jack—. Me sentí la mar de raro cuando pasamos por encima del mar. ¡Parecía tan enorme y plano! ¡No me gustaría caerme en él! ¡Menudo salpicón!

—Apuesto a que mamá dirá que podemos hacer un vuelo de noche con Bill —anunció Dolly—. Vi en su cara que iba a decir que sí. ¡Oh! ¡Si pudiéramos...! Bill dijo que podríamos volar hasta su casa, aterrizar al amanecer, y dormir todo lo que quisiéramos en dos habitaciones libres que tiene... Podríamos quedarnos en la cama hasta las doce si no queríamos levantarnos antes. ¡Imaginaos eso! ¡Volar toda la noche y acostarse al amanecer!

—Y luego haríamos el vuelo de vuelta por la tarde, supongo —dijo Jack—. ¡Troncho! ¡Cuánto me alegro de que tengamos a Bill por amigo! Es un hombre la mar de emocionante. Siempre husmeando para descubrir algún secreto mortal. ¿Estará trabajando en algún caso ahora?

—¡Apuesto a que sí! —exclamó Jorge—. Por eso tiene ese aeroplano. Quizá tenga que estar preparado a volar de un momento a otro en persecución de espías o de algo. ¡Ojalá esté yo con él cuando eso ocurra!

—Pero no estarás —aseguró Dolly—. Bill nunca nos metería en peligros.

—Pues a mí nada me importaría que lo hiciese —repuso Jorge—. ¡Hola! ¡Ahí suena la llamada para la cena! ¡Tengo un hambre...!

—Eso no es nada nuevo —advirtió Dolly—. Vamos..., veamos lo que hay. Huelo a jamón con huevos.

Fueron a cenar. Todos tenían apetito, y liquidaron en pocos momentos los huevos, el jamón y el pastel que les dieron después. «Kiki» también participó de este último hasta que la señora Mannering protestó.

—¡Jack! ¿Quieres hacer el favor de impedir que «Kiki» le vaya sacando todas las pasas a este pastel? ¡Mira cómo lo está poniendo todo! ¡No va a dejar nada comestible! ¡Dale un golpe en el pico!

—¡Malo, «Kiki», malo! —dijo Jack, dándole un golpe en el pico al loro—. ¡No te lo comas todo!

—¿Cuántas veces he de decirte...? —empezó el pájaro.

—No discutas —dijo Jack—. Tengo tanto sueño que no tendré más remedio que

irme a la cama.

A todos les pasaba lo mismo. Conque se retiraron, no tardando en hallarse dormidos, soñando con que volaban por encima de las nubes, rizando el rizo y dando volteretas de una manera asombrosa, pero sin el menor peligro.

## Capítulo II

### Bill se sale con la suya

Bill Smugs se presentó a comer al día siguiente. Era hombre de rostro colorado, ojos risueños, cabeza bastante calva por arriba y con abundante cabello por los lados. Los niños salieron corriendo a recibirle. La señora Mannering le sonrió.

—Los niños pasaron un día maravilloso ayer gracias a usted —dijo—. Y tengo entendido que ahora quiere llevarles a hacer un vuelo por la noche. No comprendo por qué se molesta tanto con una cuadrilla como ésta.

—Ah..., es que uno nunca sabe cuándo van a meterse en una aventura espeluznante —contestó Bill Smugs, mirando, sonriente, a su alrededor—. Y no quiero quedarme yo al margen de una aventura así, si se produce. Además, la compadezco, señora Mannering, por tener que soportarles ocho o nueve semanas este verano... Me pareció que sería una buena acción quitárselos de las manos una temporada.

—Y, ¿qué quiere que hagan? ¿Un vuelo nocturno? ¿Pasar la noche en casa de usted y regresar al día siguiente?

—Mi primera intención fue ésa. Pero ahora me dicen que van a concederme tres o cuatro días de permiso... y pensé que quizá podría pasarse usted sin los niños más tiempo. Podríamos volar a mi antigua casa y quedarnos allí a distraernos. Hay aves silvestres a montones que le gustará ver a Jack, y estoy seguro de que Jorge encontrará otros animales aún más silvestres en abundancia. Las niñas encontrarán agradable el cambio también.

—¡Oh! ¡Eso sí que suena bien! —exclamó Jack.

Y los otros se mostraron de acuerdo con él. La señora Mannering les escuchó y reflexionó luego unos instantes.

—Bien..., no veo por qué no han de ir con usted, Bill. Sé que los cuidará y que se encargará de que no vuelvan a meterse en ninguna aventura horrible.

—Eso se lo puedo prometer —contestó Bill—. Los alrededores de mi casa no son sitio como para tropezar con una aventura. Es un lugar tranquilo y apacible a más no poder. Allí no pasa nunca nada.

—Bueno, pues si me prometéis no correr peligro ni meteros en dificultades, podéis ir —les dijo la señora a los encantados niños—. ¿Cuándo los quiere, Bill?

—Mañana, si es posible. La misión de que estoy encargado parece haber quedado en suspenso, de momento, conque es mejor que aproveche la oportunidad para tomarme las vacaciones.

—¿Qué misión es ésa, Bill? ¡Díganoslo, por favor! —suplicó Lucy.

Bill sonrió.

—Imposible decirlo —repuso—. Todo mi trabajo es secreto; eso ya lo sabéis. Os contaré toda la historia cuando el caso se haya resuelto, sin embargo. Y la encontraréis muy interesante, os lo aseguro.

—Tendremos que llevar maletas, ¿no? —inquirió Dolly—. Si hemos de quedarnos allí unos días, quiero decir. A lo mejor nos hace falta mudar de ropa... y necesitamos los impermeables.

—Sí; preparad jerseys y pantalones cortos para poder corretear por ahí —contestó Bill—. E impermeables también, porque siempre parece andar lloviendo por donde yo vivo. Y, señora Mannering, ¿podría usted prestarme algunas mantas? Quizá no tenga yo las suficientes para tantos huéspedes.

—Claro que sí. Ya le buscaré unas cuantas.

—Llevaré mi máquina fotográfica —anunció Jack—. Habrá sitio para cosas así en el aeroplano, ¿verdad, Bill?

—De sobra. Llévate los gemelos de campaña también, porque quizá quieras estudiar de lejos a los distintos pájaros que hay por las montañas de los alrededores.

—¡Va a resultar emocionante! —exclamó Jack, orillándole los ojos ante el solo pensamiento—. Apenas tengo paciencia para aguardar hasta mañana. ¡Vámonos hoy!

—El avión no está preparado. He de hacerle dar un repaso hoy. Y, en cualquier caso, mi licencia no empieza hasta mañana. Vosotros preparad las maletas y presentaos en el aeródromo mañana por la noche. Estad allí a las once en punto. Pediré un coche para que venga a buscaros y os lleve.

—¡Qué horas de iniciar un viaje! —exclamó la señora Mannering—. No estoy muy segura de que me guste del todo.

—¡Ahora ya no puedes cambiar de opinión! —gritaron los niños a coro—. ¡Ahora ya no puedes!

—Y no cambiaré —aseguró la señora—. Pero no me siento tranquila. No haréis nada peligroso, ¿verdad?

—No habrá nada peligroso que puedan hacer —intervino Bill—. Ya me cuidaré yo. Al que haga algo peligroso, se lo devuelvo, señora Mannering.

Los niños se echaron a reír. Luego se le puso a Jack una cara muy larga.

—Oiga..., ¿y «Kiki»? No le gustará que esté yo ausente días y días. ¿Le puedo llevar conmigo? ¿Cree usted que no correrá peligro en el avión?

—Más vale que lo metas en una cesta o algo —aconsejó Bill—. Pudiera asustarle el ruido y hacerle intentar huir. Irá perfectamente en una cesta que puedes llevar tú encima de las rodillas. No podemos dejarle atrás.

—De acuerdo —contestó Jack, encantado—. ¿Lo has oído, «Kiki»? Vas a viajar en cesta y..., ¡ya puedes portarte bien!

—Límpiate los pies —chilló «Kiki»—. Pon el escalfador a hervir. ¡Pobre, pobre

lorito!

—¡Idiota! —dijo Jack. Y le rascó la cabeza—. Lo único que espero es que no se te ocurra intentar imitar el ruido que hace un aeroplano. Ya es bastante tener que escuchar la imitación de un tren.

Hicieron una comida muy agradable todos juntos, y luego se marchó Bill. Los niños subieron a sus cuartos a preparar el equipaje. Dolly metió en su maleta un paquete enterito de chocolate por si no había tiendas en la vecindad de la casa de su amigo, y Jack puso entre la ropa un paquete de galletas. Se despertaba con frecuencia durante la noche y le gustaba tener algo que roer cuando eso sucedía.

—Más vale que lleves película en abundancia si piensas fotografiar pájaros, Jack —le advirtió Jorge—. Apuesto a que no habrá dónde comprarla por allá. La casa de Bill está enterrada en no sé qué rincón del campo.

Subió la señora Mannering a ver qué se llevaban de equipaje. Era un agosto frío, con abundancia de lluvia, y los niños necesitarían ropa de abrigo. Éstos habían recogido ya sueters, jerseys, impermeables y sombreros para lluvia. Ella agregó calzado de goma, pensando que poco les servirían los zapatos si caminaban por hierba mojada.

—He encontrado unas mantas de viaje —dijo—. Podéis llevaros una cada uno. Son viejas, pero muy gruesas y calientes y cada una de ellas vale por dos de las corrientes. Conque aunque Bill no tenga mantas suficientes, las que lleváis vosotros os darán calor de sobra. ¡Procurad no dejarlas olvidadas a vuestro regreso!

Jack preparó su máquina fotográfica. Recogió los rollos de película que tenía. Estuvo un buen rato tratando de decidir si llevarse uno de sus libros de aves, acabando por renunciar a ello, porque la maleta pesaba ya demasiado.

—Ya está todo listo, tía Allie —dijo Lucy, sentándose encima de su maleta para poder cerrarla—. Ya podría darse prisa mañana y llegar. ¡Volar de noche en un avión! ¡Imagínate! En mi vida creí que haría yo una cosa así. Ojalá esté muy lejos la casa donde vive Bill.

—Lo está —aseguró la señora Mannering—. Vamos a ver... Más vale que os prepare unos bocadillos y pastel para el viaje, porque tendréis apetito si pasáis la noche en vela. Bueno, ya me ocuparé en eso mañana. ¿Has encontrado una cesta para «Kiki», Jack? Y, ¿por qué no llevas comida para él? Ha llegado un paquete de semillas de girasol hoy. Mételo en la maleta.

Jack encontró una buena cesta para «Kiki», con tapadera que podía sujetarse. La colocó sobre la mesa. «Kiki» voló a ella en seguida, lleno de curiosidad. Se metió dentro y asomó cómicamente la cabeza.

—¡Eres un pájaro inteligente! —anunció Jack—. Sabes que es tu cesta de viaje, ¿verdad?

—¡Dios salve al rey! —contestó el loro.

Y empezó a raspar el borde de la cesta con el pico.

—¡No hagas eso! —le ordenó Jack—. ¡Echarás la cesta a perder! ¡Basta, «Kiki»!

El pájaro alzó el vuelo y fue a posarse en el hombro de su amo. Le frotó el cuello con el pico.

—¡Tiqui-tiqui-tozo! —murmuró—. ¡El loro está en el pozo! ¡Tiqui, tiqui, tozo!

—El loro está en la cesta, querrás decir —observó Lucy—. «Kiki», vas a subir en aeroplano, ¡imagínate!

El día transcurrió despacio, demasiado despacio para los niños. El día siguiente resultó más lento aún. Para cuando sonó la hora del té, empezaron a decirse que la noche nunca, nunca llegaría. Pero, cuando llegó la hora de cenar, se sintieron más animados. El coche llegaría a las diez y cuarto a buscarles. Les conduciría al aeródromo. Subirían al avión, y emprenderían el vuelo en la oscuridad. Se les antojaba mucho más emocionante volar en una noche oscura que hacerlo en un día de sol.

Dieron las diez. Maletas y mantas de viaje se trasladaron al vestíbulo, sin olvidar la máquina fotográfica de Jack ni el paquete de bocadillos. Jack llevaba colgados los gemelos de campaña del hombro con una correa. La cesta de «Kiki» estaba en el vestíbulo también; pero el loro continuaba en libertad. No le encerrarían hasta última hora.



—¡Aquí está el coche! —exclamó Jorge, cuyo agudo oído percibió el zumbido del motor—. ¡Vamos! ¡Adiós, mamá! ¡Cuídate bien hasta que regresemos!

—Adiós, tía Allie —dijo Jack, dándole un abrazo—. Te mandaremos una postal. ¡En, «Kiki», vamos! ¡Es hora de que te metas en la cesta!

«Kiki» armó algo de jaleo para meterse. Estaba nervioso, por la excitación que observaba en los niños. Costó bastante rato poder meterlo en la cesta y cerrar la tapa. El loro se puso a gritar a voz en cuello.

—¡Pobre, pobre lorito! ¡Pobre lorito pozo abajo, cuesta arriba, en el rincón!

—Ahora ha hecho una mezcla de tres canciones distintas —dijo Lucy, riendo—. ¡Cállate, «Kiki»! ¡Debieras alegrarte de que vas a acompañarnos, aun cuando tengas que hacerlo encerrado en una cesta!

Se habían hecho ya todas las despedidas.

—No me gusta dejaros marchar, no sé por qué —dijo la señora Mannering—. Es una tontería por mi parte, pero no lo puedo remediar. Tengo un presentimiento desagradable..., algo así como si fuerais a meteros en otra de esas terribles aventuras.

—Te prometemos no hacerlo —le dijo muy serio. Jorge—. No te preocupes, mamá. Estaremos bien y verás cómo nos tienes de vuelta dentro de pocos días. Sea

como fuere, Bill tiene teléfono, conque siempre te queda el recurso de llamarle.

El taxi aceleró la marcha del motor. Empezó a bajar por la avenida, mientras la señora Mannering, de pie en la puerta, agitaba la mano. Los niños respondieron a la vez con la mano, llenos de excitación. Arrancaban por fin.



—Y, ahora, ¡al aeródromo! —exclamó Jorge, la mar de contento—. Creí que nunca iba a llegar la noche. ¿Qué hora es? ¡Ah, es temprano! Mejor. ¿Tienes los pases, Jack?

—Los lleva Dolly en el bolso —contestó el muchacho.

Dolly los sacó. Eran pases que les franquearían la entrada al aeropuerto y les permitirían llegar hasta Bill.

Estaba lejos el campo de aviación. La noche era oscura. El cielo se presentaba cubierto y unas cuantas gotas de lluvia repicaron en el parabrisas.

—¡Ahí está el aeródromo! —exclamó Jack, de pronto, viendo las luces por la ventanilla—. Fijaos en la pista..., está toda iluminada. ¿Verdad que es maravilloso? ¿Verdad que parecen enormes los aviones en las sombras de los lados? Oye, Dolly, ¿dónde están los pases? Tendremos que enseñarles ahora.

Se los enseñaron al guarda que había en la entrada y pasaron luego al interior.

—Os dejaré aquí, y así podréis hablar con vuestro amigo —dijo el conductor del taxi—. Luego seguiré hasta el aeroplano, y descargaré el equipaje. ¡Hasta ahora!

—¡Vamos a buscar a Bill! —dijo Jorge, en cuanto marchó el taxi—. ¡Ahí está, mirad! ¡Eh, Bill! ¡Aquí estamos!

## Capítulo III

### Grave error

Bill estaba hablando con tres o cuatro hombres. Agitó la mano para saludar a los niños, alta y corpulenta sombra en la noche.

—¡Hola, muchachos! Estaré ocupado unos minutos. Id vosotros al avión y aguardadme. Meted las maletas detrás, junto a la mía. Tardaré diez minutos o así en ir.

—¡De acuerdo, Bill! —dijo Jack.

Y los cuatro marcharon hasta donde el taxista había depositado su equipaje junto a un avión, no muy lejos. El aeroplano estaba en un punto oscuro, pero pudieron ver lo bastante para recoger las maletas. Subieron la escala hasta la cabina. El interior del aparato se encontraba en tinieblas. Los niños no tenían idea de cómo encender las luces. Se dirigieron, a tientas, a la parte posterior y depositaron allí sus cosas. También echaron las mantas de viaje en aquel lugar. Jack depositó la jaula de «Kiki» con cuidado. El loro había dado muestras de indignación durante todo el camino.

—¡Que llueva, que llueva! ¿Dónde están las claves? —clamó—. ¡Piiii, suena el pito!

Había una caja de embalaje grande en medio del aeroplano. Los niños se preguntaron qué contendría. ¿Estaría llena o vacía? Con toda seguridad era algo que Bill se llevaba consigo.

—Estorba el paso —dijo Jack—. Y no podemos sentarnos como es debido con esta cosa aquí. Sentémonos encima de las mantas, quizá. Quizá mueva Bill la caja cuando venga y nos diga dónde quiere que nos sentemos.

Conque se instalaron sobre las mantas de viaje, y se armaron de paciencia para esperar. Se escuchaba continuamente el ruido del motor de aviación, de suerte que resultaba imposible oír ninguna otra cosa, aunque una vez creyó Jack percibir gritos. Se acercó a la portezuela y se asomó; pero todo era tinieblas y a Bill no se le veía por parte alguna. ¡Cuánto tardaba! Volvió a su sitio bostezando. Lucy estaba medio dormida.

—Ojalá viniera Bill ya de una vez —dijo Jorge—. Me quedaré dormido como tarde.

De pronto, ocurrieron la mar de cosas, y en rápida sucesión. Por encima del zumbido del motor se escucharon varios disparos: tiros de pistola. Los niños se incorporaron con brusquedad. Luego sonó otra detonación. Y a renglón seguido, el ruido de alguien que subía apresuradamente la escalera del avión. Un hombre se sentó ante los mandos. Otro le siguió, jadeando, apenas visible en la oscuridad. Los

niños se quedaron como petrificados. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Era Bill uno de aquellos hombres? ¿Quién era el otro y... a qué obedecían aquellas prisas?

El primer hombre asió los mandos y, con gran sorpresa para los muchachos, el aparato empezó a deslizarse por la pista. ¡Despegaban! Pero ¿por qué no les había dirigido Bill la palabra? ¿Por qué no había vuelto la cabeza por lo menos, para asegurarse de que se hallaban a bordo?

—Estaos callados —les aconsejó Jack a los otros—. Si Bill no quiere hablarnos, sus motivos tendrá. Quizá no quiera que el otro individuo se entere de que estamos aquí. No hagáis ruido.

El avión se alzó, con poderoso zumbido de la hélice. Enderezó el vuelo a contraviento. Los hombres se hablaban a voz en grito, pero los niños no lograban distinguir las palabras porque el motor hacía demasiado ruido. Se estuvieron quietos, sentados, ocultos tras la enorme caja que ocupaba el centro del aparato. Bill no les dijo nada en absoluto. No hizo una llamada para saber si estaban allí. No mandó a su compañero a que viese si se encontraban bien. No hizo caso en absoluto de ellos. Resultaba muy raro aquello, y a Lucy no le gustó ni pizca.

Uno de los hombres buscó a tientas y encontró un interruptor. Se encendió una luz junto a los mandos, pero el resto del aeroplano quedó en la oscuridad. Jorge atisbo por un lado de la caja, con ánimo de atraer las miradas de Bill si le era posible. Volvió al lado de los otros casi al instante y se sentó con cuidado, sin decir una palabra.

—¿Qué ocurre? —inquirió Jack, comprendiendo, instintivamente, que Jorge estaba preocupado.



—Asómate por el lado de esa caja —le contestó Jorge—. Échales una buena mirada a esos dos hombres.

Jack obedeció. Regresó intrigado y con cierta alarma.

—Ninguno de esos dos hombres es Bill —dijo—. ¡Troncho!, ¡qué raro es eso!

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo Lucy, alarmada—. Uno tiene que ser Bill. ¡Sí, éste es el aeroplano de Bill!

—Sí, pero ¿lo es en realidad? —murmuró Dolly, de pronto—. Fijaos en esos asientos, Lucy..., ahí donde les da la luz. Son encarnados... y los del aeroplano de Bill eran verdes. Los recuerdo perfectamente.

—¡Pues es verdad! —exclamó Jack, acordándose también—. ¡Troncho, nos hemos equivocado de avión!

Hubo un largo silencio. Nadie sabía qué pensar del asunto. ¡Se habían equivocado de avión! Aquél no era el de Bill ni mucho menos. Dos desconocidos se hallaban sentados ante los mandos; eran hombres que de seguro se enfurecerían al descubrir a sus inesperados pasajeros. Ni a Jack ni a Jorge les gustaba el aspecto de aquellos individuos. En realidad, no les habían visto más que la nuca y un lado de la cara a uno al volverse éste a gritarle algo a su compañero, pero ninguno de los dos

muchachos se había sentido atraído por ellos.

—Tienen un cuello tan de toro —pensó Jack—. ¡Caramba, esto es terrible! Y hubo disparos..., ¿tendrían los tiros algo que ver con esos individuos? Subieron al aeroplano con muchísimo prisa, y desnegaron en seguida. Me huelo que hemos vuelto a meternos en una aventura.

Jorge habló cautelosamente con su compañero. Era inútil susurrar, porque resultaba totalmente imposible oír un susurro. Conque tuvo que alzar la voz y confiar en que los hombres de delante no lo oirían.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Sí que nos hemos equivocado de avión! Lo culpa la tiene ese estúpido de taxista que se equivocó de aeroplano al dejar nuestro equipaje. Y la oscuridad era tan grande, que tampoco pudimos distinguir nosotros el aparato y saber cuál era cuál.

Lucy se apretó contra Jack, asustada. No resultaba muy agradable encontrarse en el aire, perdidos en la oscuridad, en un aeroplano extraño, con hombres a los que ninguno de ellos había visto hasta entonces.

—¿Qué podemos hacer? —murmuró Jack—. ¡En menudo lío nos hemos metido! ¡Lo furiosos que se pondrán esos hombres cuando nos vean!

—A lo mejor se les ocurre tirarnos fuera —dijo Lucy, alarmada—; y no tenemos paracaídas de esos... Jack, ¡no dejes que se enteren de que estamos aquí!

—Tendrán que enterarse tarde o temprano —dijo Dolly—. ¡Qué idiotas somos! ¡Mira que equivocarnos de aeroplano!

Reinó el silencio de nuevo, y todos se pusieron a devanarse los sesos.

—¿Nos quedamos aquí atrás, encima de las mantas de viaje, con la esperanza de que no nos descubran? —inquirió Jorge—. Luego, cuando el avión aterrice, quizá podamos escaparnos.

—Sí..., creo que eso será lo mejor —asintió Jack—. Estamos bien escondidos aquí... y no corremos peligro mientras a esos hombres no se les ocurra venir a buscar algo. Tal vez lleguen a su destino, salgan sin vernos, y tengamos ocasión nosotros de salir luego y buscar ayuda para volver a casa.

—¡Con las ganas que yo tenía de pasar unos días en casa de Bill! —exclamó Lucy, casi lacrimosa—. ¿Qué habrá pensado Bill?

—¡Sábelo Dios! —contestó Jack, sombrío—. Nos andará buscando por todo el aeródromo. Yo creo que debió ser a Bill a quien oí gritar cuando me acerqué a la portezuela. Seguramente se acercaría a su aeroplano y, al no encontrarnos allí, nos llamó. ¡Maldita sea...! ¿Por qué no se me ocurriría pensar eso entonces?

—Sea como fuese, ya es tarde para acordarse de eso —anunció Jorge—. Dios quiera que no esté preocupada mamá. ¡Caramba! ¡Va a creer que nos hemos metido de cabeza en otra aventura! Y le prometimos no hacerlo.

El aeroplano prosiguió su ruta a través de la oscura noche. Los niños no tenían la

menor idea de si volaban en dirección Norte, Sur, Este u Oeste. De pronto se acordó Jack de su brújula de bolsillo y la sacó.

—Volamos hacia el Este —anunció—. ¿Adónde iremos? No me parece ir en un aeroplano siquiera. ¡Como no puedo asomarme y ver el suelo abajo...!

A los otros les ocurría lo propio. Lucy se tendió en las mantas y bostezó.

—Yo voy a dormirme —dijo—. Si sigo despierta, no haré más que asustarme y estar preocupada.

—Has tenido una buena idea —observó Jorge, echándose sobre las mantas a su vez—. Es seguro que nos despertaremos si llegamos a alguna parte.

—¿Quiere alguno un bocadillo o un pedazo de pastel? —preguntó Dolly, acordándose del paquete que llevaban.

Pero ninguno quiso. El descubrimiento hecho de que se habían equivocado de aeroplano, les había quitado por completo el apetito.

Al poco rato, todos menos Jack se habían dormido. Éste se quedó despierto, pensando. ¿Había tenido Bill algo que ver con los disparos que oyeron? ¿Tendrían aquellos dos hombres relación alguna con el asunto en que había estado trabajando Bill... la misión «secreta»? Cabía la posibilidad de que pudieran ellos descubrir algo que ayudase a Bill. Era importante, por consiguiente, impedir que los dos hombres supiesen que llevaban consigo pasajeros ocultos a bordo.

«Kiki» soltó un grito de exasperación dentro del cesto. Jack dio un brinco de sobresalto. Se había olvidado por completo del loro. Dio unos golpecitos en la cesta y habló tan bajo como pudo, confiando que le oiría «Kiki».

—¡Cállate, «Kiki»! No hagas ruido, por lo que más quieras. Es muy importante que no se oiga. ¿Me escuchas, «Kiki»? Tienes que guardar silencio, estarte callado, no decir nada.

—No decir nada... —repitió el loro, dentro de su encierro—. ¡Chitón!

Jack no pudo menos de sonreír.

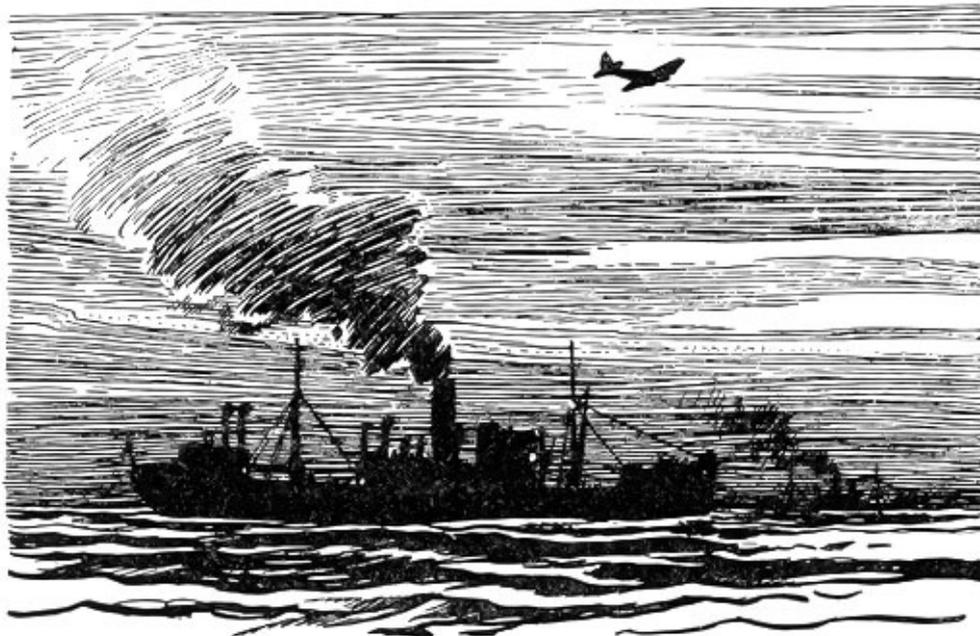
—Justo —dijo, pegando la cara al cesto—. ¡Chitón!

El loro guardó silencio después de aquello. Era un pájaro travieso y ruidoso; pero siempre se callaba cuando Jack quería que lo hiciese. Conque intentó meterse la cabeza debajo del ala y dormirse. Pero el zumbido del motor le molestaba. Nunca había oído un ruido así antes. Ardía en deseos de imitarlo pero, afortunadamente, no lo intentó en aquellos momentos.

Al cabo de un rato, los dos hombres cambiaron de sitio y el segundo se hizo cargo de los mandos. El primero se desperezó y bostezó. Se puso en pie, y a Jack por poco se le paró el corazón del susto. ¿Iba a dirigirse a la parte posterior del aeroplano? Se preguntó si debía despertar a los otros o no. Pero el hombre no dio un paso hacia la parte de atrás. Estuvo en pie unos minutos, como para estirar las piernas, y luego encendió una pipa. Una nube de azulado humo flotó hacia donde estaban los niños.

Jack vio, con el natural alivio, que el individuo aquél volvía a sentarse.

Al niño no tardó en entrarle sueño también. Se echó junto a los otros, encantado de llevar abrigo, porque hacía frío. A los pocos instantes dormía. Sólo quedó despierto «Kiki», que hacía soltar un chasquido a su pico de vez en cuando, la mar de intrigado, preguntándose qué significaría aquella aventura nocturna.



El avión continuó volando en la oscuridad, pasando por encima de ciudades, pueblos, campos, ríos y bosques. Pasó también por encima del mar, donde brillaban tenuemente las luces de algunos barcos. Titaron, allá abajo, las luces de ciudades y, de vez en cuando, se vio la pista iluminada de algún aeródromo. Pero el aeroplano ni intentó aterrizar. Siguió volando por encima de ellos, en dirección al Este... al amanecer. Luego, poco antes de la aurora, empezó a volar más despacio y en círculo. Perdía altura a cada vuelta y, una vez, viró tan inclinado sobre el ala, que por poco rodaron los niños de un lado a otro.

El movimiento les despertó, y se incorporaron, preguntándose dónde se encontraban. Lo recordaron al instante y se miraron unos a otros con los ojos muy abiertos.

—Vamos a aterrizar. ¿Dónde nos encontraremos? Alerta para aprovechar la menor oportunidad de huida que se nos presente —se susurraron unos a otros—. ¡Bajamos! ¡Estamos aterrizando!

## Capítulo IV

### Pero..., ¿dónde estamos?

El aeroplano tocó tierra con un leve impacto que sacudió a los niños y les dejó sin aliento. Luego rodó sobre las enormes ruedas un corto trecho, y se detuvo. Habían llegado. Pero... ¿adónde? Alboreaba, y la luz entraba por las ventanillas; pero aún no era del todo de día.

Uno de los hombres paró los motores. Inmediatamente se hizo un silencio muy grande en la cabina. ¡Cuan maravilloso no tener que soportar aquel enorme zumbido! Los niños se alegraron. Oyeron las voces de los hombres.

—Hemos viajado aprisa y aterrizado bien. Tocaste tierra con mucha habilidad, Juan.

—No disponemos de mucho tiempo —respondió Juan—. Vamos..., salgamos a estirar las piernas. Iremos a la cabaña a comer algo.

Con gran alegría de los niños, los hombres descendieron del avión y desaparecieron. ¡Ni siquiera se hablan acercado a la parte de atrás de la caja de embalaje! Quizá pudieran escapar y buscar ayuda inmediatamente. En cualquier caso, podrían mandar aviso a la señora Mannering y a Bill diciéndoles que no estuviesen preocupados, por lo menos.

—Vamos —dijo Jack, levantándose cautelosamente—. Atisbemos por la ventana a ver dónde estamos. Espero que en un aeródromo. Probablemente veremos a algún mecánico y le pediremos que nos conduzca a uno de los jefes.

Todos se apiñaron ante la ventanilla más cercana. Pero ¡qué sorpresa al mirar fuera! No se encontraban en un aeródromo ni mucho menos. Se hallaban sobre un trecho ancho y llano cubierto de hierba en medio de un valle. Y el valle en cuestión parecía rodeado de elevadas montañas.

—¡Troncho! —exclamó Jack—. ¿Dónde estamos? Lejos de toda habitación humana, seguramente.

—Estamos en un valle —dijo Jorge—, con montañas todo alrededor... la mar de bonito; pero..., ¡la mar de solitario también! ¿Cómo vamos a conseguir ayuda aquí? No habrá avión que pueda llevarnos a casa, eso es seguro.

No se veía ninguna casa, ni ninguna otra clase de edificio. Por el otro lado del aeroplano, el panorama era el mismo: montañas por todas partes. Parecía encontrarse al pie de ellas, en un valle cubierto de verdor. Muy extraño resultaba aquello. ¿Por qué habrían ido los dos hombres allí?

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Dolly—. ¿Nos apeamos? ¿Nos quedamos aquí? O..., ¿qué?

—No sé lo que tú pensarás. Jorge —observó Jack—, pero a mí no me gusta nada de esto. No me gustan esos hombres, no me gusta la manera como emprendieron el vuelo, en plena noche después de oírse unos disparos... y no me gusta este valle tan solitario tampoco. Sin embargo, creo que sería una buena idea apearse y husmear por ahí un poco. Tiene que haber campesinos por alguna parte... pastores quizás..., alguien así.

—¿En qué país estamos? —preguntó Lucy—. ¿Sabremos hablar su idioma?

—Con toda seguridad que no —respondió Jorge—. Pero tendremos que hacer todo lo posible para que nos entiendan.

—¿Para qué habrán venido aquí esos hombres? —murmuró Dolly, pensativa—. Parece un sitio la mar de raro y solitario para venir. No creo que estén haciendo nada bueno. Opino que sería lo mejor bajar ahora, mientras tenemos la ocasión, y escondernos, y luego ver si encontramos a alguien que nos ayude. Podemos darle cuenta de todo a Bill cuando volvamos.

—Eso es lo mejor —anunció sin vacilar Jack—. Me alegraré de encontrarme al aire libre otra vez. En este aeroplano hay muy poca ventilación.

Atisbaron cautelosamente por todas las ventanillas para ver si distinguían a los dos hombres. Pero no observaron ni rastro de ellos.

—Más vale que nos pongamos en marcha —sugirió Jack—. ¿Y las maletas... y las mantas... y «Kiki»?

—No debemos dejar nada aquí. No nos interesa que esos hombres sepan que hemos sido pasajeros suyos. Nos lo llevaremos todo.

Conque los cuatro abandonaron el aeroplano y descargaron maletas y mantas. «Kiki» soltó unas cuantas palabras de desagrado al verse zarandeado como si fuese parte del equipaje pero lo hizo en voz baja.



No tardaron en hallarse todos fuera del aparato, preguntándose hacia dónde debían encaminarse. Jack le dio un codazo de pronto a Jorge, haciéndole pegar un brinco.

—¡Mira! ¡Mira hacia allá!

Miraron todos y vieron una ligera columna de humo azulado que se elevaba a cierta distancia.

—Seguramente han encendido fuego allá esos hombres —dijo Jack, en voz baja—. Mejor será que no vayamos en esa dirección. Iremos por este sendero de acá... si es que es un sendero.

La pequeña procesión dio la vuelta a unas rocas y llegó a donde un arroyo bajaba burbujeante por la ladera de una colina. Afloraba de pronto, no muy lejos, como manantial, convirtiéndose casi inmediatamente en riachuelo.

—Podríamos beber —dijo Jorge—. Yo tengo sed. Pero aún no tengo hambre. ¡Es raro!

—Es que estamos todos algo cansados, llenos de preocupación e intrigados —dijo Jack—. Podemos beber recogiendo agua en el hueco de las manos. También tengo sed yo.

El agua era fría y límpida como un cristal. La encontraron deliciosa y todos se sintieron mejor después de beberla. Dolly mojó el pañuelo en el arroyo y se humedeció la cara con él. Se sintió mucho mejor y más fresca entonces. Lucy hizo lo propio.

—Lo que interesa es encontrar un buen escondite en que meter el equipaje y meternos nosotros —dijo Jack—. Temo que, si esos dos hombres se ponen a vagar por ahí, acaben por encontrarnos. ¿Adónde podemos ir?

—Sigamos andando en línea recta —sugirió Dolly—. Por esta colina arriba. Si nos mantenemos un poco arriba, podremos ver el aeroplano en el valle y no desorientarnos. Podemos ir subiendo por entre los árboles para que no nos vean.

—La idea es buena —asintió Jorge.

Y avanzaron, lentamente, hacia los árboles. Se sintieron más seguros a su amparo. Los hombres no podrían verles. Pero también descubrieron que ellos tampoco podrían ver el aeroplano, ya.

—Siempre nos será posible ver dónde está subiéndonos a un árbol —dijo Jack—. Mirad..., ¿no es una casa?

Allá, en un claro, había una construcción que parecía una casa, en efecto. Pero cuando se acercaron a ella, vieron que estaba casi destruida por completo por el fuego. No era más que una ruina ennegrecida, vacía y desierta.

—Qué lástima —observó Jorge—. Hubiéramos podido solicitar ayuda de los que vivían aquí. ¿Cómo se incendiaría la casa?

Subieron un poco más, atravesando un bosquecillo de abedules plateados. Vieron

otro edificio más arriba. Pero, con gran asombro suyo y desilusión, también éste había sido pasto de las llamas. No descubrieron ni rastro de ser viviente en sus cercanías.

—Dos casas quemadas, y ni un alma en la vecindad —dijo Jack—. Es muy curioso eso. ¿Qué habrá estado ocurriendo en este valle?

Aún más arriba, les era posible ver otra casa. ¿Estaría aquélla quemada también? Llegaron hasta allí, y la contemplaron con cierta desesperación.

—¡Completamente quemada! —exclamó Dolly—. ¡Qué cosa más terrible! ¿Qué habrá sido de la gente que vivía aquí? Debe haber habido guerra o algo por estos alrededores. Pero..., ¿dónde estaremos?

—Mirad... esa cuadra, o cobertizo, o lo que sea, no está muy quemada —señaló Jack—. Vayamos a ver si aún tiene techo. Si no se ha hundido, podríamos meter allí el equipaje.



Se dirigieron al cobertizo en cuestión. Parecía como si las llamas hubiesen prendido en la mitad, pero hubieran perdonado el resto. El tejado casi había desaparecido, pero en la parte de atrás había un lugar abrigado, con pesebres que

habían servido para vacas.

—Esto está bien —anunció Jack, dirigiéndose al último compartimiento de la cuadra—. Aquí hay techumbre que nos resguardará de la lluvia si es que llueve... y nada me extrañaría, porque hay unas nubes bastantes grandes. Podremos meter nuestro equipaje en este sitio.

—El suelo está sucio —dijo Lucy, haciendo un mohín de repugnancia.

—Quizás encontremos una escoba o algo para limpiarlo... y lo alfombraremos con hierba o helechos —dijo Dolly—. Luego, si echáramos las mantas por encima, podríamos dormir divinamente. Quizá no encontremos hoy a nadie que pueda ayudarnos. Podríamos pasar la noche aquí.

Depositaron las maletas en un rincón y echaron las mantas encima. A «Kiki» lo colocaron encima, dentro de su cesta. Inmediatamente lanzó un grito de protesta.

—¿Creéis que habrá peligro ahora en soltarle? —inquirió Jack—. Estoy seguro de que pasar horas y horas posado en mi hombro si se lo mando. Debe de estar la mar de incómodo metido en la cesta.

—Sí, suéltalo —dijo Jorge—. Aunque vuele por ahí un poco y le vean los hombres, no sabrán lo que es ni a quién pertenece. Les dará un susto como empiece a hablar.

«Kiki» fue puesto en libertad, con gran alegría suya. Salió del cesto y fue a posarse en el hombro de Jack, picoteándole cariñosamente la oreja.

—¿Dónde tienes el pañuelo? —quiso saber—. ¿Cuántas veces he de decirte que...?

—Bueno, «Kiki», bueno —le interrumpió su amo—. Sé buen pájaro y no hables tan alto.

—¡Chitón! —clamó el loro, a voz en grito.

Y ya no dijo nada más, limitándose a hacer chasquidos con el pico de vez en cuando.

—Bueno y..., ¿qué planes tenemos? —preguntó Jorge, sentándose encima de su maleta—. ¿Seguimos explorando un poco más allá para ver si encontramos quien nos ayude? O..., ¿vigilamos a esos hombres para ver si descubrimos por qué han venido aquí? O..., ¿nos quedamos aquí escondidos?

—Yo creo que será mejor que exploremos —respondió Jack—. En realidad, lo más importante es encontrar ayuda. Es necesario que regresemos a casa inmediatamente si podemos. Tía Allie y Bill estarán muertos de ansiedad.

—¡Es un valle tan precioso éste! —murmuró Dolly, asomando al exterior—. No comprendo por qué no está atestado de casas y de vacas, y de ovejas. Pero no veo ni un alma. Ni siquiera veo humo por ninguna parte... salvo ese poco allá, donde están los hombres. Es la mar de misterioso. ¿Por qué están quemadas todas las casas, y por qué no hay nadie por aquí?

—No hemos visto más que un trozo del valle y otro de la colina —advirtió Jorge—. A lo mejor, al doblar el recodo, nos encontramos con un pueblo entero. ¿Verdad que son enormes estas montañas?

—Sí. Forman un anillo alrededor de este valle —asintió Lucy—. ¿Dónde estará la salida? Las montañas siempre tienen desfiladeros o pasos, ¿no?

—Sí —contestó Jack—, pero no me haría mucha gracia tener que buscar una salida sin conocer el camino. ¿Veis esa montaña de allá? Tiene el pico blanco. Apuesto a que es nieve. Y demuestra lo alta que debe ser.

Era un valle precioso, en efecto, y las montañas que lo guardaban, magníficas. Pero tenía cierto aire de soledad y de abandono, y hasta los pocos pájaros que pasaban volando algunas veces, parecían silenciosos y cautos.

—Aquí hay algo misterioso —observó Jack—. ¿Sabéis una cosa...? Creo..., sí, creo firmemente... que nos espera otra aventura.

—¡No digas tonterías! —intervino Jorge—. Encontraremos una casa de labranza por aquí cerca, conseguiremos ayuda, haremos mandar un mensaje a alguna parte, obtendremos un coche que nos lleve a la población más cercana, e iremos desde allí a un aeródromo. Y os apuesto a que estaremos ya en casa mañana.

—Yo te apuesto a que no —respondió Jack.

Lucy dio muestras de alarma.

—Pero..., ¿y las comidas? —dijo—. Sólo tenemos la merienda que nos puso tía Allie... y unas cuantas galletas y chocolate. Nos moriremos de hambre si no volvemos pronto a casa. Aquí no hay nada que comer.

A nadie se le había ocurrido pensar en eso. Valiente lata. Una cosa era correr una aventura, pero el correrla sin tener nada que comer era otra cosa. Eso sí que no podía ser, de ninguna manera.

—No creo que podamos convertir esto en una aventura después de todo —anunció Jack.

Pero era una aventura, ¡vaya si lo era! Y además no habían hecho más que empezarla.

## Capítulo V

### Exploración

Los cuatro niños se dirigieron a la destrozada puerta y contemplaron las elevadas montañas. Parecían ponerle un dique al valle y convertirlo en verde prisión. Ninguno de ellos había visto nunca montañas tan altas. Las nubes cubrían la mitad superior de dos o tres de ellas, y las cimas asomaban de vez en cuando al moverse las nubes y rasgarse.

—Es un sitio la mar de solitario —dijo Jack—. Apuesto a que habrá toda clase de pájaros raros aquí..., pero no he visto más que uno o dos hasta ahora. Es curioso que esos hombres supieran dónde aterrizar en este valle... esa tierra llana de hierba resulta una pista de aterrizaje magnífica. Parece como si hubieran estado aquí antes. Pero ¿por qué habrían de vivir aquí? No parece haber nada por lo que venir..., ningún hotel, ni siquiera una cosa que no esté quemada, que nosotros sepamos.

—Oh, a lo mejor la hay —contestó Jorge—. ¡Oye, fíjate en esa lagartija! Nunca había visto una como ésta. ¡Qué bonita es!

La lagartija se deslizó cerca de los pies de Jorge. El niño se agachó, y pilló al minúsculo reptil por el cuello. De haberle asido por la cola, probablemente se hubiese partido ésta, huyendo la lagartija sin ella.

—¡Oh, suéltala, Jorge, por favor! —exclamó Dolly—. ¡Qué bicho más horrible!

—No es verdad —contestó Jorge—. Fíjate en las patitas, con dedos y todo. Fíjate, Dolly...

La niña dio un chillido y apartó al muchacho de un empujón. Lucy y Jack contemplaron a la lagartija con interés.

—Es como un dragón muy pequeño —dijo Jack—. Abre la mano a ver si se queda contigo, Jorge.

—¡Claro que se quedará! —contestó el otro, que parecía ejercer siempre una extraña influencia sobre cuantos animales tocaba.

Abrió la mano y dejó que la lagartija reposara sobre la palma. El animal no se movió.



—¿La veis? Quiere quedarse conmigo —dijo—. Conque se quedará. ¿Cómo te llamas, pequeña? ¿«Tijita»? Me lo suponía. Veré si puedo cazarte unas cuantas moscas.

Se acercó a un sitio soleado donde revoloteaban unos insectos. Cazó a uno y lo sostuvo, entre índice y pulgar, por encima de la cabeza de la lagartija. La mosca desapareció en un santiamén y la lagartija parpadeó de contento.

—Y ahora, supongo que dejarás que viva esa lagartija en tu bolsillo o en algún sitio así Dios sabe cuánto tiempo —observó Dolly, con disgusto—. No me acercaré a ti. Cuando no llevas un ratón escondido en el cuello, es porque tienes un sapo en el bolsillo, o un erizo corriendo por tu cuarto o unos cuantos escarabajos. Eres un niño insoportable.

—No regañemos ahora —intervino Jack—. Tenemos cosas más serias que lagartijas de qué preocuparnos.

La lagartija se metió por la manga de Jorge. «Kiki» la había estado contemplando con la cabeza ladeada. No le hacían ninguna gracia los animalitos que iba recogiendo Jorge y con frecuencia se sentía celoso de ellos.

—¡Paf! ¡Adiós, lagartija! —dijo el loro, soltando inesperadamente la frase adecuada a las circunstancias.

«Kiki» solía tener de cuando en cuando esos aciertos, que nunca dejaban de hacer gracia a los muchachos. Rieron ahora de buena gana, con gran encanto del loro, que se balanceó de un lado para otro emitiendo una serie de chasquidos.

—¡Shhhhh! ¡Chitón! —dijo por fin.

—Ah, «Kiki», ¡cuánto me alegro de haberte traído! —exclamó Jack—. Y, ahora,

¿qué planes inmediatos tenemos?

—No tenemos más remedio que explorar un poco y ver si vive alguien en el valle —contestó Jorge—. Si hay alguno, estamos salvados. Si no lo hay..., bueno, pues peor para nosotros. Tenemos que quedarnos aquí hasta que nos vengán a buscar.

—¡Buscarnos! Y, ¿cómo crees tú que va a poder venir nadie a buscarnos si no tienen la menor idea de dónde estamos? —exigió Dolly—. No seas tonto. Jorge.

—Así, pues, ¿piensas pasarte el resto de tu vida en este valle? —inquirió el muchacho—. Ah, aquí está «Tijita» otra vez... Me sale por la otra manga. «Tijita», eres una magnífica exploradora. ¡Lástima que no puedas decirnos por dónde se sale de este valle!

Dolly se alejó todo lo que pudo de Jorge. No podía soportar los animales que recogía. Era de lamentar, pues, en realidad, todos ellos resultaban divertidos y amistosos.

—Habrà que tener cuidado de no perderse —dijo Lucy, con ansiedad—. Este valle y las laderas de las montañas son enormes. Hemos de seguir siempre juntos.

—Sí, claro que sí —asintió Jack—. Y además hemos de poder siempre regresar a este cobertizo, porque tenemos aquí nuestro equipaje. Aquí tendremos cobijo, por lo menos, y las mantas de viaje sobre las que echarnos. ¡Si tuviéramos comida en abundancia! Las galletas y el chocolate no nos ayudarán mucho.

—Nos será muy útil tu brújula, Jack —dijo Jorge, acordándose de ella—. Escuchad..., ¿por qué no nos ponemos en marcha ahora mismo y exploramos un poco, usando este cobertizo como una especie de cuartel general al que regresar?

—Eso es lo que haremos —dijo Dolly—. Pero tapemos las maletas y las mantas con algo por si acaso vienen aquí esos hombres y las ven.

—No vendrán —afirmó Jorge—. ¿Para qué iban a querer andar husmeando por una cuadra quemada? Podemos dejar nuestras cosas aquí con toda tranquilidad.

Salieron de la cuadra. El Sol brillaba ya por encima de los picachos, dando de lleno en el valle. Los niños vieron alzarse recta la columna de humo del fuego que debían haber encendido los dos hombres.

—Mientras nos mantengamos alejados de esa dirección, no debíamos correr peligro alguno —dijo—. Vamos..., sigamos este camino. Parece como si hubiera sido en algún tiempo un camino de verdad que condujera a alguna parte. Más vale que señalemos de vez en cuando los árboles para que sepamos volver.

A Lucy le gustó la idea. Le recordaba a los pieles rojas y sus costumbres. Jack y Jorge sacaron cada uno su navaja. Hicieron una incisión en cada quinto o sexto árbol hasta salir del pequeño bosque y encontrarse en una ladera cubierta de verdor y salpicada de flores.

—Es precioso esto, ¿verdad? —dijo Lucy, contemplando la florida alfombra—. Nunca he visto colores tan brillantes. Fíjate en esa flor azul, Jack..., es más azul que

el propio cielo. Y, ¡oh!, mira esta florecita sonrosada..., ¡hay una verdadera masa de ellas!

—¿No nos verán en este sitio tan al descubierto? —preguntó Dolly, de pronto.

Jack y Jorge miraron hacia el valle. Habían estado ascendiendo y se encontraban en la ladera de la montaña.

—¡Ahí está el aeroplano! —exclamó Jack—. Y..., ¡ojo...!, ¿no es uno de los hombres ése que camina hacia el avión? ¡Echaos al suelo todos!

Todos se tendieron cuan largos eran. Jack llevaba colgados del hombro los gemelos de campaña, y se los acercó a los ojos. Le fue posible ver que el individuo aquél era el llamado Juan. Tenía el rostro de un blanco enfermizo, cabello negro grasiento, y un bigotito negro también. Tenía el cuello muy grueso, y el cuerpo también. Desapareció en la parte interior del aparato.

—Ha subido al aeroplano. ¿Si irá a marcharse? ¿Dejará atrás a su compañero? —dijo—. Aún no ha puesto en marcha los motores.

Al cabo de un par de minutos, el hombre volvió a salir, transportando algo, aunque Jack no pudo ver de qué se trataba. Echó a andar en dirección al humo. Había un macizo de árboles cerca, y desapareció por él.

—Sólo fue al aeroplano en busca de algo —dijo Jack—. Ahora ha vuelto adonde estaba. Quizá sea mejor que sigamos otro camino porque, si nosotros podemos verle a él, es seguro que podría él vernos a nosotros si alzara la vista. ¿Veis esa garganta? Nos meteremos por ella. Allí estaremos bien ocultos.

Se encaminaron a la garganta, en la que daba de lleno el sol. Era evidente que había habido un camino para subir en otros tiempos. Los niños lo siguieron, subiendo más y más. Llegaron a una especie de repisa que se deslizaba peligrosamente por un lado de la montaña. Jack fue el primero que subió. No era tan peligroso como parecía.

—Creo que ofrece seguridad —anunció—. Es más ancha de lo que creíamos. Vamos. Estoy seguro de que conduce a alguna parte.

Avanzaban por la repisa y llegaron a un punto desde el que se obtenía una maravillosa vista del valle y de todos los alrededores. Estaba completamente desierto. No se veía ni una vaca, ni una oveja, ni una cabra. Un poco más arriba había un edificio negro, chamuscado, que evidentemente había sido una casa de labranza grande. Sólo quedaban de ella unas vigas ennegrecidas y parte de las paredes de piedra. Todo lo demás yacía en ruinas en el suelo.

—¡Otra ruina! —exclamó Jack, impresionado—. ¿Qué ha estado ocurriendo en este hermoso valle? No acabo de comprenderlo. ¿Por qué habían de quemar las casas así? Empiezo a creer que no hay por aquí un alma más que nosotros y esos dos hombres.

—Creo que tienes razón —observó Jorge—. No se ve humo por ninguna parte, y ni un solo animal doméstico... ni siquiera un perro. Lo que no logro entender, sin

embargo, es por qué no ha venido aquí gente de los valles vecinos y ha reconstruido las cosas para apacentar su ganado.

—A lo mejor, hay algo malo aquí —sugirió Lucy, estremeciéndose—. No me gusta ni pizca la sensación que me produce.

Se sentaron al sol, que ahora se hallaba muy alto en el firmamento. Sentían de pronto unas ganas de comer enormes. Dolly sacó inesperadamente galletas y chocolate del bolso que llevaba.

—Supuse que todos tendríamos hambre antes de que pasara mucho rato —dijo—. Conque me traje la mitad de las galletas y del chocolate.

—¡Tuviste una idea genial! —anunció Jorge, encantado—. ¡Eh, «Tijita», sal a comer una miga!

Dolly se alejó inmediatamente. «Tijita» salió por el cuello de la camisa del niño y le bajó por el pecho. Bien a las claras se veía que su intención era quedarse con Jorge.

—¡«Tijita» está en un pozo! —anunció «Kiki», quitándole a Jack de los dedos un trozo de chocolate de un fuerte picotazo.

—¡«Kiki»! ¡Devuélveme eso al instante! —exclamó Jack—. ¿Dónde tienes los modales?

—En el pozo, en el pozo —respondió el loro, que parecía haberse aprendido lo del pozo en jueves.

Todos tuvieron sed después de las galletas y del chocolate.

—Ojalá encontráramos algo que beber..., agua fresca y clara como la que encontramos en el manantial —dijo Jack.

—En el pozo —dijo «Kiki».

—Bueno, anda y búscanos tú un pozo —dijo Jack.

—¿Habría peligro en echar un sueño? —preguntó Dolly, que sentía cierta somnolencia—. Se está bien aquí, al sol.

—Bueno..., pero un sueño muy corto —contestó Jorge—. Se me antoja que aquí estamos seguros. Esos individuos no subirán tan alto.

—¿Sabéis? —intervino Lucy, que estaba tumbada boca arriba, recibiendo el sol de lleno sobre el pecoso rostro—. Me parece oír agua en alguna parte. No muy cerca. Escuchad todos.

Escucharon. Oían, desde luego, algo que no era el viento. ¿Qué podía ser? Sonaba como el gorgoteo de un manantial.

—Iremos a ver —anunció Jack—. Quedaos aquí vosotras si queréis. Iremos Jorge y yo.

—Oh, no —contestó inmediatamente Lucy—. Prefiero ir con vosotros. Podíais perderos.

Conque los cuatro marcharon juntos en dirección al punto de donde parecía proceder el curioso ruido. Subieron más alto, y llegaron a una parte rocosa muy

pendiente y muy difícil de escalar. Pero el ruido era ahora mucho mayor.

—En cuanto doblemos el primer recodo —dijo Jack—, descubriremos de qué se trata. ¡Vamos!

Subieron un poco más y entonces el camino dobló bruscamente por el lado de una peña, ensanchándose un poco al otro lado. Los cuatro niños se pararon, contemplando impresionados lo que hacía el ruido que oyeron.

Era una cascada; pero ¡qué cascada más grande! Caía desde gran altura casi a pico por la montaña, para estrellarse muy abajo, allá en el fondo, poblando el aire de agua pulverizada. Ésta les humedeció la cara aun cuando se hallaban a bastante distancia de la masa de agua.



—¡Qué vista tan maravillosa! —exclamó Jorge—. ¡En mi vida había visto una catarata tan grande! ¡Qué ruido hace! Casi tengo que gritar. ¿Verdad que es grandioso?

Allá, muy abajo, la catarata se convertía en río que serpenteaba por el pie de la montaña. No les era posible ver adonde iba a parar. El agua brillaba y centelleaba al caer, viéndose aquí y allí algún arco iris. Lucy no creía haber visto nunca cosa más

hermosa.

Recogió con la lengua el agua pulverizada que le daba en la cara. Formaba gotitas que le resbalaban luego hacia la boca.

—Me estoy bebiendo el agua pulverizada —dijo—. ¡Oh, mirad! ¡Hay un charco en esa roca! ¿Creéis que podrá beberse?

Era clara el agua, y fresca. Jack la probó.

—Sí, es buena —dijo—. Bebed si queréis.

Estuvieron contemplando la cascada un buen rato. A «Kiki» le emocionaba. Por Dios sabe qué razones, le ponía loco de contento. Voló hasta cerca de ella, gritando con todas sus fuerzas al salpicarle el agua.

—¡Es magnífica! —anunció Dolly—. Sería capaz de pasarme todo el día mirándola.

—Volveremos aquí mañana —dijo Jack—. Pero creo que debiéramos volver ahora al cobertizo. Vamos..., es evidente que por aquí no hay nadie que pueda ayudarnos.

## Capítulo VI

### ¿Qué hacen esos dos hombres?

Lucy temió que se extraviaran al regresar, pero los niños se habían fijado bien en todo. Sólo en el bosque hubieran podido tropezar con dificultades; pero los árboles marcados les permitieron recorrer el camino sin error. Vieron que el aeroplano continuaba en el valle. Conque los hombres andarían por ahí. Más valía, por consiguiente, que anduvieran con cuidado, y Jack le dijo a «Kiki» que guardara silencio.

Parecía habersele subido la cascada a la cabeza al loro, porque durante todo el camino cantó y chilló con toda la fuerza de sus pulmones.

—Ahí está nuestro cobertizo —anunció Lucy con alivio. Le daba cierta sensación de hogar, al volver a él de la montaña—. Dios quiera que encontremos las cosas donde las dejamos.

Entraron. Sí; las cosas estaban tal como las dejaron. ¡Magnífico!

El Sol resbalaba ahora cielo abajo. Era, aproximadamente, la hora del té. Los niños se preguntaron si terminar las galletas y el chocolate que quedaba, o no.

—Más vale que no —dijo Jack—. Nos lo comeremos todo antes de dormirnos esta noche si es que tenemos muchas ganas. ¡Ah! ¡Aguardad un poco! ¿Y la merienda que nos preparó tía Allie? ¿No la tenemos aún? ¿No nos la habremos comido?

—Claro que no —respondió Dolly—. La guardaba como reserva. Tenemos tan poco, que pensé que más valdría no tocar ese paquete aún.

—Pero ¡todos los bocadillos se enranciarán! —exclamó Jorge, que se sentía la mar de vacío—. ¿Qué adelantaremos con eso? Mejor será que los comamos mientras sean comestibles.

—Bueno..., podríamos comernos los bocadillos y dejar el pastel, el chocolate y las galletas para mañana —contestó Dolly—. Pero, primero, dejemos preparado este sitio para poder dormir en él esta noche. Está asqueroso.

—Yo no quiero dormir aquí —anunció Lucy—. No me gusta el sitio. ¿Por qué no dormimos fuera? Tenemos los impermeables sobre qué echarnos, y cuatro mantas... y podemos sacar parte de la ropa de las maletas y usarla como almohada.

—Pero ¡podría caer un chaparrón! —objetó Dolly.

—Quizá me fuera posible montar una especie de techo —dijo Jack, mirando a su alrededor—. Hay unos postes viejos aquí... y una hoja de hierro ondulado. Si Jorge me ayudase, podría colocar la chapa sobre los postes.

Los dos niños intentaron hacerlo; pero el hierro ondulado no quedaba bien sujeto. A las niñas les espantaba la posibilidad de que se cayera sobre ellas mientras

dormían.

—¡Si pudiéramos encontrar una caverna! —exclamó Lucy.

—Pero no podemos —respondió Jack, enfadado de que de nada sirvieran sus esfuerzos por proporcionarles cobijo—. En cualquier caso, no creo que vaya a llover. Fijaos en lo despejado que está el cielo. Si es que llegaba a llover, correríamos a refugiarnos en el compartimiento del fondo de la cuadra.

El trabajo con la chapa de hierro y los postes les había abierto aún más el apetito. Dolly abrió el paquete de la merienda, y sacó los bocadillos y las enormes rebanadas de pastel. Comieron los bocadillos en silencio, disfrutando plenamente de cada bocado.

—¿Qué estarán haciendo esos hombres? —murmuró Jack por fin—. No veo alzarse humo ahora. ¿Me deslizo hacia el aeroplano, manteniéndome bien oculto, para ver si puedo verlos?

—Sí —contestó Jorge—. ¿Estás seguro de que sabrás ir y volver? ¡No vayas a perderte, por el amor de Dios! ¡Vete!

—Si me pierdo —respondió Jack, riendo—, le diré a «Kiki» que imite a una locomotora y sabréis dónde estoy.

—Asómate al interior del avión si puedes, a ver si encuentras algo de comer dentro —sugirió Dolly.

A Lucy le hacía muy poca gracia que marchase solo. Hubiera querido poder ir con él; pero sabía que no la hubiese dejado.

—Preparémonos la cama —dijo Dolly, a quien gustaba estar haciendo algo siempre—. Vamos, Lucy..., ayuda a abrir las maletas y a sacar algo para almohadas... y los impermeables para que nos echemos encima.



Durante la ausencia de Jack, los otros tres estuvieron ocupados. No tardaron en tener hecho un cómodo lecho sobre la hierba al pie de un abedul grande. Primero habían puesto los cuatro impermeables para que no entrara la humedad. Encima pusieron una gruesa manta de viaje. Emplearon cuatro montoncitos de ropa interior de lana como almohadas, y las otras tres mantas de viaje para taparse.

—Tiene muy buen aspecto —anunció Dolly, con aprobación—. Tira de la manta ésa un poco hacia acá, Lucy. Así. Jorge, tú dormirás en el lado de fuera. No quiero que esa lagartija se pasee por encima de mí durante la noche.

—«Tijita» no te hará daño —respondió el muchacho, sacándose el animal de una manga—. ¿Verdad que no, «Tijita»? Acaríciala, Dolly..., es un encanto.

—¡Jorge! —chilló Dolly, al acercarle éste la lagartija sobre la palma de la mano—. ¡Te daré un bofetón como te atrevas a permitir que me toque ese bicho!

—No la hagas rabiarse, «Copete» —le suplicó Lucy—. Déjame a mí a «Tijita» un rato. Me encanta.

Pero «Tijita» se negó a ir con ella, se metió por la manga de Jorge y desapareció, señalándose sus progresos por los bultitos que aparecían en el jersey del muchacho.

Dolly alzó la mirada hacia el firmamento. Estaba completamente despejado.

Faltaba muy poco para que se pusiera el Sol del todo y no tardarían las primeras estrellas en puntear el cielo. Se sentía cansada y propensa a la irritación. Igual les sucedía a los otros. La falta de sueño y el susto que se llevaran empezaban a dejarse sentir. A Lucy le dio la sensación de que, de un momento a otro estallaría una violenta discusión entre Dolly y Jorge. Conque se llevó a Dolly consigo al manantial y se lavaron en sus límpidas aguas, bebiendo un poco después. Estuvieron sentadas allí un rato, disfrutando de la belleza del valle y de las montañas.

—Parecen estar echándose encima —dijo Lucy—. Dan la sensación de estar estrechando el cerco.

—¡Qué imaginación tienes! —respondió Dolly—. Anda, vamos a volver. Jack ya no debe tardar, y yo quiero enterarme de lo que tenga que contar.

Regresaron. Jorge se había tumbado sobre las mantas y estaba bostezando.

—Ya iba a salir a buscaros —dijo—. ¡Cuánto tiempo habéis tardado! Aún no ha vuelto Jack. Dios quiera que no le haya sucedido nada.

Lucy se asustó. Adoraba a su hermano. Fue a subirse a una roca para poder verle llegar.

Se volvió hacia los otros en cuanto subió a su otero.

—¡Ahora viene! —gritó—. Y lleva a «Kiki» al hombro.

Saltó de la roca y corrió al encuentro del muchacho. Él le sonrió y el loro voló de su hombro para posarse en el de la niña.

—Empezaba a estar preocupada, Jack —dijo ésta—. ¿Ocurrió algo? ¿Viste a los hombres? ¿Qué están haciendo?

Llegaron adonde estaban Dolly y Jorge.

—¡Caramba, qué cama más estupenda! —exclamó Jack, dejándose caer en ella—. ¡Esto sí que es bueno! ¡Estoy cansadísimo!

—¿Qué ha ocurrido, Jack? —inquirió Jorge—. ¿Algo?

—No gran cosa. Me acerqué al aeroplano todo lo que pude; pero no me atreví a llegar hasta él por temor a que me viesen porque, como sabéis, está completamente al descubierto. No pude ver a los hombres ni oírles siquiera.

—¿Se portó «Kiki» bien? —preguntó Lucy, con ansiedad—. No hice más que pensar que pudiera ocurrírsele dar gritos y hacer que te descubrieran.

—Se portó divinamente —contestó Jack, rascándole la cabeza al lorito—. ¿Verdad, «Kiki»? Bueno, pues decidí que lo mejor sería intentar descubrir dónde estaban esos hombres. Conque, procurando en lo posible mantenerme entre la maleza y los árboles, empecé a investigar. Debían haber encendido el fuego otra vez, porque se alzaba una columna muy gruesa de humo negro.

—¿Viste a los hombres? —preguntó Dolly.

—Oí su voz primero. Luego se me ocurrió que sería una buena idea subirme a un árbol y usar los gemelos de campaña. Conque gateé por uno de ellos. No muy lejos

de mí, cerca de una cabaña medio derruida, estaban los dos hombres, guisando algo en una hoguera.

—¿No temiste que te vieses? —preguntó Lucy.

—No. El árbol me ocultaba. Y no había hecho el menor ruido. Les observé con ayuda de los gemelos. Estaban estudiando una especie de mapa que habían tendido en el suelo.



—¿Para qué? —exclamó Dolly—. Deben conocer bastante bien esta comarca, de lo contrario, no hubiesen podido aterrizar tan fácilmente.

—Pero habrán venido aquí con algún fin, ¿no? —dijo Jack—, Dios sabe cuál..., pero con algún fin determinado. Deben andar buscando algo o a alguien... y el mapa probablemente les proporcionará los datos que necesitan. Le oí decir a uno de ellos: «Por aquí... y luego subiendo por aquí», como si estuviesen proyectando una expedición.

—Podríamos seguirles —dijo inmediatamente Dolly—, y así sabríamos de qué se trata.

—No, gracias —contestó Jack—, no seré yo quien se ponga a escalar montañas

detrás de esos individuos. Parecen de cuidado. Lo que yo digo es: dejemos que emprendan su excursión y así tendremos la oportunidad de registrar esa cabaña y el aeroplano también. Quizás encontremos algo que nos revele quiénes son y qué buscan.

—Sí, hagamos eso —asintió Lucy, soñolienta—. Quizá vayan mañana. Ojalá Jack pueda observarles con los gemelos y, cuando se hayan marchado, podemos investigar.

—Y no hay nada más que contar —prosiguió Jack, bostezando—. No pude oír ninguna otra cosa. Los dos hombres esos enrollaron el mapa y hablaron en voz baja. Conque bajé del árbol y volví aquí.

—Vamos a echarnos a dormir —dijo Lucy—. Yo ya no puedo tener los ojos abiertos. Aquí estamos seguros, ¿no?

—Completamente, en mi opinión —respondió el niño, echándose con un suspiro de satisfacción—. Sea como fuere, «Kiki» nos avisará si se acercara alguien. Buenas noches.

—Buenas noches —contestaron los otros.

Jorge agregó unas palabras:

—Dolly, no chilles si te pasa por encima una araña, una rata o un erizo. Es seguro que los habrá a montones.

Dolly lanzó un grito y se tapó la cabeza al instante. Luego hubo silencio. Todos se habían quedado dormidos.

## Capítulo VII

### Maravilloso hallazgo

Las estrellas no tardaron en poblar el firmamento. Ululó un búho y el viento susurró por entre las ramas de los árboles. Pero los cuatro niños no vieron las estrellas, ni oyeron al búho ni al viento. Estaban agotados. Durmieron como troncos. Y, aunque Dolly estaba medio sofocada por tener tapada la cabeza, no se despertó ni se movió una sola vez.

«Kiki» durmió también, con la cabeza metida debajo del ala. Estaba posado sobre una rama de abedul, por encima de la cabeza de Jack. Despertó al oír al búho, y ululó suavemente a su vez. Luego volvió a meterse la cabeza debajo del ala y a quedarse dormido de nuevo.



Aún estaban dormidos los niños cuando amaneció. «Kiki» se despertó antes que ellos. Estiró una ala, y después la otra. Irguió las plumas de la cabeza y las sacudió. A continuación se rascó pensativo el cuello y miró a Jorge. «Tijita», la lagartija, también estaba despierta y corría por la manta que cubría a Jorge. Llegó adonde asomaban los pies del muchacho, y desapareció por allí. «Kiki» observó el bultito en movimiento que apareció en la manta a medida que ascendía la lagartija, que acabó apareciendo por el cuello del niño otra vez.

—Límpiate los pies —le dijo el loro de pronto a la lagartija—. ¿Cuántas veces, cuántas veces he de decirte que te limpies los pies?

«Tijita» se sobresaltó. Saltó sobre Jack desde el cuello de Jorge, y quedó medio escondida entre el cabello, mirando hacia los árboles, aunque nada lograba enfocar allí. «Kiki», molesto al ver que «Tijita» osaba pisar a su amado amo, lanzó un grito de exasperación y bajó a darle un picotazo a la lagartija, que desapareció inmediatamente bajo la manta. El loro aterrizó pesadamente sobre el vientre de Jack y dio un fuerte picotazo donde la manta cubría la pierna derecha de Jorge, porque veía

el bulto en movimiento que indicaba que la lagartija corría hacia el otro extremo. Jack y Jorge se despertaron con sobresalto.

Contemplan los árboles, asombrados al ver hojas verdes por encima de ellos. Luego volvieron la cabeza y se vieron el uno al otro. Se acordaron de todo entonces.

—No comprendía dónde estaba —anunció Jack, incorporándose—. Ah, «Kiki», eres tú el que me ha caído encima, ¿no? Haz el favor de quitarte. Toma, come unas cuantas semillas de girasol y no hagas ruido o despertarás a las niñas...

Se metió la mano en el bolsillo y sacó unas cuantas semillas de las que tanto gustaban a «Kiki». El loro voló a la rama, partiendo dos de estas semillas con el pico.

Los niños se pusieron a hablar en voz baja para no despertar a las muchachas, que aún dormían apaciblemente.

—¡Troncho! Me siento mejor ahora —dijo Jack desperezándose—. Estaba tan cansado anoche, que casi me daban ganas de llorar. ¿Y tú, Jorge?

—También me encuentro mejor —respondió el muchacho, bostezando—. Pero aún tengo sueño. Bueno..., no tenemos que levantarnos para desayunar, por lo menos. Aquí no oiremos sonar ningún batintín. Echemos otro sueño.

Pero Jack estaba ya demasiado despabilado para querer dormir. Se levantó y fue a lavarse al manantial. Miró hacia abajo, y vio alzarse la columna de humo igual que el día anterior.

—Esos individuos se han levantado ya —se dijo—. Debe de ser bastante tarde. El Sol está bastante alto. ¡Maldita sea! ¡Se me olvidó darle cuerda al reloj anoche!

No tardaron en despertarse las niñas, quedándose asombradas de que hubieran dormido toda la noche de un tirón, sin moverse siquiera al parecer. Dolly empezó a buscar a «Tijita».

—No te preocupes —le dijo Jorge—. Se me ha metido en un calcetín. Me gusta sentir sus deditos en la pierna.

—¡Uf! ¡Eres horrible! —exclamó Dolly—. Bueno, yo voy a lavarme. Luego desayunaremos... sólo pastel y galletas, me temo.

Por desgracia, tenían todos tanto apetito, que devoraron el pastel, las galletas y el resto del chocolate también. Ahora ya no les quedaba nada en absoluto para comer.

—Tendremos que hacer algo. Por resolver la cuestión de la comida, quiero decir —anunció Dolly—. Aun cuando ello suponga que tengamos que comernos tu lagartija, Jorge.

—No resultaría más que un bocado pequeño, ¿verdad, «Tijita»? ¡Hola!, ¿qué es eso?

Eso era el sonido de voces. Los cuatro niños se levantaron apresuradamente y, arrastrando mantas, impermeables y ropa, corrieron a refugiarse en el cobertizo. Lo metieron todo en el último compartimiento y se agazaparon allí, jadeando.

—¿Nos hemos dejado alguna cosa ahí fuera? —inquirió Jorge, en un susurro.

—Creo que no —respondió Jack en el mismo tono—. La hierba está un poco aplastada, eso es todo. Confiemos en que no se fijarán.

Había una rendija en el lado del cobertizo y Jack acercó un ojo a ella. Había logrado retirarse justamente a tiempo. Los dos hombres se dirigían lentamente hacia los abedules, hablando.

Llegaron al sitio en que habían dormido los niños la noche anterior. Lo pasaron de largo, pero, de pronto, uno de ellos se detuvo y miró hacia atrás, con cara intrigada. Contempló el lugar en que durmieron los cuatro. No les fue posible a éstos oír lo que decía, pero le vieron señalar la hierba aplastada. Los dos hombres retrocedieron entonces y lo miraron con atención.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó el llamado Juan.

—Es raro —contestó el otro, que tenía una cara grande, carnosa, abultados labios y ojos pequeños muy juntos—. ¿Algún animal, quizá?

—Pero... ¡si eso es lo bastante grande para que pudieran tumbarse un elefante o dos! —exclamó Juan—. ¿Echamos una mirada por los alrededores?

El otro consultó su reloj.

—No. Ahora no —dijo—. Cuando regresemos, quizá. Tenemos mucho que hacer hoy. Vamos. No puede ser nada, en realidad.

Continuaron andando, y no tardaron en perderse por entre los árboles.

—Voy a subirme a un árbol y seguirles con ayuda de los gemelos —anunció Jack—. Hemos de estar seguros de que se han alejado antes de salir de nuestro escondite.

Salió cautelosamente del cobertizo y corrió hacia un árbol. Lo gateó en un instante y se sentó en una de las ramas superiores, enroscando a ellas las piernas. Se llevó los gemelos a los ojos. Vio a los hombres en cuanto salieron del bosquecillo. No siguieron la misma dirección que los niños el día anterior, sino que continuaron por el camino florido un buen rato. A Jack le era fácil verles con los gemelos. Luego sacaron un mapa o un papel, y lo consultaron.

«No están seguros del camino —pensó el muchacho—. ¡Ah! Ahora vuelven a ponerse en marcha».

Los dos hombres empezaron a subir una pendiente y el niño les observó mientras le fue posible verles. Desaparecieron por fin tras una roca, y Jack bajó de su observatorio.

—¡Caramba! ¡Creímos que te habías dormido en el árbol! —anunció Dolly, con impaciencia—. Estoy harta de aguardar en este indecente cobertizo. ¿Se han ido esos hombres?

—Sí. Están lejos ya —respondió Jack—. Podemos salir sin peligro a echar una mirada por ahí. No siguieron el mismo camino que nosotros. Les vi subir por una parte muy pendiente de la montaña. Andad..., vamos a salir mientras podamos.

—Podríamos ir a echar una mirada al interior del aeroplano ahora —sugirió

Dolly.

Conque bajaron todos apresuradamente al valle y llegaron adonde estaba el avión. Los cuatro se metieron en la carlinga.

—Aquel cajón tan grande ha desaparecido —dijo Jack inmediatamente—. ¿Cómo se las arreglarían para sacarlo? Estaría vacío; de lo contrario, jamás hubiesen logrado bajarlo entre los dos. ¡Mirad! ¡Ahí es donde nos escondimos la otra noche!

Jorge y Jack registraron todo el aparato en busca de comida o información. Pero no había nada de comer y ni un trozo de papel que les diera una idea de quiénes eran aquellos hombres y qué era lo que habían ido a hacer allí. Volvieron a bajar.

—¡Maldita sea! —exclamó Jack—. ¡Seguimos lo mismo que antes! ¡Ni siquiera una barra de chocolate! ¡Nos moriremos de hambre!

—Si pudiésemos explorar la cabaña junto a la cual viste a esos hombres anoche —dijo Dolly—, apuesto a que encontraríamos comida en abundancia. ¿No os acordáis que les oímos decir: «Vayamos a la cabaña a comer algo»? Bueno, pues no podían comer a menos que tuviesen comida. Conque deben estar las provisiones allí.

La idea era animadora. Jack les condujo al lugar en que viera a los hombres. El fuego estaba casi apagado, aun cuando todavía quedaban algunas ascuas. La cabaña se hallaba a pocos pasos. Estaba medio derruida, pero no quemada como los demás edificios. Se la había reparado un poco. La única ventana parecía fuerte y apenas resultaba lo bastante grande para que entrase o saliese nadie por ella. La puerta también era fuerte. Estaba cerrada.

—Con llave, claro está —dijo Jack, dándole un tirón—. Y se la llevaron después de echarla. ¿Quién se imaginaban que iba a venir a quitarles algo? No saben una palabra de nosotros.

—Atisbemos por la ventana —dijo Lucy—. Podremos ver el interior sin dificultad.

Jack aupó a Jorge. El niño atisbo por ella, hallando difícil al principio distinguir nada, porque el interior de la casa estaba a oscuras. La única luz entraba por aquella misma ventana.



—Ah..., ahora veo mejor —dijo por fin—. Hay un par de colchones... y mantas de viaje... y una mesa... y unas sillas... y una especie de estufa. Y ¡troncho! ¡Fijaos en eso!

—¿En qué? —gritaron los otros, con impaciencia.

—¡Pilas de provisiones! —contestó Jorge—. ¡Latas y más latas! ¡Y potes y tarros de todas clases! ¡Caramba! ¡Se me hace la boca agua!

Jack no pudo resistir por más tiempo el peso de Jorge. Le bajó de golpe.

—Ahora, súbeme tú a mí —dijo.

Jorge lo hizo.

A Jack se le desorbitaron los ojos al ver los alimentos amontonados ordenadamente sobre los estantes de una de las paredes de la cabaña.

—Es una especie de almacén o de refugio —dijo, saltando al suelo—. ¡Caramba! ¡Si pudiésemos apoderarnos de algo de eso...! ¿Por qué se llevaron esos hombres la llave? ¡Qué gente más desconfiada!

—¿Podríamos entrar por la ventana? —preguntó Jorge, alzando la mirada hacia ella con avidez—. No; no es posible. Ni siquiera Lucy podría pasar. Además, no puede abrirse. No es más que una hoja de vidrio encajada en el marco, sin falleba ni

pestillo de ninguna clase. Tendríamos que romperla... y eso les revelaría que alguien había estado aquí. —Los niños dieron la vuelta a la cabaña, contristados. Luego fueron a ver si encontraban alguna otra cosa por los alrededores. Pero nada hallaron.

—Supongo que será mejor que regresemos a nuestra cuadra, saquemos las cosas y las escondamos en otra parte por si esos hombres registran la vecindad cuando regresen —dijo Jack—. ¡Cuánto siento dejar todas esas provisiones en la cabaña! ¡Estoy medio muerto de hambre!

—Y yo también —aseguró Lucy—. Casi me comería las semillas de girasol de «Kiki».

—Pues come unas cuantas si quieres —dijo Jack, tendiéndole un puñado—. No son venenosas.

—No, gracias —respondió Lucy—. No estoy tan muerta de hambre como todo eso.

Jorge se acercó a la puerta de la cabaña y la contempló con ira.

—Me gustaría echarte abajo —dijo—, por interponerte entre nosotros y una buena comida. —¡Toma, para que escarmientes!

Y, con gran regocijo de sus compañeros, dirigió un puntapié a la puerta, y luego otro. Ésta se abrió de par en par. Los niños se quedaron boquiabiertos de sorpresa.

—¡No estaba cerrada con llave después de todo! —exclamó Jack—. ¡Qué idiotas fuimos en creernos que lo estaba! ¡Andando! ¡Vamos a darnos un banquete!

## Capítulo VIII

### «Kiki» habla demasiado

Todos se agolparon dentro de la débilmente iluminada cabaña. Miraron, con alegría, las pilas de conservas que había en los estantes.

—¡Galletas! ¡Lengua! ¡Pina! ¡Sardinas! ¡Leche! ¡Troncho! ¡Aquí hay de todo! — exclamó Jack—. ¿Por qué empezamos?

—Un momento —intervino Jorge—, no desordenemos los estantes tanto que puedan darse cuenta esos hombres de que ha habido alguien aquí. Más vale que saquemos latas de la parte de atrás y no de delante. Y no comeremos aquí..., nos lo llevaremos a otra parte.

—Creo —dijo Jack, muy despacio—, creo muy de veras que debiéramos llevarnos de aquí todo lo que podamos transportar, por si acaso nos vemos encerrados en este valle mucho tiempo. Más vale que nos hagamos a la idea de que nos hemos extraviado, de que no sabemos dónde estamos, de que nos encontramos aislados del mundo que conocemos y de que quizá no nos vengan a sacar hasta Dios sabe cuándo.

Los otros le miraron con solemnidad y Lucy con susto además.

—Tienes razón. Pecas —dijo Jorge—. Cargaremos con todo lo que podamos. Mira..., aquí hay un montón de sacos. ¿Y si llenáramos un par de ellos de conservas y los transportáramos entre todos? Podríamos llevarnos docenas de latas así.

—Es una buena idea —contestó Jack—. Aquí tienes un saco, para que lo llevéis Dolly y tú. Y ese otro lo llevaremos Lucy y yo.

Jorge se subió a una de las sillas, metió la mano por detrás de la primera hilera de latas y fue sacando bote tras bote que echó a los otros. Éstos los fueron metiendo en los sacos. ¡Qué almacén había en aquella cabaña!



No tardaron en llenarse los sacos. Y casi pesaban demasiado para poder moverlos. Era agradable pensar en todas aquellas provisiones, preparadas para ser comidas. Jack encontró un abrelatas también, y se lo guardó en el bolsillo.

—Antes de marcharnos, echemos una mirada a ver si descubrimos algún papel o documento que nos diga algo de estos misteriosos aviadores —sugirió Jorge.

Pero, aunque buscaron por todos los rincones y hasta debajo de los sacos, nada hallaron.

—¿Qué harían del cajón que llevaban en el aeroplano? —murmuró Jack—. No lo hemos visto por ninguna parte. Me gustaría echarle una mirada.

El cajón no estaba en el cobertizo. Conque los niños salieron y exploraron los alrededores de nuevo. Y, en un bosquecillo de arbustos, arbolitos y zarzas, encontraron seis cajones iguales, cubiertos con una lona.

—Es curioso —dijo Jack, retirando la lona—. Mirad... una serie de ellos... ¡todos vacíos! ¿Qué es lo que van a meter dentro?

—¡Sábelo Dios! —contestó Jorge—. ¿A quién se le ocurriría transportar cajones vacíos a este valle desierto con la esperanza de encontrar algo que meter dentro? ¡Sólo a unos locos!

—Oh..., no creerás que esos hombres estén locos en realidad, ¿verdad, Jorge? — exclamó Lucy, alarmada—. ¿Qué haremos si lo están?

—No cruzarnos en su camino, he ahí todo —respondió Jorge—. Vamos... ¿Hemos cerrado la puerta? Ah, sí. Ahora agarra una punta del saco, Dolly, y volveremos a nuestra cuadra.

Caminando con dificultad bajo el peso de los sacos, los cuatro niños regresaron muy despacio a su cobertizo. Jack soltó en seguida la carga y corrió al árbol por el que gateara antes, con el fin de escudriñar la campiña con los gemelos, para ver si los hombres regresaban. Pero no vio ni rastro de ellos.

—No se ve a nadie —anunció, volviendo al lado de sus compañeros—. Ahora, a hacer una comida... la más estupenda de nuestra vida, porque nunca hemos tenido tanta hambre como ahora.

Escogieron una lata de galletas y la abrieron. Sacaron unas cuarenta, seguros de que podrían con diez por lo menos cada uno. A continuación le tocó la vez a un bote de lengua, que Jack cortó en porciones con su navaja. Y, por último, destaparon una lata de piña y otra de leche condensada.

—¡Qué banquete! —dijo Jack, sentándose, muy satisfecho, sobre el soleado suelo—. Bueno..., ¡ahí va! Jamás les supo comida alguna tan deliciosa.

—¡Yum! ¡Yum! —murmuró Lucy, con lo cual quería decir que aquello estaba magnífico.

«Kiki» la imitó en seguida:

—¡Yum, yum! ¡Yum, yum!

No se habló palabra, salvo cuando Dolly vio al loro bucear demasiado en la lata de pina.

—¡Jack! ¡Para a «Kiki»! ¡Se la comerá toda!

«Kiki» se retiró a la rama de un árbol con un trozo grande de pina en la garra.

—¡Yum, yum! —decía sin cesar—. ¡Yum, yum!

Dolly se fue al manantial y enjuagó la lata vacía de la leche. Luego la llenó de agua clara y volvió con ella. Vació el agua en el jugo de la pina que quedaba en el fondo del bote y lo agitó. Ofreció a continuación a todos un trago de refresco de pina como remate de la comida.

—¡Troncho! ¡Ahora sí que me siento bien! —dijo Jack, aflojándose el cinturón—. Menos mal que te enfadaste y le pegaste ese puntapié a la puerta. Jorge. Estábamos seguros de que la habían cerrado con llave.

—Fue una estupidez por nuestra parte —contestó el otro—. ¿Qué hacemos de las latas vacías?

—Es evidente que tú no piensas hacer nada —intervino Dolly—. Los meteré en una madriguera de conejos. Pueden relamerlas ellos si quieren.

Cogió una lata y soltó un grito. La dejó caer de nuevo, y «Tijita» salió del interior

como una centella. Había estado metiendo el hocico entre las migajas de lengua que quedaban dentro. La lagartija corrió hacia Jorge, y desapareció por la abertura de su cuello.

—No me hagas cosquillas, «Tijita» —murmuró el niño, soñoliento.

—Más vale que vigile, por si regresan esos hombres —anunció Jack.

Y se encaramó al árbol de nuevo. Lucy y Dolly metieron las latas vacías en una madriguera vecina. «Kiki» atisbo por el agujero, con sorpresa, luego bajó y empezó a tirar de una de las latas.

—¡No! ¡«Kiki», no hagas eso! —exclamó Lucy—. Jack, llévate a «Kiki» contigo.

Jack emitió un silbido. «Kiki» voló inmediatamente a él y se le posó en el hombro, moviendo de un lado a otro la cabeza para no tropezar con las ramas al ir ascendiendo su amo.

—Más vale que saquemos todas nuestras cosas, preparándolas para esconderlas en un sitio mejor que esta cuadra —dijo Dolly—. Si esos hombres registran los alrededores cuando vuelvan, las descubrirán en seguida en el pesebre.

Conque las dos niñas lo sacaron todo, gruñendo Dolly porque Jorge yacía durmiendo al parecer, y no se movía para ayudarlas. Jack bajó del árbol.

—Aún no se ve rastro de ellos —dijo—. Ahora el problema es saber dónde esconder estas cosas bien escondidas.

—Pozo abajo —sugirió el loro.

—Cállate, «Kiki» —le ordenó Jack.

Miró a su alrededor, pero no se le ocurrió sitio alguno. De pronto le asaltó la idea.

—Os diré cuál resultaría un sitio magnífico —anunció.

—¿Dónde? —preguntaron las muchachas.

—¿Veis ese árbol tan grande?... El de las ramas gruesas y extendidas... Podríamos encaramarnos a él, subir luego las cosas sin dificultad y escondernos entre el follaje. A nadie se le ocurrirá buscarnos a nosotros allí arriba, ni que pudieran estar ahí nuestras cosas tampoco.

Las muchachas contemplaron el frondoso árbol. Era un castaño de Indias, oscuro y lleno de relucientes hojas. El sitio justo.

—Pero ¿cómo podemos subir las maletas? —inquirió Dolly—. No es que sean muy grandes, pero sí muy pesadas para manejarlas.

Jack se desenrolló una cuerda de la cintura. Casi siempre llevaba una así.

—¡Aquí tienes! —dijo—. Puedo gatear yo al árbol y descolgar esta cuerda. Puedes atar la punta al asa de una de las maletas. Yo tiraré de ellas desde arriba.

—Despertemos a Jorge, pues —dijo Dolly, que no veía por qué había de librarse su hermano de contribuir a la tarea de izar el equipaje.

Se acercó a él y lo sacudió. El niño se despertó con sobresalto.

—Ven a ayudarnos, so vago —le dijo Dolly—. Jack ha encontrado un maravilloso

escondite para todos nosotros.

Jorge se reunió con los otros y reconoció que el escondite era magnífico. Anunció su propósito de encaramarse y ayudar a Jack a izar las maletas.

«Kiki» contemplaba los preparativos con la mar de interés. Cuando Jack descolgó la cuerda del árbol, voló a ella y le dio tal tirón con el pico, que se la arrancó a Jack de la mano, haciéndola caer a tierra.

—¡«Kiki»! ¿Por qué hiciste eso, pájaro malo? —clamó Jack—. ¡Ahora voy a tener que bajar y subir otra vez, so idiota!

«Kiki» desencadenó una de sus inacabables carcajadas. Aguardó la ocasión, y volvió a arrancarle la cuerda de la mano al niño. Jack le llamó, con severidad. El loro se acercó, haciendo chasquidos con el pico. No le gustaba ni pizca el tono en que le había llamado su amo. El niño le dio un golpe seco en el pico.

—¡«Kiki» malo! ¡«Kiki» travieso! ¡Lárgate! ¡No te quiero! ¡Vete de aquí!

«Kiki» se alejó volando, y soltando melancólicos gritos. Jack no se enfadaba con frecuencia con él; pero se daba cuenta de que aquella vez sí que estaba enfadado. Se retiró al interior de la cuadra, posándose en una de las ennegrecidas vigas, balanceando su cuerpo.

—¡Pobre «Kiki»! ¡Pobre, pobre lorito! —gimió—. ¡Pum, pobre «Kiki»!

Jack y Jorge lo izaron todo en poco rato, colocándolo en las bifurcaciones de las ramas. Luego Jack subió un poco más alto y se llevó los gemelos a los ojos. Lo que vio le hizo llamar con urgencia a las niñas.

—¡Los hombres vienen! ¡Subid aprisa! ¿Os habéis dejado algo olvidado? ¡Echad una mirada para aseguraros!

Las niñas echaron una rápida mirada a su alrededor. Nada vieron. Lucy se encaramó a toda prisa al árbol, seguido de cerca por Dolly. Se acomodaron sobre sus gruesas ramas y miraron hacia abajo. No podían ver nada, porque era demasiado espeso el follaje. Bueno, pues, si ellos no podían ver desde arriba, tampoco podía verles nadie desde abajo.

Al poco rato oyeron voces. Los hombres se estaban acercando. Los niños permanecieron quietos a más no poder. A Lucy le entraron unas ganas irresistibles de toser, y se tapó la boca con la mano.

Abajo los dos hombres estaban registrando concienzudamente el cobertizo. No encontraron nada, naturalmente, puesto que los niños lo habían sacado todo. Luego volvieron a salir y contemplaron la aplastada hierba. Les extrañaba una barbaridad.

—Echaré una última mirada al interior de ese cobertizo —dijo el llamado Juan.

Se metió en la cuadra de nuevo. «Kiki», que aún se encontraba sobre la viga, se molestó al verle otra vez.

—Límpiate los pies —dijo con severidad—; y, ¿cuántas veces he de decirte que cierres la puerta?

El hombre dio un violento salto y miró a su alrededor. «Kiki» estaba acurrucado en un rincón, cerca del techo, y no podía verle. Escudriñó todos los rincones del cobertizo, sin apenas dar crédito a sus ojos. Llamó a su compañero.



—Escucha —dijo—, alguien acaba de decirme que me limpie los pies y cierre la puerta.

—Estás loco —le respondió su compañero—. No es posible que te encuentres bien.

—¡El gato está en el valle! —anunció «Kiki»—. ¡Vaya, vaya, vaya! Usa el pañuelo.

Los hombres se agarraron el uno al otro, tan inesperada resultaba la voz de «Kiki» en la oscura cuadra.

—No hagamos ruido y escuchemos —dijo Juan. «Kiki» captó sus palabras «no hagamos ruido».

—¡Shhhhh! —bramó.

Aquello fue ya demasiado para los dos hombres. Salieron huyendo al exterior.

## Capítulo IX

### Planes nuevos

«Kiki» se alegró de ver marchar a los dos hombres.

—¡Cerrad la puerta! —gritó tras ellos—. ¡Cerrad la puerta!

Los hombres corrieron, deteniéndose una vez a cierta distancia de la cuadra. Juan se enjugó la frente.

—¿Qué te ha parecido eso? —exclamó—. Una voz... y nada más.

El otro se estaba reponiendo rápidamente.

—Donde hay una voz, hay un cuerpo —dijo—. Ahí dentro hay alguien..., alguien que se está burlando de nosotros. Ya pensé yo, cuando vi esa hierba aplastada esta mañana, que no estábamos solos aquí. ¿Quién estará? ¿Crees tú que se habrá enterado alguien de la existencia del tesoro?

Los cuatro niños, ocultos entre las hojas justamente por encima de donde se hallaban los dos hombres, aguzaron el oído. ¡Tesoro! ¡Oh, oh! ¡Conque aquello era lo que buscaban los desconocidos en el desierto valle! ¡Un tesoro!

—¿Cómo puede saber nadie lo que sabemos nosotros? —contestó, con desdén, Juan—. No te pongas nervioso nada más que porque oíste una voz, Pepi. ¡A lo mejor no era más que un loro!

Pepi se echó a reír. Fue él quien se mostró desdeñoso ahora.

—¡Un loro! ¿Qué se te ocurrirá luego, Juan? ¿Has visto alguna vez que vivieran aquí loros antes? ¡Y loros que supieran hablar! Si éste es un loro, ¡me como el sombrero y el tuyo también!

Los niños se miraron, sonrientes. Lucy pensó que le gustaría ver a Pepi, quienquiera que fuese, comerse el sombrero. Y tendría que comerse el de Juan también, porque «Kiki», era, sin el menor género de duda, un loro.

—Es alguien que está escondido por aquí —prosiguió Pepi—. Aunque sólo Dios sabe cómo ha venido al valle. Juan, a lo mejor hay un sótano debajo del cobertizo. Iremos a ver si hay alguien escondido allí. Lo va a sentir mucho..., mucho...

A los niños no les hizo ni pizca de gracia el tono de voz. Lucy se estremeció. ¡Qué hombres más horribles!

Se acercaron cautelosamente a la cuadra. Juan se detuvo junto a la derrumbada puerta.

Gritó muy alto:

—¡Sal del sótano, quienquiera que seas! ¡Te damos una ocasión!

Nadie salió, claro está. En primer lugar, no había nadie que pudiera salir. En segundo lugar, no había sótano del que salir. Juan llevaba un revólver en la mano.

«Kiki», algo alarmado por la voz, no dijo una palabra, lo que no dejó de ser una suerte para él.

Juan no pudo soportar el silencio. Apuntó hacia donde supuso que pudiera estar el sótano, y apretó el gatillo, ¡pum!



«Kiki» por poco se cayó de la viga del susto y los cuatro niños por poco se cayeron del árbol. Jack asió a Lucy justamente a tiempo y la sujetó con fuerza.

¡Pum! Otro disparo. Los niños supieron que Juan disparaba a ciegas, sin más objeto que dar un susto a la persona a la que creían haber oído hablar. ¡Qué lástima que hubiese estado «Kiki» en la cuadra! Jack estaba alarmadísimo. Temía que uno de los proyectiles alcanzara al loro.

Los dos hombres volvieron a salir, miraron a su alrededor unos instantes y echaron a andar luego hacia el castaño de Indias hablando.

—Ahora no hay nadie allá dentro. Se habrá escapado aprovechando la oportunidad que le dimos al alejarnos. Porque te digo, Pepi, que allí ha habido alguien... ¡espiándonos quizá!

—No digas tonterías —le repuso Pepi con desprecio—. De habernos estado espiando, ¿tú crees que se hubiera delatado diciéndonos que nos limpiáramos los pies y cerrásemos la puerta?

—Sea como fuese, hemos de volver mañana y registrar este sitio a conciencia —insistió Juan—. Estoy seguro de que hay alguien aquí. ¡Y que habla inglés, por añadidura! ¿Qué puede querer decir eso? Confieso que estoy bastante alarmado. No nos interesaba que se enterara nadie de nuestra misión.

—Que hemos de registrar este lugar bien, es un hecho —asintió Pepi—. Es preciso descubrir quién es el dueño de esa voz, indudablemente. Y me pondría a investigar en toda regla ahora mismo, pero está oscureciendo y tengo hambre. Vamos..., regresemos.

Con gran alivio de los niños, los dos hombres desaparecieron. Jack, que, subiendo a la mismísima copa del árbol, distinguía el aeroplano, aguardó hasta ver pasar a los dos hombres por delante del aparato, camino de la cabaña. Entonces les gritó a sus compañeros:



—Pasó el peligro. Están Junto al avión. ¡Troncho! ¡Qué susto me llevé cuando sonaron los tiros! ¡Lucy por poco se cayó de la rama!

—«Tijita» salió de mi bolsillo como una exhalación y desapareció —anunció Jorge—. Espero que no le habrá ocurrido nada a «Kiki». Debió llevarse el susto más grande de su vida cuando sonaron los disparos dentro de la cuadra.

El loro se hallaba como petrificado sobre la viga cuando bajaron los niños. Estaba temblando. Jack le llamó con dulzura.

—Tranquilízate, «Kiki». Baja. He venido a buscarte.

El pájaro bajó en seguida y fue a posarse en el hombro de su amo. Empezó a darle grandes muestras de cariño.

—¡Yum, yum! —murmuró—. ¡Yum, yum!

La cuadra estaba oscura. A los niños no les gustó ni pizca aquella oscuridad. Lucy miró con aprensión a su alrededor, como si temiera que hubiera alguien escondido entre las sombras.

—Salgamos de aquí —dijo—. ¿Qué haremos esta noche? Resultará peligroso dormir donde ayer, ¿verdad?

—Sí. Más vale que nos larguemos a otra parte con todo nuestro equipaje —

respondió Jack—. Hay unos matorrales más arriba que nos resguardarían del viento e impedirían que se nos viese. Podríamos ir allí.

—Escuchad —dijo Jorge de pronto—, ¿sabéis lo que nos dejamos en la cuadra? ¡Los sacos de latas de conserva! ¡Mirad! ¡Ahí están, en ese rincón!

—¡Qué suerte que los hombres no se dieran cuenta de que estaban llenos de algo! —contestó Jack—. Sin embargo, no me extraña que no se fijaran en ellos. Parecen montones de porquería. Los arrastraremos hasta los matorrales. Son demasiado preciosas nuestras provisiones para que corramos el riesgo de dejarlas atrás.

Transportaron los sacos a los matorrales y luego discutieron lo que debían hacer con las cosas que tenían colocadas en el árbol.

—Limitémonos a bajar las mantas de viaje y los impermeables —sugirió Jack. La ropa que usamos como almohada está envuelta en las mantas. Podemos dejar las maletas allá arriba. ¿Qué necesidad hay de que las arrastremos con nosotros?

Era tanta la oscuridad ya, que trabajo costó bajar mantas e impermeables; pero lo consiguieron por fin. Regresaron, a continuación, a los matorrales. Dolly y Lucy prepararon la cama.

—No estaremos tan calientes aquí —dijo Dolly—. Llega algo de viento a pesar de las zarzas. ¿Adónde vamos a escondernos mañana? Esos individuos mirarán detrás de esos matorrales, eso es seguro.

—¿Os acordáis del salto de agua? —preguntó Jorge—. Parecía haber la mar de rocas y escondites al pie mismo. Creo que podríamos bajar y encontrar un buen sitio.

—Sí, probémoslo —dijo Lucy—. Me gustaría ver esa cascada otra vez.

Se echaron todos, muy apretados, porque hacía bastante frío. Dolly tomó un suéter de su «almohada» y se lo puso.

De pronto soltó un alarido que hizo brincar de sobresalto a los niños.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Algo me está corriendo por encima! ¡Debe de ser una rata!

—¡Qué ha de ser! —respondió Jorge con alegría—. ¡Es «Tijita»! Ha vuelto a encontrarme. ¡Bravo, «Tijita»!

Era la lagartija, en efecto, aun cuando ninguno lograba explicarse cómo había descubierto dónde estaba Jorge. Aquello era parte de la influencia que parecía ejercer sobre todos los animales silvestres.

—No te preocupes, Dolly —dijo—. «Tijita» se encuentra sana y salva en mi bolsillo ya. ¡Pobre bicho! ¡Apuesto a que se marearía al caerse del árbol!

—¡Pobre bicho «Tijita»! —exclamó «Kiki», encontrándole gusto a las palabras—. ¡Pobre bicho «Tijita»!

Todos se echaron a reír y discutieron la afición del loro a reunir las palabras cuyo sonido le gustaba y repetirlas hasta la saciedad.

«Kiki», como si comprendiera lo que se estaba diciendo, empezó a soltar frases de su repertorio, hasta que Jack le dijo:

—¡Basta ya, «Kiki»! ¡Ahora no haces más que exhibir tus habilidades para pavonearte! Duérmete. Y, como vuelvas a clavarme las garras en el vientre como esta mañana te daré un buen golpe.

—¡Dios salve al rey! —respondió el loro con gran solemnidad. Y ya no habló más.

Los niños poco más hablaron también. Las dos muchachas y Jorge no tardaron en dormirse. Jack fue el único que quedó despierto, tumbado boca arriba, posado «Kiki» en uno de sus tobillos. Contempló las estrellas. ¿De qué servía prometerle a tía Allie que no se meterían en más aventuras? La mismísima noche en que le habían hecho la promesa habían volado en un avión desconocido hasta el valle misterioso donde, al parecer, se ocultaba un tesoro. Extraordinario. Muy... extraer... Jack se durmió a su vez, sin haber completado la palabra.

Las estrellas continuaron brillando sobre los cuatro niños, hasta que la aurora apareció por el Este y fue apagándolas, una por una.

Jorge se despertó temprano. Se había dormido con esa intención, por ignorar a qué hora se pondrían los hombres a buscar al dueño de la «voz». Despertó a los otros, sin hacer caso de sus protestas.

—Tienes que levantarte, Dolly —insistió—. Es preciso que emprendamos la marcha temprano hoy. ¡Vamos! ¡Despierta de una vez! ¡Mira que si no, te meteré a «Tijita» por el cuello!

Aquella amenaza despabiló por completo a la niña. Se incorporó e intentó darle un bofetón a Jorge, que la esquivó. Dio a «Kiki» en su lugar. El loro soltó un grito de sorpresa y de protesta.

—¡Oh, perdona, «Kiki»! —dijo la niña—. Lo siento. No tenía la intención de darte a ti. ¡Pobre, pobre «Kiki»!

—¡Qué lástima, qué lástima! —dijo el loro, emprendiendo el vuelo por si se perdía algún otro bofetón.

—Desayunaremos aprisa —dijo Jack—. Creo que lo mejor será sardinas, galletas y leche. Vi una lata de sardinas encima de todo en uno de los sacos. Sí, aquí está.

Vieron alzarse humo por el punto en que se hallaban los hombres y comprendieron que ellos ya se habían levantado también. Conque dieron fin al desayuno a toda prisa y Dolly volvió a meter las latas vacías en una madriguera cercana. Luego revolviéron un poco la hierba donde habían estado echados para que no pareciera tan aplastada.

—Creo que será mejor que encontremos un buen escondite para la mayoría de estas latas —dijo Jorge—, y que sólo nos llevemos unas cuantas..., las suficientes para hoy. No podemos arrastrar estos sacos todo el camino.

—¿No podríamos dejarlos caer en el centro de estos matorrales? —sugirió Dolly—. Son la mar de espesos. A nadie se le ocurriría pensar que pudiera haber nada

escondido aquí. Podríamos volver con cautela a recoger las que necesitáramos.

Conque dejaron caer los sacos en los matorrales donde, en efecto, nadie sería capaz de verlos a menos que se arrastrara hasta el mismísimo centro. A continuación recogieron las mantas, los impermeables y las piezas de ropa y emprendieron la marcha. Los niños llevaban las latas, y Jack la máquina fotográfica y los gemelos de campaña también. Iban, por lo tanto, muy cargados y no podían avanzar muy aprisa.

Siguieron el mismo camino que la vez anterior. Cuando llegaron a la colina cubierta de verdor y flores se sentaron a descansar. Después de todo, no era fácil que les estuviesen siguiendo los hombres. Andarían buscando dentro de la cuadra y por sus alrededores.

De pronto, allá a lo lejos, Jack vio un brillante centelleo. Entonces se tumbó cuan largo era, aconsejando a los otros que hiciesen lo propio.

—Hay alguien allá que está usando gemelos de campaña —dijo—. Acabo de ver brillar el sol en los cristales. Quizá no nos vean si estamos tendidos. ¡Troncho! No había pensado que pudieran explorar esos hombres las laderas con gemelos. Vendrían en persecución nuestra si nos han visto.

—Arrastrémonos hasta esta roca y ocultémonos detrás de ella —dijo Jorge—. Vamos. Una vez al otro lado podremos ponernos a andar otra vez en dirección a la cascada.

## Capítulo X

### Un escondite magnífico

Una vez detrás de la roca, los niños, seguros de que ya no podrían verles, respiraron con alivio. Jorge miró a su alrededor. La garganta que emplearon la otra vez se encontraba un poco a la izquierda. Podían llegar hasta ella sin ser vistos desde abajo.

—Vamos —dijo, escogiendo un camino protegido por rocas o matorrales contra las miradas de los que se encontraran en el valle—. Por aquí.

Subieron por el cálido desfiladero hasta la repisa que bordeaba una parte muy pendiente de la montaña. Avanzaron por ella y volvieron a ver el maravilloso panorama del día anterior.

Por encima de ellos se hallaba la casa de labor incendiada. Lucy tuvo buen cuidado de nomirla; la entristecía ver las vigas ennegrecidas y los derruidos muros. Se detuvieron aguzando el oído para percibir el sonido de la cascada, que llegó hasta ellos dulcemente; un sonido musical continuo como el de lejana orquesta que tocara una melodía sencilla.

—¡Qué sonido más precioso! —exclamó Dolly—. Jorge, ¿subimos ahora, o bajamos? Si lo que quieres es llegar al pie de las cataratas y esconderte allí entre las rocas, debíamos descender, ¿no? La última vez subimos... por ese camino rocoso.

Los niños reflexionaron.

—Quizá fuera mejor que bajáramos esta vez —anunció Jack por fin—. Las rocas de arriba de la cascada quizá sean demasiado resbaladizas para bajar por ellas, porque estarán mojadas de agua pulverizada. No nos interesa dar un resbalón, y vamos tan cargados que no podemos disponer libremente de las manos.

Conque escogieron un camino descendente. Jorge fue delante, escogiendo el paso que ofrecía mayor seguridad porque senda, en realidad, no había ninguna. A medida que se fueron aproximando más a la cascada, el agua pulverizada les envolvió, humedeciéndoles el cabello.

Tenían calor de tanto andar y escalar, y aquella agua les resultó deliciosamente fresca.

Doblaron un recodo y de golpe vieron la totalidad de la cascada. ¡Qué vista! Lucy respiró profundamente, impresionada y llena de encanto, y se quedó contemplando la escena como fascinada.

—¡Qué ruido más atronador! —gritó Jack, intentando hacerse oír—. Me hace sentirme emocionado.

—Y a mí también —asintió Dolly—. Y excitada. Como si quisiera ponerme a bailar, y a gritar, y a chillar.

—¿Y por qué no hemos de hacerlo? —preguntó riéndose Jack.

Y empezó a dar saltos y a gritar como un loco. Los demás le imitaron; todos menos Lucy. Casi parecía como si quisiesen hacer más ruido y saltar más que la rugiente cascada. No tardaron en detenerse, agotados del todo. Se hallaban sobre una roca plana, húmeda de las gotas que saltaban. No se encontraban al pie de la cascada ni mucho menos, sino a cosa de la cuarta parte de su altura. El ruido les llenaba los oídos y, a veces, la fuerza del agua pulverizada les dejaba sin aliento. Resultaba todo aquello la mar de emocionante.

—Bueno —dijo Jorge cuando hubiera contemplado el salto de agua hasta saciarse—, a ver si damos con un buen escondite. No creo que a esos hombres se les ocurra, ni por casualidad, venirnos a buscar aquí.

Miraron a su alrededor con la esperanza de dar con una cueva o una roca que pudiera servirles de refugio. Lucy no parecía nada convencida.

—No sé si podré soportar este ruido tan terrible —dijo—. Acabaré por marearme.

—Tendrás que resignarte a aguantarlo —le respondió Jack—. Pronto te acostumbrarás a él.

La niña pareció preocupada. Estaba completamente segura de que no se acostumbraría a aquel continuo tronar. Jamás lograría dormir con tanto ruido.

Los niños erraron por la vecindad del salto, sin aproximarse demasiado por la cantidad de agua que salpicaba. No encontraron ningún sitio a propósito. Todas las rocas parecían estar mojadas, y no se veía ningún lugar cómodo donde dejar las mantas e impermeables.

—Las mantas quedarían caladas en muy poco rato —observó Dolly—. Y no podemos acostarnos sobre mantas mojadas. Empiezo a creer que esto no ha sido una idea tan buena después de todo.

Jack ascendió un poco más. Llegó adonde crecía un helecho gigante. Colgaba como una cortina verde y resultaba la mar de artístico. El niño se preguntó si podrían guarecerse tras él. Apartó las verdes frondas y dio inmediatamente un grito. Los otros no le oyeron por el ruido del agua.

—¡Troncho! —se dijo Jack—. ¡Hay una caverna detrás de este helecho! Y está bien seca porque el helecho la protege contra el agua. Es como una cortina gruesa. ¡Eh, niños, venid!

Pero tampoco le oyó nadie aquella vez. Jack no tuvo paciencia para esperar a que le hicieran caso. Pasó por entre las colgantes frondas y se encontró en una caverna penumbrosa y seca, de techo bastante bajo, y con musgo en el suelo. Lo tocó. Estaba seco. Quizá, cuando el helecho se secara en otoño, entrase el agua pulverizada y se humedeciera el musgo, florecería. Pero ahora parecía un lecho blando, seco y verde.

—¡Es exactamente lo que necesitamos! —exclamó el niño, emocionado—. ¡Es maravilloso! Nadie puede vernos aquí, porque el helecho cubre la entrada y yo sólo

he descubierto su existencia por casualidad. Aquí estaremos la mar de bien. Había una repisa por uno de los lados, como un banco.

—Podríamos poner todas nuestras cosas encima... las latas y todo eso —prosiguió—. Y cuando hayamos colocado los impermeables encima del musgo tendremos una cama magnífica. Es preciso que se lo diga a los otros.

Ya iba siendo hora de que se asomara, porque sus compañeros le habían echado de menos y le estaban llamando a voz en grito:

—¡Jack! ¡Jaaaack! ¿Dónde estás? ¡Jack!

Jack oyó las voces al apartar las frondas del helecho y sacar la cabeza. Dolly y «Kiki» vieron de pronto el rostro atisbar por entre las hojas del helecho, un poco por encima de ellos. «Kiki» dio un chillido de sorpresa y voló en seguida hacia su amo. Dolly dio un brinco.

—¡Mirad! —les gritó a Jorge y a Lucy—. ¡Fijaos dónde está Jack..., escondido detrás de ese helecho gigante!

Jack se llevó las manos a la boca y, usándolas como bocina gritó, con toda la fuerza de sus pulmones, para sobreponerse al ruido de la cascada.

—¡Subid acá! ¡He encontrado algo maravilloso!

Los otros subieron a toda prisa. Jack apartó la cortina de helechos para que pasaran.

—¿Tenéis la bondad de entrar en mi sala? —inquirió cortésmente—. Tanto gusto en veros a todos.

Pasaron a la caverna y exclamaron, con sorpresa y contento:

—¡Qué sitio más hermoso! ¡Nadie nos encontraría aquí jamás!

—¡Hay una alfombra muy blanda en el suelo! ¡Es musgo seco!

—¡El rugido de la cascada no suena tan fuerte aquí dentro! ¡Podemos oírnos hablar!

—Me alegro de que os guste —dijo con modestia Jack—. La encontré por pura casualidad. Es perfecta, ¿verdad?

Lo era. Lucy experimentó un alivio enorme al comprobar que el tronar de la cascada sonaba muy amortiguado allí. A Dolly le emocionó la blandura del musgo. A Jorge le llenó de satisfacción la verdadera seguridad que ofrecía aquel escondite. Allí no les encontraría nadie, como no fuera por casualidad.

—Vamos a buscar el equipaje —sugirió Dolly, a quien siempre le gustaba tener las cosas en orden—. Hay sitio de sobra para todos. Pondré las conservas en esa repisa.

—El techo es bajo —observó Jorge—. No hay más que el espacio justo para que podamos ponernos en pie.

Se acercó a las frondas y las apartó. Un rayo de sol entró en la caverna, disipando las sombras.

—Podemos atar parte del helecho para que penetre el sol —dijo—. Disfrutamos de una magnífica vista de la catarata desde aquí... y podemos ver los alrededores también, de forma que, si se acerca alguien, le echaremos la vista encima en seguida. Es estupendo.

—No me importará nada vivir aquí unos días —anunció Lucy, contenta—. Me siento segura en este sitio.

—Quizá tengas que vivir aquí mucho tiempo —le contestó Jorge—. Y se me ocurren sitios peores que éste.

—Esos hombres jamás serán capaces de encontrarnos aquí —anunció Jack—. ¡Jamás!

Ató algunas de las frondas, retirándolas de la entrada, y los niños se sentaron sobre el musgo, que parecía un cojín, disfrutando del sol que ahora entraba.

Al cabo de un rato bajaron todos adonde habían dejado las mantas, las latas y lo demás, y lo trasladaron todo a su nuevo domicilio. Dolly colocó las cosas sueltas sobre la repisa de roca. Hacían muy buen efecto así.

—Esta noche vamos a tener una cama la mar de blanda —dijo—. Debiéramos dormir muy bien aquí. No está falto de ventilación, ni hay olor a moho...

—Mohoso, rancio, polvoriento —murmuró «Kiki» al punto, recordando las tres palabras que aprendiera en las últimas vacaciones—. Mohoso, rancio, polvoriento...

—¡Oh, no empieces otra vez con eso, «Kiki»! —riñó Jack—. Nos hartamos de ello hace tiempo.

«Kiki» voló a posársele en el hombro y asomó fuera de la caverna. La vista era verdaderamente maravillosa. En primer término, las cataratas, con un arco iris prendido de trecho en trecho. Más allá, la pendiente ladera de la montaña, y más y más abajo, el verde valle que se extendía.

Iba siendo ya hora de comer. Todos los niños parecieron sentir apetito al mismo tiempo, y miraron hacia las latas colocadas sobre la repisa. Jack buscó el abrelatas.

—¡Cuidado con perderlo! —dijo Jorge—. Ese abrelatas es la cosa de más valor que poseemos en estos instantes.

—No te preocupes que no lo perderé —contestó el otro.

Y empezó a abrir una lata. «Kiki» le observó con la cabeza ladeada. Le gustaban aquellas latas. Contenían, en su opinión, cosas la mar de emocionantes.

Momentos más tarde comían todos con apetito, contemplando la cascada por la entrada de la cueva. Era agradable estar allí, mascando, con tal hermosa vista fuera, el blando musgo por asiento, el cálido sol sobre las piedras.



—Sí que parecemos correr aventuras —observó Jack—. Es la mar de raro, pero no parece haber manera de que dejemos de correrlas. ¡Dios quiera que tía Allie y Bill no estén demasiado preocupados por nosotros! ¡Si pudiéramos mandarles aviso siquiera!

—No podemos —respondió Jorge—. Estamos empantanados aquí solitos, sin medio de ponernos en contacto con nadie, que yo vea, como no sea con esos dos hombres. Que me aspen si sé qué hacer.

—Más vale que regresemos al matorral en que dejamos los sacos y los traigamos aquí lo más aprisa que podamos —observó Jack—. Lo que hemos traído no nos durará más que para el día de hoy. ¿Estaréis bien vosotras si Jorge y yo nos vamos a buscar lo que podamos? No podremos traerlo todo de una vez. Habrá que hacer varios viajes.

—Sí, estaremos perfectamente aquí —respondió Dolly, dándole a «Kiki» el último trozo de salmón que quedaba en su lata—. Marchad esta tarde. Podéis dejar a «Kiki» aquí para que nos proteja.

## Capítulo XI

### La gruta de los ecos

Era la primera hora de la tarde. Los niños sabían que tendrían tiempo de sobra para llegar al matorral donde escondieron los sacos y volver a la caverna con las latas. Quizá pudieran cargar con un saco entero entre los dos.

—Más vale que marchemos ahora —dijo Jack—. Tendremos que ir con ojo avizor para no tropezar con esos hombres. Iban a registrar bien los alrededores y no nos interesa que nos descubran. ¿Estáis seguras de que os encontraréis bien solas, niñas?

—Claro que sí —respondió Dolly con indolencia.

Se alegraba infinito de que no tuviese que ir ella hasta el matorral y volver cargada con un pesado saco. Se echó sobre el musgo. ¡Era tan blando, tan mullido!...

Jack se colgó los gemelos del hombro. Pudieran resultarle útiles para descubrir la presencia de cualquier hombre desde lejos. Salió con Jorge por entre las frondas del helecho, no sin antes haber advertido a las muchachas:

—Si por casualidad vierais a alguien cerca de aquí, soltad las frondas inmediatamente, ¿me habéis comprendido? Así quedará tapada completamente la boca de la caverna. Lucy, encárgate de que no nos siga «Kiki».

Lucy tenía al loro en el hombro, donde acababa de ponerlo Jack. Asió al pájaro por las patas, sujetándole. «Kiki» comprendió que no iba a ir con Jack y Jorge, y soltó un grito de tristeza.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! —exclamó, melancólico. E irguió con ferocidad la cresta.

Pero Lucy no lo soltó. Continuó conteniéndole hasta que desaparecieron de vista los dos niños. Luego quitó la mano y «Kiki» salió volando de la cueva. Se posó sobre una roca, buscando a Jack.

—La Virgen de la Cueva —gruñó—. ¡Matarile-rile-rile!

—No —dijo Lucy—, lo que tú quieres decir es: «¿Dónde están las llaves, matarile-rile-rile?». ¡Qué manera de mezclar las cosas!

—¡Pobre «Kiki»! —dijo el loro, haciendo un chasquido con el pico—. ¡Pobre, pobre «Kiki»!

Volvió a la caverna. Dolly estaba profundamente dormida, tumbada sobre el musgo, con la boca abierta. El loro se acercó, contempló la boca de la niña con la cabeza ladeada y luego arrancó un poco de musgo con el pico.

—¡«Kiki»! ¡Cuidado con meterle eso en la boca a Dolly! —exclamó Lucy, que conocía las genialidades del travieso loro—. ¡Eres un pájaro malo!

—Límpiate los pies —contestó «Kiki», enfadado. Y se retiró al fondo de la cueva.

Lucy dio la vuelta y, apoyándose sobre los codos, le observó. No se fiaba ni pizca del loro cuando se hallaba de aquel humor.

El sol entraba a raudales. La atmósfera se estaba caldeando. Lucy creyó que sería conveniente desatar las frondas y dejar que cubrieran la entrada para impedir el paso al sol. Conque tiró del cordel, cayeron las frondas y reinó en la caverna una penumbra verdosa y a la vez quedó oculta. Dolly no se despertó. Lucy volvió a tumbarse boca abajo, pensando en todo lo que había ocurrido. El rumor de la cascada se oía ahora más amortiguado, porque la cortina de frondas era espesa.

—«Kiki» —llamó la niña—, ¿dónde estás?

El loro no respondió. Lucy intentó distinguir dónde se encontraba. Seguramente se habría metido en un rincón, enfadado porque los niños no le habían permitido que les acompañase.

—¡«Kiki»! ¡Ven acá! Te enseñaré a recitar «Tres gatitos».

El loro continuó sin responder. La niña se preguntó por qué. Aun cuando se hallara con morro, «Kiki» solía contestar cuando alguien le dirigía la palabra.

Miró hacia el fondo de la cueva. «Kiki» no estaba allí. Echó una mirada a la repisa, sobre la que tenían colocadas las latas. Tampoco le vio. ¿Dónde estaba entonces? No había salido por entre las frondas, eso era seguro. ¡En alguna parte de la caverna debía encontrarse!

Sobre la repisa había una lámpara de bolsillo. La buscó a tientas, la encendió y barrió con su luz la cueva. A «Kiki» no se le veía por parte alguna. Ni siquiera se había posado en los salientes del techo. ¡Qué misterioso resultaba aquello! Lucy empezó a sentirse alarmada. Despertó a Dolly, que se incorporó, frotándose los ojos, enfadada de que la despertasen.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¡Estaba echando un sueño tan agradable!

—No encuentro a «Kiki» —le contestó Lucy—. Y le he buscado por todas partes.

—No seas tan tonta. Habrá salido de la cueva en busca de Jack —dijo Dolly, aún más enfadada.

Volvió a echarse y bostezó. Lucy la asió del hombro y empezó a sacudirla.

—No quiero que te vuelvas a dormir, Dolly. Te digo que «Kiki» estaba aquí hace unos momentos... en el fondo de la caverna... y ahora ha desaparecido... desaparecido por completo.

—Bueno, pues que desaparezca. Ya volverá, no te preocupes. Déjame en paz, Lucy.

Cerró los ojos. Lucy no quiso decir nada más: ¡Dolly se ponía tan furiosa cuando la molestaban! Exhaló un suspiro deseando con toda su alma que estuvieran de vuelta los muchachos. ¿Qué había sido de «Kiki»? Se puso en pie y cruzó por el musgo hacia el fondo de la caverna. Allí la roca se plegaba entre sí y había un espacio detrás

de uno de los pliegues. Lucy se asomó con cautela al oscuro hueco, esperando encontrarse con «Kiki» allí, dispuesto a darle un susto, como solía hacer a veces. Pero no estaba allí el loro. Lucy iluminó el repliegue y, de pronto, el haz de luz se detuvo, enfocando un punto determinado.

—Pero..., ¡si hay un agujero! —exclamó, sorprendida—. ¡«Kiki» debe de haberse metido aquí!

Se encaramó al hueco, que se hallaba a la altura de sus hombros. Era justamente lo bastante grande para que pudiera introducirse por él. Esperaba caer en otra cueva al otro lado, pero no fue así. El agujero ascendía lentamente; era redondo, como un túnel estrecho. Lucy estaba segura de que por allí había desaparecido el loro.

—¡«Kiki»! —gritó, dirigiendo hacia delante la luz—. ¿Dónde estás, so estúpido? ¡Vuelve acá!

No obtuvo respuesta. Se arrastró por el túnel, preguntándose qué longitud tendría. Quizá hubiera pasado agua por él en algún tiempo; pero ahora estaba seco. No pudo oír el rumor de la cascada una vez dentro, aun cuando aguzó el oído. Reinaba un silencio profundo.

—¡«Kiki»! —chilló—. ¡«Kiki»!

Dolly oyó el grito en sueños y se despertó sobresaltada. Volvió a incorporarse, irritada. Pero aquella vez no encontró a Lucy a su lado. Fue Dolly quien se asustó ahora. Recordó que Lucy le había hablado de la repentina desaparición del loro. Ahora parecía como si la propia Lucy hubiese desaparecido también. Las frondas del helecho cubrían la entrada. Lucy no habría salido sin decirle que marchara. Examinó la caverna. Lucy no estaba. ¡Dios santo! ¿Qué había sido de ella y de «Kiki»?

Oyó otro grito que sonaba amortiguado y lejano. Se dirigió al fondo de la cueva y descubrió el espacio tras el repliegue. Fue en busca de otra lámpara que había sobre la repisa y rebusc con su luz. Se quedó boquiabierta al ver que asomaban unos zapatos por un agujero a la altura de su hombro.



Tiró de los tobillos de Lucy, gritándole:

—¡Lucy! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué hay en ese agujero?

La otra gritó en respuesta:

—No lo sé, Dolly. Lo encontré por casualidad. Creo que «Kiki» debe haberse metido en él. ¿Subo a ver si le encuentro? Ven tú también.

—Bueno —respondió Dolly—. Sube.

Lucy siguió arrastrándose por el estrecho túnel, que se ensanchó bruscamente. A la luz de la lámpara vio debajo de ella otra caverna; una muy grande. Consiguió salir del túnel y mirar a su alrededor. Mas parecía aquello un salón subterráneo. El techo estaba muy alto. Y de sus oscuras profundidades salía una voz melancólica exclamando:

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima!

—¡«Kiki»! ¡Conque estás aquí! —gritó Lucy. Y escuchó luego, con asombro, el eco que inmediatamente sonó:

—¡Aquí, aquí, aquí, estás aquí, estás aquí, estás aquí!

—¡Date prisa, Dolly! —gritó Lucy, a la que hacían muy poca gracia aquellos ecos.

—¡Prisa, Dolly, Dolly, Dolly! —repitieron los ecos.

«Kiki» voló hacia Lucy, asustado. ¡Cuántas voces! ¿Qué podían ser?

—¡Pobre «Kiki»! —dijo espantado—. ¡Pobre «Kiki»!

—¡«Kiki», «Kiki», «Kiki»! —clamaron los ecos.

El loro se estremeció y miró a su alrededor, intentando descubrir a quien le llamaba. De pronto soltó un aullido de desafío. Inmediatamente sonaron a su alrededor una veintena de aullidos, como si la gruta estuviese llena de loros. «Kiki» quedó estupefacto. ¿Era posible que hubiese allí tantos loros sin que pudiera él verlos?

Dolly salió del agujero y se puso al lado de Lucy.



—¡Qué gruta más enorme! —dijo.

—¡Enorme! —gritaron los ecos.

—Todo lo que decimos se repite —observó Lucy—. ¡Es fantástico!

—¡Fantástico, fantástico! —repitió el eco.

—Bueno, pues susurremos entonces —sugirió Dolly, susurrándolo.

La gruta se pobló al instante de misteriosos susurros que asustaron a las niñas aún más que los gritos repetidos que oyeran. Se agarraron la una a la otra. Luego Dolly se sobrepuso.

—No es más que el eco —dijo—. Lo hay con frecuencia en las cuevas tan grandes como ésta. ¡Si habrá estado alguien en esta cueva alguna vez!

—Yo creo que nunca —contestó Lucy, barriendo con la luz de su lámpara el lugar—. ¡Imagínate! ¡Quizás estemos pisando un sitio que jamás haya pisado nadie hasta ahora!

—Exploremos la gruta un poco —propuso Dolly—. No parece haber gran cosa que ver, pero nos servirá para distraernos con lo que haya, mientras aguardamos a que

vuelvan nuestros hermanos.

Conque se pusieron a dar lentamente la vuelta a la enorme caverna, reproducidos sus pasos centenares de veces por los ecos. Una vez, cuando Dolly estornudó, las niñas quedaron aterradas por los enormes ruidos explosivos que sonaron a todo su alrededor. Los ecos, desde luego, se divirtieron de lo lindo.

—No vuelvas a estornudar, por favor —suplicó Lucy—. Es terrible escuchar el eco de estornudos. Peor que el de los aullidos de «Kiki».

Casi habían dado la vuelta completa a la gruta, cuando llegaron a un pasadizo alto, estrecho, entre dos paredes de roca.

—¡Fíjate! —exclamó Dolly, sorprendida—. ¡Un pasadizo! ¿Crees tú que conducirá a alguna parte?

—Quizá —respondió Lucy, brillándole los ojos—. No olvides, Dolly, que esos hombres andan buscando un tesoro. No sabemos de qué clase...; pero cabe la posibilidad de que esté escondido en alguna parte de estas montañas.

—Sigamos por el pasadizo entonces. ¡«Kiki»! Ven acá. No queremos dejarte atrás.

«Kiki» voló a posársele en el hombro. Las dos niñas se metieron por aquel corredor rocoso en silencio. ¿Qué irían a encontrar?

## Capítulo XII

### Detrás de la cascada

El pasadizo serpenteaba mucho. Descendía un poco, y el suelo era bastante desigual. Las niñas tropezaban y dieron traspies con frecuencia. Una vez bajó tanto el techo, que tuvieron que pasar arrastrándose. Pero se alzó de nuevo casi inmediatamente.



Al cabo de un rato oyeron un ruido. No podían imaginarse de qué se trataba. Era un rugido profundo y continuo que no cesaba ni un solo instante.

—¿Qué es eso? —preguntó Dolly—. ¿Crees tú que nos estamos internando en el corazón de la montaña, Lucy? No será el rugido de un fuego enorme, ¿verdad? ¿Qué cosa podría hacer un ruido semejante en el centro de una montaña?

—No lo sé —contestó Lucy.

Y quiso volver sobre sus pasos. ¿Un fuego en el corazón de la montaña? ¿Un fuego que rugía así? No tenía el menor deseo de verlo. Sintió calor y se quedó sin aliento con sólo pensarlo. Pero, habiendo llegado tan lejos, Dolly no tenía la menor intención de retroceder.

—¡Cómo!, ¿volver atrás antes de haber averiguado a dónde conduce este pasadizo? —exclamó—. ¡Claro que no! Los muchachos se echarían a reír como unos locos cuando se lo dijéramos. Pocas veces se nos presenta la ocasión de descubrir nada antes que ellos. ¡Si hasta podríamos tropezar con el tesoro, Lucy!

Lucy se dijo que le importaba muy poca cosa el tesoro. Lo único que quería era regresar a la seguridad de la cueva, a la que estaba acostumbrada, la de la cortina de frondas de helecho.

—Bueno, pues vuelve tú sola entonces —le dijo Dolly, nada compasiva—. Yo sigo adelante.

Resultaba más atemorizador pensar en regresar sola a la gruta de los ecos, que

seguir adelante con Dolly. Conque la pobre Lucy decidió, muy a pesar suyo, seguir adelante. Con aquel extraño rugido amortiguado en los oídos, continuó bajando por el serpenteante pasadizo, procurando mantenerse bien pegada a Dolly. El rugido aumentó en volumen. Y entonces se dieron cuenta las niñas de qué se trataba. ¡La cascada, naturalmente! ¡Qué estupidez no haberseles ocurrido! Pero ¡sonaba tan distinta allá dentro de la montaña...!

—No estamos internándonos en la tierra después de todo —dijo Dolly—. Vamos a salir en la vecindad de la catarata. ¿Por dónde será?

Se llevaron una enorme sorpresa cuando vieron la luz del día por fin. El pasadizo dobló un último recodo y les condujo a un punto donde reinaba una luz amortiguada que titilaba y brillaba de una forma rara a su alrededor. Recibieron el impacto de una ráfaga de aire, y algo les mojó el pelo.

—¡Lucy! ¡Hemos salido a una repisa llana, detrás de la cascada! —exclamó Dolly, asombrada.

¡Mira! ¡Ahí está la masa de agua que cae, delante de nosotras! ¡Oh!, ¡qué colores tiene! ¿Me oyes? ¡Hace tanto ruido el agua...!

Abrumada por la sorpresa y el ruido, Lucy se detuvo, boquiabierta. El agua formaba una enorme cortina en movimiento que las separaba del exterior. Caía luminosa y triunfal, sin detenerse nunca. Su potencia impresionó a las dos niñas. Se sintieron muy pequeñas y débiles al ver caer tan gran volumen de agua delante de ellas.

Era asombroso poder estar de pie en una repisa detrás de la cascada, sin que ésta les afectara en forma alguna, como no fuera por el agua pulverizada que formaba como una neblina. La repisa era muy ancha y ocupaba toda la parte posterior del salto de agua. Había una roca, de unos treinta centímetros de altura, a un extremo de la repisa, y las niñas se sentaron en ella para contemplar la asombrosa escena.

—¿Qué dirán los niños? —murmuró Dolly—. Quedémonos aquí hasta que los veamos volver. Si seguimos sentadas en esta roca, cerca del borde de la cascada, podremos saludarles agitando el brazo. Quedarán estupefactos al vernos aquí. No hay manera de llegar a esa repisa, ni desde arriba ni desde abajo: sólo desde atrás, por el pasadizo que descubrimos.

—Sí, sorprenderemos a los niños —asintió Lucy, que había perdido ya el miedo—. ¡Mira! ¡Se ve nuestra cueva desde aquí! O el helecho gigante que la tapa, por lo menos. Veremos sin dificultad a los muchachos cuando regresen.

«Kiki» estaba muy callado. Había quedado sorprendido al salir tras la muralla acuática. Se posó en la repisa, contemplándola y parpadeando de vez en cuando.

—Espero que no se le ocurrirá la estupidez de querer atravesar la cascada volando —dijo Lucy, con ansiedad—. Le arrastraría el agua, deshaciéndole contra las rocas.

—No se le ocurrirá hacer una cosa tan tonta —contestó Dolly—. Tiene suficiente

sentido común para saber lo que le ocurriría si lo intentase. Pero podría volar por la orilla de la cascada; sin embargo, eso no representaría peligro para él, a pesar de todo.

Las niñas permanecieron sentadas allí mucho rato, seguras de que jamás se cansarían de contemplar la turbulencia de la catarata. Al cabo de unos minutos, Lucy soltó una exclamación y asió a Dolly del brazo.

—¡Mira...! ¿Son éstos los muchachos que vuelven? Sí. Llevan un saco entre los dos. ¡Magnífico! Ahora tendremos comida en abundancia.

Observaron a los muchachos, que subían por las rocas en dirección a la caverna. Era inútil hacerles señas aún. De pronto, Dolly quedó tiesa de horror.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucy, viendo el rostro de Dolly.

—¡Mira! ¡Alguien sigue a los niños! —exclamó ésta—. ¡Fíjate!, ¡es uno de los hombres...! Y, ¡ahí está el otro! Dios mío. ¡No creo que Jack y Jorge se hayan dado cuenta siquiera! ¡Mirarán adonde van y descubrirán nuestro escondite! ¡Jack! ¡Jorge! ¡Oh, Jack, cuidado!



Se acercó al mismísimo borde de la cascada y, asiéndose a un helecho que allí crecía, se inclinó hacia fuera, gritando y agitando el brazo, olvidando que igual la

verían y oirían los hombres que los niños. Por desgracia, estos últimos, que concentraban toda su atención en el traslado del saco, ni vieron ni oyeron a Dolly. Pero los dos hombres la vieron de pronto, y se quedaron mirándola, boquiabiertos de asombro. No les era posible distinguir si se trataba de una niña a un niño, de un hombre o de una mujer, porque las orillas de la cascada cambiaban y se modificaban continuamente. Lo único que podían observar era que alguien bailaba y agitaba los brazos detrás de la enorme catarata.

—¡Mira! —le dijo un hombre al otro—. ¡Fíjate en eso! ¡Detrás del agua! ¡Ahí es donde se esconden! ¡Caramba, qué sitio! ¿Cómo pueden llegar hasta allí?

Ambos contemplaron boquiabiertos la catarata escudriñando la vecindad en busca del camino que conducía a la repisa.

Entretanto, Jack y Jorge, sin sospechar que se les había seguido ni haber visto a Dolly, llegaron al helecho, apartaron las frondas y arrastraron dentro el saco, jadeando, porque pesaba mucho. Una vez dentro su carga, se arrojaron sobre el musgo, palpitándoles el corazón con violencia por los esfuerzos hechos. Al principio, ni siquiera se dieron cuenta de que no se hallaban allí las muchachas.

No muy lejos, un poco más abajo, se hallaban los dos hombres, completamente desconcertados. Al concentrar su atención en Dolly, habían dado tiempo a que los niños se perdieran tras las frondas del helecho. Conque, al apartar la mirada de la catarata, descubrieron que los niños a los que con tanta cautela siguieron, habían desaparecido de su vista.

—¿Por dónde han ido? —preguntó Juan—. Estaban encima de esa roca de allá cuando les vimos la última vez.

—Sí. Luego vi a esa persona que hacía señas desde detrás del agua, y aparté la mirada un momento... Y ahora han desaparecido —gruñó Pepi—. Bueno, no cabe la menor duda de dónde han ido a parar. Han seguido algún camino que conduce a la cascada. Se esconde detrás, y es un buen sitio, por cierto. ¿Quién iba a soñar con que pudieran ocultarse detrás de una cortina de agua como ésa? Sabemos dónde encontrarles, por lo menos. Nos acercaremos al agua y subiremos hasta esa repisa. Pronto les haremos salir de su madriguera.

Empezaron a descender, con la esperanza de hallar un camino que condujera a la repisa. Era difícil y peligroso bajar, por lo resbaladizas que estaban las rocas.

Allá en la cueva, los niños no tardaron en reponerse. Se incorporaron y miraron a su alrededor, buscando a las muchachas.

—Hola, ¿dónde están Lucy y Dolly? —exclamó Jack, sorprendido—. Prometieron quedarse aquí hasta que volviésemos. ¿Es posible que hayan salido a vagar por ahí? ¡Se perderán a buen seguro!

No estaban en la caverna, eso era evidente. Los niños no vieron el agujero tras el repliegue de roca del fondo. Estaban la mar de extrañados. Jack separó las frondas y

se asomó al exterior. Con gran asombro suyo, vio inmediatamente a los dos hombres sobre las rocas cerca de la cascada. Por poco se le desorbitan los ojos.

—¡Mira allá! —le dijo a Jorge, cerrando un poco las frondas, temeroso de ser visto—. ¡Esos dos hombres! ¡Troncho! ¡A lo mejor nos han visto entrar aquí! ¿Cómo llegaron acá? ¡Les vimos parados junto al aeroplano camino del matorral!

Dolly había desaparecido ya de detrás de la cascada. No estaba segura de si los hombres habían visto a los niños meterse por entre las frondas del helecho. En cualquier caso, era preciso ponerles en guardia. Tenía la seguridad de que ni Jack ni Jorge estaban enterados de que aquellos individuos se hallaban por allí.

—Vamos, Lucy —dijo con urgencia—. Es preciso que volvamos a la cueva. ¡Caramba, mira a esos hombres! ¡Me parece que van a intentar llegar hasta aquí! Deben haberme visto hacer señas. Vamos aprisa, Lucy.

Temblando de excitación, Lucy siguió a Dolly por el pasadizo que conducía a la gruta de los ecos. Dolly avanzó todo lo aprisa que pudo, alumbrándose con la lámpara. Las dos niñas se olvidaron por completo de «Kiki». El loro se quedó solo detrás de la cascada, salpicándole el agua pulverizada las plumas mientras contemplaba con interés a los dos hombres. No había oído marcharse a las niñas.

Dolly y Lucy llegaron a la gruta de los ecos por fin. La primera se detuvo a recapacitar.

—Y, ahora —dijo—, ¿dónde está el agujero por el que vinimos?

—Vinimos, vinimos, vinimos... —repitieron, burlones, los ecos.

—¡Oh, callaos! —les gritó Dolly.

—¡Callaos, callaos, callaos! —repitieron las irritantes voces.

Dolly miró el haz luminoso de su lámpara y atinó, por pura suerte, con el agujero. Se metió por el sin perder instante, seguida de Lucy. Ésta, que experimentaba la sensación de que alguien la agarraría por los pies desde atrás, de un momento a otro, por poco se dio contra los pies de su compañero en su afán por avanzar lo más aprisa posible.

Jack y Jorge atisbaron por entre las frondas observando a los hombres, cuando las niñas saltaron por el agujero del fondo de la cueva, y salieron del repliegue de la roca, se precipitaron hacia ellos. Los niños se llevaron un susto mayúsculo. Jorge empezó a dar puñetazos, creyendo que se les habían echado encima sus enemigos. Dolly recibió un golpe en una oreja y soltó un alarido. Se lo devolvió inmediatamente a Jorge, y ambos rodaron por el suelo.

—¡Por favor, oh, por favor! —gimió Lucy, casi llorando—. ¡Jorge, Jack, somos nosotras! ¡Somos nosotras!

Jorge se quitó de encima a Dolly y se incorporó. Jack las miró con asombro.

—Pero ¿de dónde salisteis? —preguntó—. ¡Troncho! ¡Menudo susto nos habéis dado! ¿A quién se le ocurre echarse encima de nosotros así? ¿Dónde habéis estado?

—Hay un agujero ahí detrás por el que nos metimos —explicó Dolly, dirigiéndole una mirada de ira a su hermano—. Oíd, ¿sabéis que esos dos hombres os seguían? No iban muy detrás vuestro. Temimos que os vieron meteros aquí.

—¿Que nos seguían? —exclamó Jack—. ¡Troncho! ¡Eso sí que no lo sabíamos! Asomaos a las frondas y veréis cómo nos andan buscando por allá abajo.

## Capítulo XIII

### Seguros en la cueva

Atisbaron todos por entre las frondas, conteniendo Lucy el aliento. Sí, allá estaban los dos hombres, escalando las rocas peligrosamente cerca del salto de agua.

—Pero ¿qué hacen allá abajo? —preguntó Jack, maravillado—. ¿Por qué nos buscan ahí? Deben saber que no fuimos por ese camino, si nos seguían.

—Es que deben haberme visto a mí cuando os hacía señales desde detrás de la cascada —dijo Dolly—. Deben creer que es ahí donde está nuestro escondite.

—¿Mientras nos hacías señales desde detrás de la cascada? —exclamó Jorge, estupefacto—. ¿De qué estás hablando, Dolly? ¿Debes estar mal de la cabeza!

—Pues te equivocas. Allí estábamos Lucy y yo cuando aparecisteis con el saco. Nos encontrábamos detrás de la catarata y yo hice todo lo posible por llamar vuestra atención y deciros que esos dos hombres os seguían.

—Pero ¿cómo demonios os metisteis detrás de la cascada? —preguntó Jack—. Fue una idiotez hacerlo. ¡Mira que escalar esas rocas tan resbaladizas y meterse detrás del agua! ¡Hubierais podido...!

—No fuimos por ese camino, bobo —le interrumpió Dolly—. Usamos otro.

Y les reveló la existencia del agujero en el fondo de la cueva, habiéndoles de la gruta de los ecos y del pasadizo que conducía a la repisa. Los niños la escucharon mudos de sorpresa.

—¡Troncho! ¡Es extraordinario! —exclamó Jack, por fin—. Bueno, pues supongo que esos hombres te verían, Dolly, apartaron la mirada de nosotros un momento, y perdieron nuestra pista. Se conoce que nos metimos por detrás del helecho cuando ellos te estaban mirando. ¡Qué gran suerte!

—Por eso andan por esas rocas —agregó Jorge, riendo—. Creen que nuestro escondite está detrás de la cascada y quieren llegar allí y encontrarnos. No sospechan que no es ése el camino. No veo cómo van a poder llegar a esa repisa desde el sitio en que están. Si no andan con cuidado, les arrastrará el agua... y caerán a estrellarse contra las rocas.

Lucy se estremeció.

—No quiero verles caer —dijo.

Y se negó a atisbar más por entre las frondas.

Pero Dolly y los niños continuaron mirando, con regocijo. Se sentían seguros en su cueva y resultaba divertido ver a los hombres resbalar por las rocas cerca del agua, enfureciéndose más y más por momentos.



«Kiki» aún se hallaba detrás de la cascada, observándoles con interés. De pronto soltó una de sus terribles carcajadas, y los hombres la oyeron a pesar del ruido del agua. Se miraron el uno al otro, con sobresalto.

—¿Oíste eso? —exclamó Juan—. Alguien se está riendo de nosotros a carcajadas. Aguarda a que yo les ponga la mano encima. Deben estar justamente detrás de la cortina de agua. ¿Cómo llegaron allí?

Era imposible meterse detrás de la cascada desde arriba y desde abajo. Completamente imposible. Los hombres lo comprendieron así después de haberse caído muchas veces y casi precipitarse una vez en la propia catarata. Se sentaron en una repisa bien apartada del agua, y se enjugaron el sudor. Tenían calor, estaban furiosos y se habían calado hasta los huesos. Y estaban extrañados también. ¿De dónde habían salido aquellos muchachos? ¿Habría todo un campamento de gente en alguna parte? ¿Se ocultaban en la montaña? No, eso no podía ser porque los hubieran visto errar por la comarca en busca de provisiones. Sólo podía haber unas cuantas personas. Debían haber mandado a los niños por comida.

Los muchachos le observaron con regocijo. Había algo muy agradable en eso de ver a sus enemigos desconcertados, en poder observar todas sus acciones sin que a

ellos se les viera. Hasta la propia Lucy echó otra mirada ahora que sabía que habían dejado de rondar por la vecindad de la catarata.

—Más vale que nos vayamos —dijo Juan—. Si ése es su escondite, que se lo guarden. Mejor será que traigamos aquí a otro que nos ayude. Podríamos ponerle a vigilar el sitio. Si se sentara aquí, podría ver si se acercaba alguien para meterse detrás del agua. Vamos..., yo ya estoy demasiado harto de todo esto.

Se pusieron en pie. Jack les observó por entre el helecho. ¿Iban a volver a su cabaña, o al aeroplano tal vez? Luego, al darse cuenta de que iban a pasar muy cerca de la cueva, dejó caer apresuradamente las frondas y empujó hacia dentro a sus compañeros.

—Guardad silencio —dijo—. A lo mejor se acercan mucho.

Y así fue. Los dos hombres escogieron un camino que les hizo pasar por delante de la propia caverna. Los niños permanecieron quietos como estatuas, oyendo los pasos de aquellos individuos fuera. De pronto, las frondas se movieron y agitaron y Lucy se llevó una mano a la boca para ahogar un chillido. «¡Van a entrar! ¡Nos han descubierto!», pensó. Y casi dejó de latirle el corazón.

Volvió a oírse el roce de las frondas, y luego reinó el silencio. Las pisadas siguieron adelante y oyeron la voz de los dos hombres que dijeron algo que no pudieron distinguir.

«¿Se habrán ido?», pensó Dolly. Y, mirando a Jack, enarcó las cejas en muda interrogación. Él movió afirmativamente la cabeza. Sí, se habían marchado. Pero ¿qué susto se habían llevado todos al agarrarse aquellos hombres al helecho para izarse sobre las vecinas rocas!

Poco soñaban Juan y Pepi que había cuatro niños sentados, silenciosos, a menos de setenta centímetros de ellos.

Jack volvió a apartar las frondas. No se veía ni rastro de los hombres. Tenía la seguridad de que habrían emprendido el camino de regreso a su cabaña; pero no se atrevía a salir a investigar.

—Más vale que no nos movamos por ahora —dijo—. Comeremos algo. Saldré a explorar los alrededores después. ¿Dónde está «Kiki»?

Nadie lo sabía. Luego se acordó Dolly de que el loro había estado con ellas detrás de la cascada. Habían vuelto sin él en su ansiedad por advertir a los niños de la presencia de los dos individuos. Aún debía hallarse allí.

—¡Maldita sea! —exclamó Jack—. Más vale que vayamos a buscarle. Y no siento las menores ganas de moverme en estos instantes, por cierto... Estoy cansado de tanto arrastrar ese saco hasta aquí.

Una voz habló fuera de la caverna..., una voz melancólica, llena de reproche:

—¡Pobre «Kiki»! ¡Todo solo! ¡Qué lástima, qué «Kiki», pobre lástima!

Los niños se echaron a reír y Jack apartó cautelosamente las frondas por si daba la

casualidad de que se hallaran aún los hombres por las cercanías. «Kiki» entró, cariacontecido. Se posó en el hombro de Jack, y le picoteó dulcemente la oreja.

—¡Todo el mundo a bordo! —dijo más alegremente. E hizo un chasquido con el pico.

Dolly le revolvió las plumas por la cabeza.

—«Kiki» debe de haber salido por el lado de la catarata y volado hasta aquí —dijo—. ¡Qué pájaro más listo!

—¡Dios salve al rey! —contestó el loro—. ¡Límpiate los pies!

Jack sacó el abrelatas de nuevo, y se escogieron unas latas y unos potes. Quedaba una lata de galletas pequeña por terminar y los niños escogieron un poco de carne en conserva que comer con ellas y una lata de albaricoques. Jack separó las frondas un poco, nada más que lo suficiente para que entrase un poco de luz. Disfrutaron también de aquella comida y «Kiki» volvió a encontrarse en dificultades por tomar más albaricoques de los que le correspondían.

Aguardaron un buen rato después antes de atreverse a salir de la cueva. Cuando hubo bajado bastante el Sol, Jack fue a echar una mirada por los alrededores. No vio ni rastro de los hombres. Encontró un lugar alto desde donde, sentado, le era posible ver bastante lejos en todas las direcciones.

—Haremos guardia por turno —dijo—. Puedes venir a relevarme dentro de media hora. Jorge.

Lo pasaron muy bien escalando la montaña. Hallaron frambuesas silvestres y comieron una buena cantidad. Estaban deliciosas. «Kiki» las comió también, murmurando: «Yum, yum» todo el rato.

Todos se turnaron en la guardia; pero nada vieron. El Sol se puso tras la montaña y cayó el crepúsculo. Regresaron a la cueva.

—Dormiremos aquí divinamente esta noche —dijo Lucy, contenta—. ¡Este musgo es tan blando y suave como el terciopelo!

Lo acarició. Era como terciopelo al tacto también. Ayudó a Dolly a tender los impermeables y una manta por debajo, e hizo almohadas con los jerseys y los sueters.

—Un trago de jugo de albaricoques y unas cuantas galletas para cada uno —anunció Dolly, cuando estuvieron todos sentados en la «cama».

Repartió las galletas. Jack apartó las frondas y las sujetó con el cordel.

—Necesitamos que entre aire —dijo—. Se cargará mucho más la atmósfera con nosotros cuatro aquí dentro.

—Cinco —dijo Dolly—. No olvides a «Kiki».

—Seis —dijo Jorge, sacando a la lagartija—. No olvidéis a «Tijita».

—¡Oh, confiaba en que la habríais perdido! —anunció Dolly, irritada—. No la había visto en todo el día.

Terminaron las galletas y se echaron. La oscuridad era completa ya, fuera. La

«cama» era blanda y cálida. Se arrebujaron bien todos.

—Disfrutaría de verdad con todo esto si supiese que mamá no estaba preocupada por nosotros —dijo Jorge—. No tengo ni la menor idea de dónde nos encontramos; pero es un sitio muy hermoso. ¿Verdad que es muy agradable el sonido de esta cascada en la noche?

—Canta con más ruido de la cuenta —repuso Jack, bostezando—. Pero no creo que me tenga a mí despierto. Oh, «Kiki», haz el favor de quitarte de mi estómago. No comprendo por qué te empeñas en plantarte encima de él por la noche. Ponte en uno de mis pies.

—Límpiate los pies —ordenó «Kiki».

Y fue a posarse en el pie derecho de su amo. Se metió la cabeza debajo del ala.

—Mañana hemos de ir Jorge y yo a esa gruta de los ecos de que nos habéis hablado, y llegar hasta detrás de las cataratas —anunció Jack—. ¡Mira que tener una aventurita así vosotras solas!

—¡Aventurita! —exclamó Lucy—. Fue una aventura bien, bien grande..., sobre todo cuando vimos, de pronto, que nos encontrábamos detrás de la cascada.

Dolly temía que «Tijita» le corriera por encima durante la noche, y permaneció despierta un buen rato, esperando sentir en su cuerpo las minúsculas patas. Pero «Tijita» estaba hecho un ovillo en la axila de Jorge, haciéndole cosquillas cuando se movía.

Lucy se quedó dormida casi al instante y los otros no tardaron en imitarla. La catarata rugió durante toda la noche sin parar. Se alzó el viento, agitando las frondas del helecho. Un zorro, o algún otro animal, se acercó a la entrada de la cueva, olfateando. Le alarmó el olor a seres humanos, y huyó silencioso.

Nadie se movió, salvo Jorge cuando la lagartija se despertó, encontró demasiado reducido el espacio en que se encontraba y se fue en busca de otro sitio caliente, colocándose otra vez detrás de la oreja del muchacho. Éste se despertó un segundo, sintió que se movía «Tijita», y volvió a cerrar los ojos al punto, encantado de sentir aquellas patitas.

Allá por el amanecer, un zumbido despertó a los niños. Penetraba en la cueva, resonando aún más fuerte que la cascada. Jack se incorporó, sorprendido. ¿Qué podía ser? El ruido fue aumentando en volumen. Parecía como si sonara por encima de ellos. ¿Qué podría producirlo?

¡Rrr-rr-rr-rrrrr!

—¡Es un aeroplano! —exclamó—. ¡Un aeroplano! Que ha venido a salvarnos. ¡Fuera de la cueva! ¡Aprisa!

Todos salieron de la cueva dando trompicones, y alzaron la cabeza, buscando al avión. Le vieron ganar altura, destacándose contra el firmamento. Se había acercado, evidentemente, a la montaña, despertándoles con el zumbido de sus motores.

—¿Un aeroplano que ha venido a salvarnos? —exclamó Jorge, con desdén—. ¡Qué ha de ser! Se trata del mismo en que vinimos..., ¡el aeroplano de esos hombres, bobo!

## Capítulo XIV

### El pobre prisionero

En efecto, se trataba del aeroplano de los hombres. Todos ellos le reconocieron antes de que se perdiera en la lejanía. Volaba hacia occidente.

—¿Regresará al aeródromo de Bill? —murmuró Jack—. ¿Sabrá Bill lo que andan tramando esos hombres?

—No sabemos gran cosa nosotros, salvo que andan tras una especie de tesoro —contestó Jorge—. Pero, con franqueza, que me aspen si comprendo qué clase de tesoro piensan encontrar aquí.

—Igual digo —asintió Jack—. Bueno..., ¡ahí van! ¿Crees tú que tienen la intención de volver?

—Claro que sí. No se darán por vencidos tan fácilmente. Quizá hayan marchado a dar cuenta que hay otra gente aquí ahora..., ¡hasta es posible que crean que andamos tras el mismo tesoro! Y quizá vuelvan con más hombres para poder darnos caza.

—¡Oh! —exclamó Lucy, alarmada—. Yo no quiero que me den caza.

—Yo creo que sí —contestó Jack—. Pero podemos ir a verlo. Si se ha quedado uno de ellos, andará cerca de la cabaña. No sabrá cuántos somos nosotros..., quizá crea que hay hombres también, y no se atreverá a alejarse de allí él solo.

Pero cuando los muchachos abandonaron la caverna más tarde aquella mañana y fueron a echar una ojeada, no hallaron rastro ni de Juan ni de Pepi. No había fuego. Lo habían apagado a pisotones. Y aquella vez la puerta de la cabaña estaba cerrada de verdad y se habían llevado la llave. No hubo manera de abrirla, por muchas sacudidas y puntapiés que le dieron.

—Si hubiésemos sabido que esos hombres iban a emprender el vuelo, hubiéramos podido pedirles que nos transportaran —dijo Jack, sonriendo—. ¿Cuándo se les ocurrirá volver... si es que vuelven?

—No antes de mañana al amanecer, seguramente —contestó Jorge—. Supongo que emprenderán el vuelo de regreso de noche. Vamos a echar otra mirada a esos cajones.

Pero no había nada que ver. Estaban tan vacíos como la primera vez y seguían cubiertos por la lona. Los niños jugaron unas horas y comieron al pie de un árbol. Fueron a buscar unas latas del saco que aún quedaban en el matorral. Jack las abrió.

Después de la comida. Jorge sugirió que regresaran a la cueva para que las niñas les enseñasen el camino que conducía a la repisa de la cascada. Conque se pusieron en marcha, después de haber hecho desaparecer todo rastro de su estancia en la vecindad de la cabaña.

Pero, cuando llegaron a la caverna, Jack soltó una exclamación y empezó a registrarse los bolsillos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucy.

—¿Sabéis lo que he hecho? ¡Me he dejado el abrelatas donde comimos! ¡Imaginaos! ¡Si seré idiota! Pensé que quizá querríamos abrir otra lata, y lo coloqué al pie del árbol a cuya sombra nos sentamos. Y he debido dejármelo allá. Sea como fuere, no lo tengo.

—¡Troncho, Jack! —exclamó Jorge, imaginándose ya una noche de hambre—. ¡No podemos comer sin abrir una lata! ¡Eres una calamidad!

—Lo sé. Y no queda más que un recurso. Tendré que volver a buscarlo. Explora tú la gruta de los ecos con las niñas, Jorge, y yo me llevaré a «Kiki» e iré a buscar el abrelatas. Me está bien empleado.

—Yo te acompañaré, Jack —dijo Lucy, compadeciendo a su hermano.

—No —le contestó él—, ya has dado un paseo bastante largo. Vete con los otros. De todas formas, iré más aprisa si voy solo. Me sentaré un rato antes de marcharme. Ya exploraré la gruta otro día.

Se sentó sobre el musgo. Los otros se sentaron a su lado, compadeciéndole, comprendiendo lo furioso que estaría consigo mismo. Pero aún lo estaría más si tenía que dejarles sin comer. No había más remedio que ir en busca del abrelatas.

Al cabo de media hora, Jack se sintió con ánimo de volver. Se despidió alegremente de sus compañeros y marchó. Los niños sabían que no se perdería. Todos conocían el camino bastante bien ya.

Jack llevaba a «Kiki» en el hombro y charlaron todo el rato. «Kiki» estaba encantado de poder disfrutar, con carácter exclusivo, de la compañía de su amo. Casi siempre había otras personas con él. Dijeron la mar de tonterías y ambos se divertieron la mar haciéndolo. Llegaron, por fin, al árbol bajo el cual comieron. Buscó el abrelatas, medio temiendo que alguien se lo hubiese llevado. Pero aún estaba allí, donde él lo dejara. Lo recogió y se lo metió en el bolsillo.

—¡Hurra! —dijo.

—Dónde está el lobo feroz —dijo «Kiki»—. Matarile-rile-rile. Mohoso, rancio, polvoriento.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —aseguró el niño—. Bueno, me parece que emprenderemos el camino de regreso. Pronto caerá el crepúsculo, y me hace muy poca gracia volver por el camino a oscuras. Vamos, «Kiki»..., colina arriba.

Echó a andar. Pero se detuvo de pronto, aguzando el oído. Allá, en la distancia, sonaba un ruido conocido..., una especie de zumbido palpitante. Rr-rr-rr-rr.

—¡Troncho, «Kiki»! ¿Vuelven esos hombres tan pronto? —exclamó escudriñando el firmamento por occidente, donde aún se notaba un tinte dorado—.

Sí..., ése es un aeroplano, en efecto. Pero ¿es el suyo?

El avión se aproximó más, aumentando de tamaño. Al niño se le ocurrió una idea. Corrió hacia la cabaña y se encaramó a un árbol próximo al lugar en que encendían el fuego. Habló con severidad al loro:



—Ahora, a callar, «Kiki». Ni una palabra. ¿Comprendes? ¡Shhhhhh!

—¡Qué lástima, qué lástima! —dijo «Kiki», susurrando. Y luego guardó silencio, pegándose contra el cuello de Jack.

El avión se acercó, empezó a descender, trazando círculos. Tomó tierra en el trozo llano que resultaba tan magnífica pista de aterrizaje. Rodó un trecho y se detuvo luego. Jack no podía verlo desde donde estaba. Pero contaba con que los hombres se acercaran a la cabaña o al lugar del fuego y no se equivocó. No tardaron en llegar. Jack atisbo por entre las hojas, casi perdiendo el equilibrio en sus esfuerzos por ver, ya que el crepúsculo estaba muy próximo.

Aquella vez los hombres eran cuatro. Jack los miró con atención. Vio que uno de los hombres era, evidentemente, prisionero. Tenía las manos atadas a la espalda. ¡Qué extraño! Caminaba este último arrastrando los pies, con la cabeza agachada, y

bamboleándose un poco, como si estuviese mareado. De vez en cuando, uno de los tres le daba un empujón para que caminase en línea recta. Se dirigieron al lugar del fuego. Juan se puso a encenderlo. Pepi entró en la cabaña a buscar unas latas. Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. Salió otra vez con unos botes de sopa y de carne. El prisionero se sentó en la hierba, con la cabeza caída. Era evidente que no se encontraba bien o..., ¿sería simplemente que estaba asustado? El cuarto hombre, que hacía las veces de guardián del prisionero al parecer, se sentó junto al fuego sin decir una palabra, observando a Juan y a Pepi.

Al principio hablaron en voz baja, y Jack no pudo oír sus palabras. Bebieron sopa caliente y luego se comieron una lengua que sacaron de un tarro de cristal. El prisionero alzó la cabeza y les vio comer; pero a él no le ofrecieron nada. Dijo algo en voz baja. Juan se echó a reír. Habló con el guardián.

—Dile que no le daremos nada de comer ni de beber hasta que nos diga lo que deseamos saber —anunció.

El guardián repitió estas palabras en un idioma que Jack no entendió. El prisionero dijo algo, y el guardián le dio un golpe en la cara. El niño contempló, con horror, la escena. ¡Pegar a un hombre que tenía atadas las manos! ¡Qué cobardes!

El hombre intentó esquivar el golpe. Volvió a agachar la cabeza, y continuó sentado.

—Dice que ya tenéis el mapa, y que qué más queréis —dijo el guardián.

—No sabemos interpretar el mapa —contestó Juan—. Es un verdadero lío. Si no nos lo puede explicar él, tendrá que enseñarnos el camino mañana.

El guardián le tradujo esto al prisionero. Éste movió negativamente la cabeza.

—Dice que está demasiado débil para caminar tanto —anunció el guardián.

—Ya le arrastraremos nosotros —contestó Pepi, y tomó otro pedazo de lengua, haciéndose un grueso emparedado—. Dile que nos ha de llevar mañana. Si se niega, no se le dará comida ni bebida. Ya cederá cuando esté medio muerto de hambre.

Terminaron la cena. Juan bostezó.

—Me voy a la cama —dijo—. Hay una silla para ti en la cabaña, Luis. Al prisionero, con el suelo le basta.

El hombre suplicó que le soltaran las manos. Jack le compadeció una barbaridad.

Apagaron el fuego y se metieron en la cabaña. Jack se imaginó a Juan y a Pepi tumbados en el colchón, y a Luis en la única silla cómoda. El pobre prisionero tendría que echarse en el duro y frío suelo, con las manos atadas aún a la espalda.

Jack aguardó a que desapareciera todo peligro, y bajó entonces del árbol. «Kiki» se había portado la mar de bien. Ni un susurro se había escapado del pico. El niño se acercó de puntillas a la cabaña. Atisbo, cautelosamente, por la ventana. Vio una vela encendida dentro y, a su luz, distinguió a los cuatro hombres. El prisionero estaba intentando instalarse cómodamente en el suelo.

Casi era de noche ya. Jack confió que podría llegar a la cueva sin dificultad. Se metió la mano en el bolsillo y sintió alivio al darse cuenta de que llevaba una lámpara pequeña. ¡Menos mal! Era muy hábil en la oscuridad, porque tenía los ojos como los de un gato. Una o dos veces se detuvo, sin saber qué dirección tomar, pero «Kiki» la sabía siempre. Al suceder esto, se adelantaba un poco, y le llamaba luego o le silbaba.

—¡Buen pájaro, «Kiki»! —murmuró Jack—. No hubiese sido capaz de encontrar el camino sin tu ayuda, eso es seguro.

Los otros estaban la mar de preocupados por lo prolongado de su ausencia. Cuando cayó la noche sin que se hubiese presentado. Lucy quiso salir a buscarle.

—Estoy segura de que se ha extraviado —dijo casi llorando—, estoy completamente segura...

—Sí, y nosotros nos extraviaremos todos también si se nos ocurriera salir a la montaña en la oscuridad —contestó Jorge—. Supongo que buscaría el abrelatas, vería que se le echaba encima el crepúsculo, y decidiría no correr el riesgo de volver en la noche. Estará aquí a primera hora mañana por la mañana con toda seguridad.

Las sombras eran demasiado profundas para poder hacer nada. Dolly había hecho la «cama», y se echaron, llorando silenciosamente Lucy. Estaba convencida de que le había sucedido algo a su hermano.

De pronto se oyó ruido cerca de la caverna, y se apartaron las frondas del helecho. Todos los niños se incorporaron, latiéndoles con violencia el corazón. ¿Era Jack...? O... ¿había sido descubierto su escondite?

—¡Hola ahí! —dijo la conocida voz de Jack—. ¿Dónde estáis todos?

Encendió la lámpara de bolsillo y vio tres rostros radiantes. Lucy por poco se le echó encima.

—¡Jack! ¡Temimos que te hubieses extraviado! ¿Qué has estado haciendo? Y tenemos un hambre, además... ¿Has traído el abrelatas?

—Sí, lo he traído..., ¡y noticias abundantes también! ¿Y si comiéramos algo mientras os lo cuento?

## Capítulo XV

### Los hombres se llevan un chasco

Se abrieron inmediatamente unas latas y «Kiki» soltó una risa de contento al ver su pina favorita. Lucy se acurrucó contra su hermano.

—¿Qué te ocurrió? No puedo esperar más. Dímelo pronto.

—Déjame que coma un bocado primero —respondió Jack deliberadamente, sabiendo que todos los niños ardían en deseos de conocer sus noticias. Pero como tenía tantas ganas de contarle como ellos de oírlo, no tardó en dar principio a su relato.

—¡Conque está de vuelta el aeroplano! —exclamó Jorge, al empezar el otro a contarle todo—. ¿Han vuelto los hombres también?

Jack habló de los cuatro hombres. Lucy se quedó toda angustiada al enterarse de lo del prisionero.

—Empiezo a ver claro —anunció Jorge, por fin—. En alguna parte de este valle hay un tesoro oculto... quizá cosas que pertenecieron a las personas que vivían aquí, y cuyos útiles se incendiaron. Estos dos hombres se enteraron y consiguieron, Dios sabe cómo, un mapa en el que está señalado el escondite. Pero no saben encontrarlo con su ayuda, conque se han apoderado de alguien que conoce el camino.

—Eso es —respondió Jack—. Y se trata de un extranjero. Quizá viviera en otros tiempos en este valle, y hasta fuese él mismo quien ocultara las cosas. Le han capturado y tienen la intención de obligarle a que les revele el escondite. No piensan darle de comer ni de beber hasta que les enseñe lo que quieren saber.

—¡Qué brutos son! —exclamó Dolly.

Y los otros se mostraron de acuerdo con ella.

—¿Crees tú que les enseñará el camino? —inquirió Lucy.

—Dios quiera que sí, por su propio bien —contestó su hermano—. Y os voy a decir lo que yo propongo: uno o más de nosotros debe seguirles y averiguar dónde está ese escondite. Quizá podamos obtener ayuda y salvar el resto. No puede pertenecerles a ellos.

—¿Qué crees tú que puede ser el tesoro? —preguntó Lucy, imaginándose montones de barras de oro y joyas maravillosas.

—No puedo decírtelo —respondió Jack—. Creo que nos hallamos en alguna parte del centro de Europa, donde hubo guerra. Ya sabéis que mucha gente, tanto buena como mala, escondió riquezas de muchas clases. Supongo que será algo de esto lo que andan buscando esos hombres. Hablan inglés, pero no son ingleses. Quizá sean sudamericanos. Cualquiera sabe.

Los otros guardaron silencio, reflexionando sobre lo que Jack acababa de decir. Probablemente, pensaron, tendría razón. Pero a Lucy le hacía muy poca gracia la idea de seguir a aquellos individuos. ¿Y si descubrieran que se les seguía y les capturaran?

—Quizá sea mejor que Jorge y yo nos encarguemos de seguirles mañana —anunció Jack—. No me gusta que os mezcléis vosotras en el asunto.

Estas palabras enfadaron a Dolly, aunque a Lucy le produjeron alivio.

—No me da la gana que disfrutéis vosotros solos de las emociones —dijo Dolly—. Yo os acompañaré también.

—Si nosotros decimos que no has de acompañarnos, no nos acompañarás —contestó Jack.

Encendió la lámpara de bolsillo y enfocó con ella el rostro de la niña.

—Ya me figuraba yo que estaría echándome miradas asesinas —dijo—. Anímate, Dolly, después de todo, tú y Lucy corristeis una aventura esta tarde cuando descubristeis la gruta de los ecos y el pasadizo que conduce a la cascada. Deja que nosotros corramos una también.

—Sí, todo eso está muy bien —gruñó Dolly.

Pero, con gran alivio de Lucy, no insistió más sobre el particular.

—¿Dónde está «Tijita»? —preguntó Dolly, no queriendo acostarse hasta saber a ciencia cierta dónde estaba la lagartija.

—No lo sé —respondió Jorge—. Pudiera estar en cualquier parte. Debajo de tu almohada quizá.

—Está aquí —anunció Jack—. Tengo a «Kiki» por un lado del cuello y «Tijita» por el otro. Entre los dos me están quitando el frío.

—¡Qué lástima! —dijo el loro, soltando una risa que parecía un cloqueo.

—¡Por favor! —exclamaron todos a coro.

A ninguno le gustaba aquella terrible risa de «Kiki». Éste se metió la cabeza debajo del ala, ofendido. Todos se echaron. Tenían sueño.

—Nuestra cuarta noche en el valle —dijo Jorge—; el valle de la aventura. ¿Qué ocurriría a continuación?

No tardaron en quedarse dormidos todos. «Tijita» corrió por encima de Lucy y se acurrucó junto a Dolly, que hubiera protestado con vehemencia de haberlo sabido. Pero no se enteró. Conque siguió durmiendo tranquilamente.

Todos se sintieron la mar de animados a la mañana siguiente.

—De veras —dijo Dolly tomando unas latas de la repisa—, empiezo a sentir como si llevase media vida viviendo en esta cueva. Es extraordinario lo pronto que nos acostumbremos a todo lo nuevo.

—¿Cómo vamos a averiguar cuándo emprenden la marcha esos hombres y en qué dirección van? —inquirió Jorge.

—Haced memoria y recordaréis que, cuando salieron con el mapa la otra vez, se

encaminaron en esta dirección aproximadamente —contestó Jack—. Creo que les veremos si nos acercamos a la roca grande negra que pasamos siempre para venir aquí. Y entonces podemos seguirles sin dificultad alguna.

Conque, cuando terminaron el desayuno, echaron a andar con cautela hacia la roca negra, tras la cual se agazaparon, asomando Jack de vez en cuando la cabeza para examinar el terreno. Había transcurrido alrededor de una hora cuando el niño soltó una exclamación.

—¡Ahí vienen los cuatro! El prisionero va con las manos atadas aún, dando traspies, el pobre.

Los hombres pasaron a cierta distancia, pero no tan lejos que no pudieran verles los niños bien. Reconocieron a dos. Y Jack les dijo que el cuarto se llamaba Luis. Desconocía el nombre del prisionero, que evidentemente, estaba mareado como consecuencia de la falta de alimentos.

—Ahora —les dijo a las niñas Jack—, vosotras quedaos aquí. Hasta que desaparezcamos nosotros por lo menos, ¿me habéis entendido? Luego volver a la cascada y no os alejéis de ella para no perderos. Toma a «Kiki», Lucy. No nos interesa llevárnoslo.

Lucy tomó a «Kiki», sujetándole por las patas. El loro lanzó un grito tan iracundo, que los niños miraron con inquietud hacia los hombres para ver si les habían oído. Pero no dieron muestras de ello.

Jack y Jorge se dispusieron a marchar.

—Llevo mis gemelos de campaña —anunció el primero—. Puedo no perder de vista a esa gente sin que nos acerquemos demasiado. ¡Hasta la vuelta!

Marcharon, aprovechando matas y rocas para salir a descubierto lo menos posible. Aún veían a los hombres a lo lejos.

—¿Necesitaremos marcar el camino que seguimos? —preguntó Jorge—. O, ¿sabremos regresar sin necesidad de eso?

—Más vale que hagamos señales donde podamos —aconsejó Jack—. Hay que ir sobre seguro. Marca las rocas con yeso. Aquí hay un pedazo. Y haremos cortes en los árboles.

Siguieron adelante, subiendo muy a la zaga de los cuatro individuos. No tardaron en llegar a un sitio muy pendiente, en el que era difícil mantener el equilibrio, porque la superficie estaba tan suelta, que no hacían más que resbalar de continuo.

—Dios quiera que hayan desatado las manos a su prisionero —jadeó Jack—. Me desagradaría tener que caminar por estos lugares con las manos atadas a la espalda, sin poder hacer nada por resguardarme de resbalar.

Cuando llegaron al final de aquel trozo de terreno, no se veía a los hombres por parte alguna.

—¡Maldita sea! —dijo Jack—. Ese trozo nos hizo perder demasiado tiempo.

Ahora los hemos perdido.

Se llevó los gemelos a los ojos y barrió con ellos la ladera de la montaña. Un poco al Este y por encima de ellos vio de pronto a cuatro figuras pequeñas.

—¡Ahí están! —exclamó—. No te preocupes. Los estoy viendo. Por allí, «Copete».

Siguieron adelante, avanzando más aprisa ahora, porque el camino era más fácil. Cogieron frambuesas silvestres por el camino, y se detuvieron una vez a beber de un manantial de agua cristalina que surgía de debajo de una roca. No volvieron a perder de vista a los hombres salvo durante un minuto o dos. Éstos no volvieron nunca la cabeza ni hicieron uso de gemelos ni de cosa que se le pareciese. Era fácil ver que no esperaban ser seguidos.

Ahora llegaron a una parte muy desolada de la montaña. Habían rodado por ella grandes peñascos. Se veían los troncos de los árboles destrozados, y grandes surcos en el suelo. Aunque la hierba crecía por todas partes, cubriendo tales cicatrices, era evidente que había ocurrido allí alguna catástrofe.

—Un alud, seguramente —dijo Jack—. Debió producirse aquí un enorme desprendimiento de nieve que arrastró consigo rocas y peñascos de todos los tamaños, derribando árboles y abriendo esos surcos. Quizá fuera el invierno pasado.

—¿Dónde están esos hombres? —preguntó Jorge—. No los veo ahora. Torcieron por esa repisa.

—Sí. Tendremos que ir con cuidado al doblar por ahí. Podrían vernos. No hay gran cosa tras la que ocultarse en este estrecho.

Conque torcieron con cautela por la repisa, afortunadamente para ellos, porque casi inmediatamente oyeron voces y vieron a los cuatro hombres. Jack empujó a Jorge hacia atrás. Por encima de la repisa había un matorral. Los niños subieron hasta él y apartaron las hojas para poder otear. Vieron a sus pies una garganta reseca. También allí se había producido un gran desprendimiento de peñas. Delante de un montón se hallaba el prisionero con las manos desatadas ya. Señalaba la pila, diciendo algo en su voz opaca y baja. El guardián hizo la traducción y Jack aguzó el oído para escucharle.

Los hombres contemplaron las amontonadas rocas.

—Dice que la entrada estaba aquí —explicó el guardián.

—¿Dónde, exactamente? —inquirió Juan, con impaciencia, mirando torvamente al prisionero.

Éste señaló otra vez, murmurando algo.

—Dice que no sabía que se hubiera producido aquí un desprendimiento —anunció el guardián—. Dice que la entrada parece estar obstruida. Pero, si intentáis retirar algunas de esas peñas, quizás hagáis un hueco lo bastante grande para que podáis pasar.

Juan se enfureció, aunque era difícil saber si la ira se la producía el prisionero o estaba dirigida contra las rocas que le estorbaban. Se echó sobre éstas y se puso a tirar febrilmente, gritándoles a Luis y a Pepi que le ayudaran. El prisionero no hizo nada al principio, salvo sentarse con desánimo en una piedra. Juan le gritó a él también, y éste se dispuso a ayudar, aun cuando estaba demasiado débil para poder levantar pesos. Tiró de un peñasco, dio un traspies, y cayó. Los otros le dejaron yacer donde se encontraba, y continuaron tirando de las grandes rocas, jadeando y limpiándose el sudor de la frente.



Los dos niños les observaron. Desde donde se hallaban, les parecía imposible desobstruir la entrada de ninguna caverna allí.

—¡Deben de haber caído centenares de piedras! —susurró Jack a su compañero—. ¡Jamás conseguirán quitarlas de esa manera!

Al parecer, los hombres opinaron lo mismo al cabo de un rato porque dejaron de apartar rocas y se sentaron a descansar. El guardián señaló al prisionero caído y habló:

—¿Y este tipo? —quiso saber—. ¿Cómo vamos a transportarle hasta la cabaña?

—Oh, dadle algo de comer y de beber y estará en condiciones de andar —gruñó Juan.

—Más vale que nos marchemos ahora —susurró Jorge—. Empezarán el regreso dentro de poco. Vamos. ¡Qué desilusión no haber descubierto nada, sin embargo! Había confiado llegar a ver algo del tesoro.

—Si está escondido detrás de esa muralla de piedras caídas, necesitarán maquinaria muy potente para sacarlas —dijo Jack—. Nadie sería capaz de mover las peñas mayores con las manos. Vámonos pronto.

Retrocedieron tan aprisa como les fue posible, alegrándose de haber marcado rocas y árboles, pues de lo contrario, quizá se hubiesen extraviado por algunos trechos.

Las niñas les dieron la bienvenida, abrumándoles a preguntas. Pero ellos sacudieron la cabeza de una manera la mar de desilusionadora.

—La caverna del tesoro está obstruida —anunció Jack—. Dios quiera que esos hombres no se den por vencidos porque, si lo hicieran, ¡entonces sí que quedaríamos nosotros empantanados!

## Capítulo XVI

### Rescate del prisionero

Algún tiempo después de haber vuelto los niños a la caverna, Lucy, que atisbaba por entre las frondas del helecho, exclamó:

—¡Oíd! ¡Hay un hombre allá abajo...! ¡Mirad junto a la cascada! Dos hombres..., ¡no!, ¡tres!

Jack tiró de la cuerda que sujetaba las frondas, dejándolas caer para que tapasen la entrada. Luego, separándolas con cautela, miró.

—Debí haber comprendido que volverían por aquí a intentar encontrarnos. ¡Maldita sea! Uno..., dos... tres... ¿Dónde está el prisionero?

—Habrà caído por el camino seguramente, pobre hombre —observó Jorge, atisbando también—. Parecía la mar de débil.

Los niños vigilaron a los tres hombres para descubrir qué pensaban hacer. No tardaron en comprenderlo. Luis y Juan iban a volver a la cabaña. Pepi se quedaría montando guardia junto a la cascada, para ver quién entraba y salía con el fin de averiguar cuál era el camino que se empleaba. Los niños no pudieron oír lo que se dijo; pero la cosa se veía bien clara. Luis y Juan se fueron. Pepi se sentó en una roca situada aproximadamente al nivel de la repisa sobre la que habían aparecido las niñas el día anterior.

—¡Caramba! —exclamó Jack—. ¿Cómo vamos a poder salir y entrar sin ser vistos? Verdad es que está sentado de espaldas a nosotros, pero puede volverse en cualquier momento.

Lucy empezó a sentirse preocupada por el prisionero.

—¿Y si se ha caído por el camino y le han dejado ahí tirado los hombres? —murmuró—. Se moriría, ¿no?

—Supongo que sí —repuso Jack, sintiendo ansiedad también.

—No podemos dejar que se muera, Jack —exclamó Lucy, llena de horror la mirada—. De sobra sabes que no. No tendré un momento de reposo hasta saber qué ha sido de él.

—Me ocurre a mí aproximadamente lo mismo —confesó Jack, y los otros expresaron los mismos sentimientos con un gesto—. Había algo terrible en el desaliento de que daba muestras. Estoy seguro de que se encuentra enfermo.

—Pero ¿cómo podemos averiguar lo que ha sucedido mientras esté montando guardia ese individuo? —preguntó Jorge, sombrío.

Callaron todos. Era, en efecto, un problema. El rostro de Lucy se animó de pronto.

—Ya sé —dijo—. Hay un medio infalible para asegurarse de que Pepi no vea salir a nadie de la caverna.

—¿Cuál?

—Meternos uno o dos detrás de la catarata y empezar a pegar brincos. Estará tan pendiente de lo que hagamos, que podrá salir cualquiera de aquí sin ser visto.

—Justo —asintió Jack. Y Jorge aprobó también con un movimiento de cabeza—. Sí; la idea es buena y no hay motivo para aplazar su puesta en práctica. ¿Le damos una representación ahora a Pepi? Vosotras, Dolly y tú, Lucy, podríais ir a dar saltos. No correréis el menor riesgo, puesto que no hay más camino para llegar a la repisa que pasar por esa cueva, y eso no lo sabe Pepi. Mientras distraéis su atención, Jorge y yo iremos a ver si damos con el prisionero.

—Bueno, pues esperar entonces aquí hasta que nos veáis detrás de la cascada —dijo Dolly, poniéndose en pie.

Desapareció seguida de Lucy por el agujero del fondo. Los niños aguardaban a que apareciesen detrás de la catarata.

Al cabo de unos instantes. Jorge asió a Jack del brazo.

—¡Ahí están! ¡Buenas chicas! Se están divirtiendo la mar. ¿Qué es lo que agitan? Ah, se han quitado los sueters encarnados y los sacuden mientras ejecutan una especie de danza.

Pepi las vio en seguida. Se las quedó mirando con sorpresa, y luego se puso en pie. Gritó, dio alaridos y agitó los brazos. Las niñas, en lugar de hacerle caso, continuaron bailando. Pepi empezó a probar toda clase de caminos para llegar a la cascada.



—Ésta es la ocasión —dijo Jack—. Vamos. No les quitará la vista de encima a Lucy ni a Dolly en mucho rato.

Salieron rápidamente de la caverna, dejando caer las frondas tras ellos. Escalaron las rocas y pronto llegaron a un punto en que no podía vérselos desde donde estaba Pepi.

Cuando las niñas se dieron cuenta de que ya no corrían peligro, abandonaron la repisa y regresaron a la caverna. Ellas ya habían hecho su parte.

Los niños avanzaron cautelosamente por las rocas con el ojo avizor por si tropezaban con los otros. Una vez bien lejos de Pepi se detuvieron a celebrar consulta.

—¿Qué opinas tú? —inquirió Jack—. ¿Deberíamos volver a la cueva obstruida donde al parecer se encuentra el tesoro, para ver si el prisionero se ha caído por el camino? O... ¿es preferible que exploremos un poco en otra dirección... yendo a la cabaña por si le han trasladado allí?

—Creo que será preferible volver a la cabaña de esos hombres —respondió Jorge—. No creo muy probable que le hayan dejado abandonado junto al camino para que se muera. Quizá aún quieran sacar algo de él.

Conque emprendieron la marcha hacia la cabaña. ¡Qué bien conocían el camino ya! Vieron el humo del fuego mucho antes de acercarse, y por ello comprendieron que los hombres estaban de vuelta.

Ni a ellos ni a su prisionero se les veía por parte alguna sin embargo. Los niños atisbaron con cautela por entre los árboles vecinos. La puerta de la casita estaba cerrada y, seguramente, tendría echada la llave. ¿Estaban los hombres dentro?

—Atiende... ¿no es ése el zumbido de los motores del aeroplano otra vez? —preguntó Jorge de pronto—. Sí que lo es. ¿Es que se marchan otra vez esos individuos?

Se dirigieron a un sitio desde donde podían ver bien el avión, con ayuda de los gemelos de Jack. Los hombres no se marchaban, sólo estaban haciendo algo al aeroplano. El prisionero no parecía estar con ellos.

—Quédate aquí con mis gemelos. Jorge, y no pierdas de vista al aparato ni a los hombres —dijo Jack dándole los gemelos a su compañero—. Si dejan de trabajar aquí y se encaminan a la cabaña, ven a avisarme en seguida. Yo voy a atisbar por la ventana a ver si han dejado encerrado al prisionero. Me preocupa no verle.

—Bien —respondió Jorge. Y se llevó los gemelos a los ojos.

Jack echó a correr. No tardó en llegar a la cabaña, y probó la puerta. Sí, estaba cerrada con llave, en efecto. Se deslizó hacia la ventana y miró por ella. Allí estaba el prisionero, sentado en una silla, con la cabeza hundida entre las manos. Jack le oyó exhalar un profundo gemido, y le sonó tan horrible, que le sangró el corazón.

«¡Si pudiera sacarle de aquí! —pensó—. Es inútil romper la ventana. Es demasiado pequeña hasta para que quepa yo, y, desde luego, ese hombre no podría pasar por ella. ¿Qué puedo hacer? No puedo echar la puerta abajo. ¡Es demasiado fuerte!».

Dio la vuelta a la cabaña dos o tres veces; pero no había manera de entrar. Se quedó contemplando la puerta con rabia. Y entonces vio algo increíble. Había un clavo al lado de la entrada, y de él colgaba... ¡una llave! ¡Una llave grande! Una llave que, con toda seguridad, abriría la puerta. De lo contrario, ¿por qué había de estar allí? Seguramente la dejarían en aquel sitio para que cualquiera de los hombres pudiese entrar cuando le viniese en gana sin necesidad de tener que esperar al que llevase la llave.

La descolgó con dedos temblorosos. La introdujo en la cerradura. La hizo girar. Estaba un poco excitado, pero no obstante giró. Se abrió la puerta y el niño entró. El prisionero alzó la cabeza al aire. Le miró con sorpresa. El niño le sonrió.

—He venido a ponerle en libertad —dijo—. ¿Quiere venir conmigo?

El hombre no pareció comprender. Frunció levemente el entrecejo, y miró aún más fijamente a Jack.

—Habla despacio —dijo por fin.

Jack repitió lo que había dicho. Luego se golpeó el pecho, agregando:

—Yo soy su amigo. ¡Amigo! ¿Comprende?

El hombre entendió aquello, evidentemente. Apareció en su rostro una sonrisa. Era un rostro agradable, bondadoso, triste, de persona en quien se podía confiar, pensó Jack. El niño le tendió la mano.

—Venga conmigo.

El hombre movió negativamente la cabeza. Se señaló los pies. Los tenía atados tan fuertemente que, por lo visto, carecía de las fuerzas necesarias para desatarlos. Jack sacó su navaja. Cortó las gruesas ligaduras. El hombre se puso en pie no muy seguro. Parecía a punto de caerse. Jack le ofreció apoyo, pensando que jamás lograría caminar hasta la cueva en aquel estado. Daba la sensación de estar mucho más débil que antes.

—Vamos —dijo con urgencia—. No tenemos tiempo que perder.

Se guardó las cuerdas cortadas en el bolsillo. Condujo al hombre al exterior, cerró la puerta y volvió a colgar la llave del clavo. Le dirigió una sonrisa al prisionero.

—Va a ser una verdadera sorpresa para Juan y para Luis que haya usted atravesado al parecer una puerta cerrada con llave —dijo—. Me hubiera gustado estar aquí cuando abran la puerta y no lo encuentren.

Le asió del brazo y le condujo a los árboles vecinos. El hombre caminaba con mucha inseguridad. Exhalaba un gemido de vez en cuando, como si le causara dolor andar. Jack quedó más y más convencido de que jamás lograría llegar hasta la caverna. Se preguntó qué hacer. ¿No podría dejarle en la cuadra en que se metieron ellos el primer día de su llegada? Podría meterse en el último pesebre y recogerlo al día siguiente, cuando estuviese más repuesto. Sería lo mejor.

—Aguárdeme aquí un instante —le dijo, pensando que sería mejor que buscase a Jorge, le contara lo ocurrido, y le pidiera que montase guardia mientras iba él a instalar al otro en la cuadra.

Jorge quedó la mar de sorprendido al escuchar lo que Jack tenía que contarle. Asintió a quedarse de guardia hasta que Jack fuese a buscarle.

—Esos hombres parecen estarle dando un repaso al aeroplano —dijo—. Dan la sensación de que estarán ocupados un buen rato todavía.

Jack ayudó al prisionero a llegar al cobertizo. Tardaron mucho en llegar, porque el hombre caminaba muy despacio.

Una vez allí, se dejó caer en el rincón, jadeando dolorosamente. No cabía duda de que se encontraba enfermo. Pero no había médico que le atendiese, sólo Jack, cuya dulzura parecía agradecer el desconocido.

—Quédese aquí hasta mañana. Vendré a buscarle entonces, para conducirlo a un escondite más seguro —le dijo el niño, hablando muy despacio—. Le dejaré comida y agua.

Tenía la intención de abrir unas latas de las que aún quedaban en el matorral y dejarlas junto al enfermo.

El hombre se dio un golpe en el pecho.

—Otto Engler —dijo.

Y lo repitió dos o tres veces. Jack movió afirmativamente la cabeza y se señaló a sí mismo.

—Jack Trent —dijo—. Yo, Jack... Usted, Otto.

—Amigo —dijo el hombre—. Tú... ¿inglés?

—Yo inglés —asintió solemnemente Jack—. ¿Y usted?

—«Ostriaco». Amigo. Amigo bono. ¿Por qué tú allí?

Jack intentó explicarle cómo había llegado allí con los otros niños, pero resultó demasiado complicado para que lo comprendiese el hombre, que acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No comprender —dijo.

Luego se inclinó hacia Jack, y preguntó, en voz baja:

—¿Tú saber «tesoro»?

—¿Tesorero? Ah, tesoro... No, no gran cosa. ¿Usted sabe... tesoro?

—Todo —contestó el hombre—. ¡Todo! Yo dibujarte mapa... donde ser tesoro. Tú buen niño. Yo me fío.

## Capítulo XVII

### ¡El mapa de un tesoro!

Lo primero que sintió Jack al oír estas palabras fue una excitación tremenda. Luego se desanimó. Sabía dónde estaba el tesoro. Detrás de aquel desprendimiento de rocas. ¿De qué servía saberlo? Nadie podría alcanzarlo.

—Sé dónde está el tesoro —dijo, intentando hablar despacio y con sencillez—. Vi cómo les enseñaba algo a esos hombres esta mañana..., pero las rocas habían obstruido el paso y no pudieron llegar a la caverna.

El hombre soltó una risita seca. Pareció comprender las palabras del muchacho.

—Son imbéciles —dijo—. Imbéciles muy grandes. No haber tesoro allí.

Jack le miró con sorpresa.

—¿Quiere decir con eso... que les tomó el pelo? Usted sabía que se habían desprendido las rocas por aquel lado, y les llevó allí, y fingió que la entrada a la cámara del tesoro se había cegado, ¿no es eso? ¿No está el tesoro detrás de esas rocas después de todo?

El hombre había arrugado la frente en su esfuerzo por comprender todo lo que el niño iba diciendo. Sacudió la cabeza.

—Tesoro no ahí —anunció—. Engañé a Juan y a Pepi. ¡Ja, ja, cómo se estropear manos tirando rocas!

Jack sonrió a pesar suyo. ¡Qué jugarreta más magnífica! Bueno, pues, ¿dónde estaba el «tesoro» entonces?

—Yo hacerte mapa —dijo Otto—. Y decirte salida valle también. Por Desfiladero de los Vientos. Iréis por allí, tus amigos y tú, a llevar mapa buen amigo mío. Es momento ya de encontrar tesoro escondido.

—Pero ¿por qué no puede usted venir con nosotros? —exclamó Jack—. Nos podría enseñar el camino. Otto... el desfiladero... y encontrarse con su buen amigo.

—Yo ser hombre muy enfermo —contestó Otto—. Si no conseguir doctor y... ¿cómo decir?... ¿medicina?

—Sí, medicina.

—... medicina pronto, yo muero. Tengo mal corazón, muy mal. Yo tener dolor muy mal. No andar mucho ya. Conque tú tomar mapa, buen niño, y salir del desfiladero del valle, e ir a Julius, mi buen, buen amigo. Entonces todo estar bien.

—Bueno —respondió Jack—. Siento mucho lo suyo, Otto. Ojalá pudiera yo hacer algo. Haré todo lo posible por llegar a Julius a toda prisa y traerle a usted ayuda. ¿Cree usted que podrá andar hasta nuestro escondite mañana y quedarse en él cuando nos vayamos nosotros?

—¿Perdón? —dijo Otto—. Hablar tú muy de prisa. No comprender.

Jack habló más despacio. Otto asintió con un gesto, comprendiendo la segunda vez.

—Tú dejarme aquí hoy; y mañana quizá más fuerte para acompañarte —repuso—. Veremos. Si no, ir vosotros por desfiladero encontrar Julius. Yo hacerte mapa ahora, y también de camino al desfiladero. Desfiladero de los Vientos. Ser muy, muy estrecho, pero no demasiado difícil de... de...

—¿De atravesar? —dijo Jack.

Otto movió afirmativamente la cabeza. Encontró un lápiz y un librito de notas y empezó a dibujar. Jack le observó con interés. Apareció la cascada en el mapa. Igualmente una roca de forma rara. Entró en su composición un árbol curvado y un manantial. Fueron dibujadas unas flechitas señalando la dirección que debía seguir. Resultó en verdad emocionante.



Otto dobló el mapa. Se lo dio a Jack.

—Julius sabrá —dijo—; él leer mapa. Otro tiempo, vivir él casa labor grande no lejos de aquí. Nuestros enemigos quemarla, y todas las demás casas también, y llevarse nuestras vacas, nuestros caballos, nuestros cerdos, todo. Muchos matar. Sólo pocos de nosotros salvarse.

—Ahora, dígame por dónde se va al desfiladero —solicitó Jack.

Otto dibujó otro mapa. Apareció en él la cascada. Jack puso el dedo encima.

—Conozco esta agua —dijo, hablando despacio, para que le comprendiera Otto—. Nuestro escondite está cerca... muy cerca.

—¡Vaya! —murmuró Otto, con satisfacción—. Camino a desfiladero por encima

cascada. Tener vosotros que subir hasta donde sale por agujero de montaña. Ten... ya dibujado el camino.

—¿Cómo encontraremos a Julius? —preguntó Jack.

—Al otro lado desfiladero, haber pueblo medio quemado. Preguntar cualquiera dónde estar Julius. Sabrán. ¡Ah, Julius trabajar contra enemigo siempre! Todo el mundo conocer a Julius. Debe ser gran hombre entre los suyos ahora... pero tiempos ser extraños y quizá no ser ya grande, ahora por haber paz. Pero todo el mundo conoce Julius y él saber qué hacer cuando des mapa. También una carta le escribiré.

Escribió rápidamente una nota y se la entregó a Jack también. Iba dirigida a Julius Muller.

—Ahora tú déjame —dijo—, volver con tus amigos. Si estar mejor mañana, ir contigo. Pero mi corazón mal hoy... muy mal. Siempre dolerme aquí... Se oprimió el pecho.

—Bueno, pues adiós y gracias —dijo Jack, poniéndose en pie—. Dios quiera que esté seguro aquí. Aquí dejo una lata de carne y otra de fruta, abiertas las dos. Bueno... hasta mañana.

El hombre sonrió con fatigada sonrisa, se apoyó contra la pared de la cuadra, y cerró los ojos. Estaba completamente exhausto. Jack le compadeció una enormidad. Sería preciso que obtuviera ayuda lo más aprisa posible, si Otto no estaba mejor al día siguiente. Sus compañeros y él saldrían del valle por el desfiladero, y buscarían inmediatamente a Julius. Si éste era amigo de Otto, quizá pudiese conseguirle un médico sin perder instante.

El niño salió de la cuadra muchísimo más animado. ¡Troncho! ¿Qué dirían los otros cuando supiesen que tenía el mapa del lugar en que se encontraba el tesoro... y las direcciones necesarias para salir del valle?

Jorge llegó corriendo, sin aliento.

—Los hombres acaban de abandonar el aeroplano y se dirigen a la cabaña —dijo—. Vamos... más vale que nos marchemos. ¿Está el prisionero seguro en la cuadra?

—Sí. ¡Dios quiera que no se les ocurra a esos hombres buscarle allí! —contestó Jack—. Regresemos al lado de las niñas. Llevamos la mar de rato fuera.

—Tendremos que ir con ojo para no tropezar con Pepi —dijo Jorge, cuando echaron a andar—. A lo mejor se ha cansado ya de vigilar la catarata y ha decidido volver a la cabaña.

—Oye... ¿sabes lo que tengo? —exclamó Jack, incapaz de callarse la noticia un momento más.

—¿Qué?

—¡Un mapa que enseña dónde está el tesoro!

—Pero ¡si ya sabemos dónde está! Detrás de las rocas que vimos esta mañana.

—¡Pues te equivocas! —anunció Jack, con voz triunfal—. El prisionero se llama

Otto, por cierto... les tomó el pelo de mala manera. Les hizo creer que el tesoro se encontraba en una cueva detrás de las piedras caídas... Él ya sabía que se habían desprendido aquellas rocas, pero fingió que no estaba enterado para hacerles creer que el desprendimiento había cerrado la entrada de la caverna. ¿Comprendes?

—¡Troncho! —exclamó Jorge—. ¡Y el tesoro estaba en otra parte! Buena treta. ¿De veras tienes el plano del sitio en que está el tesoro? ¿Y descubriste en qué consiste ese tesoro?

—No; se me olvidó preguntárselo. Pero descubrí muchas cosas. Tengo las indicaciones necesarias para encontrar el desfiladero por el que se sale de este valle... y una nota para un hombre que se llama Julius... y sé cómo se quemaron esas casas y por qué Otto dice que, si se siente con fuerzas mañana, él mismo nos llevará al desfiladero..., pero me dio los mapas por si acaso no podía acompañarnos. Están muy claros.

Las noticias eran de verdad muy emocionantes. Jorge estaba que no cabía en sí de gozo. Parecía como si fueran a poder salir del valle por fin y obtener ayuda... y hallarse quizá presentes cuando se descubriera el tesoro.

—¡Ojo! ¡Me parece haber visto moverse algo allí! —susurró Jack de pronto.

Se agazaparon detrás de un matorral. Menos mal que lo hicieron, porque Pepi salió de un macizo de árbol y caminó a paso rápido hacia ellos. Pero era evidente que no les había visto. Sin echar una mirada siquiera hacia el matorral, continuó adelante.

—Apuesto a que tiene hambre y quiere comer —sonrió Jack—. Suerte hemos tenido con que yo le distinguiera. Dos segundos más, y nos hubiésemos dado de narices con él. Bueno, es buena cosa. Ahora podemos caminar a toda prisa sin temor a ser vistos. ¡Troncho! ¡Qué apetito tengo!

Le sucedía lo propio a su compañero. Hacía mil años que no comían. Empezaron a ver con la imaginación sardinas, lengua, salmón, albaricoques, melocotones y peras en conserva. Apretaron la marcha todo lo que les fue posible.

Exhalaban un suspiro de alivio cuando apartaron por fin las frondas de la entrada y vieron a las niñas sentadas en la caverna. Dolly tenía preparada una magnífica comida.

—¡Viva Dolly! ¡Hurra! —exclamó—. ¡Te mereces un gran abrazo!

La niña sonrió.

—Pepi se ha ido —dijo—. ¿Os lo habéis encontrado?

—Casi chocamos con él —contestó Jorge—. ¡Troncho! ¡Sería capaz de comerme una lata de salmón entera yo solito! ¿Cómo os han ido las cosas a vosotras? ¿Bien?

—No hubo nada de particular —contestó Dolly—. Nos limitamos a danzar un poco de vez en cuando detrás de la cascada para mantener vivo el interés de Pepi. ¡Los esfuerzos que llegó a hacer por encontrar un camino! Hubo un momento en que Lucy y yo creíamos que le había arrastrado el agua. Resbaló, cayó y desapareció

durante veinte minutos. Sentimos un alivio enorme cuando le volvimos a ver.

—¿Y vosotros? —inquirió Lucy—. Parecéis muy alegres. ¿Traéis buenas noticias? ¿Y el pobre prisionero?

Los niños contaron con la boca llena todo lo que habían hecho aquel día. Las muchachas les escucharon con avidez. Cuando Jack sacó los mapas, se le echaron encima llenas de alegría.

—¡El mapa de un tesoro! —exclamó Lucy—. Siempre he tenido ganas de ver uno de verdad. ¡Oh, aquí está nuestra cascada, mirad! No estará el tesoro en su vecindad, supongo.

—¿Cuándo vamos a buscar el tesoro? —preguntó Dolly, con los ojos muy brillantes.

—No vamos a buscarlo —respondió Jack.

El rostro de la muchacha expresó al instante su desilusión. Jack le explicó por qué.

—Tenemos que salir de este valle —dijo—, y encontrar a ese Julius. Al parecer, será él quien se encargue de desenterrar el tesoro, sea éste el que fuere. Lamento desilusionaros, niñas; pero la verdad es que creo que debemos salir de aquí lo más aprisa que podamos; y mandar aviso a tía Allie y a Bill. Perderíamos mucho tiempo buscando el tesoro y creo que ahora que nos han dicho dónde debemos buscar el desfiladero por el que se sale del valle, deberíamos aprovecharlo y buscar ayuda para nosotros y para el pobre Otto también. Está muy enfermo.

Jack tenía razón. Dolly exhaló un suspiro de sentimiento.

—¡Me hubiera gustado tanto ir a buscar el tesoro! —dijo—. Pero da igual. Quizá ese Julius, quienquiera que sea, nos permita acompañarle a buscar el tesoro. ¡Podríamos quedarnos para eso!

Casi era de noche ya. Los niños estaban agotados. Se echaron en la «cama» que había preparado Dolly ya. Tenían mucho sueño. Pero las niñas deseaban hablar, y «Kiki» también. Habían pasado un día muy aburrido.

—«Kiki» se ha pasado el día haciendo viajes a la gruta, aullando con toda la fuerza de sus pulmones —anunció Lucy—. Ya no le asustan los ecos. Y... ¡había que oírlos cuando se le ocurrió imitar el silbido de un tren expreso!

—No sabes cuánto me alegro de no haber tenido ocasión de escucharlo —aseguró Jack, soñoliento—. Callaos ya, niñas. Dormíos, que nos aguarda un día muy movido mañana..., hemos de ir por Otto, dirigirnos al desfiladero... y buscar a Julius.

—Me parece —dijo Lucy—, que esta aventura está ya a punto de terminarse. Pero estaba equivocada. Tardaría en finalizar todavía.

## Capítulo XVIII

### Ahora... ¡al desfiladero de los vientos!

A la mañana siguiente los niños atisbaban cautelosamente por entre las frondas del helecho para ver si Pepi estaba de guardia otra vez por casualidad. Pero no vieron ni rastro de él.

—¿Qué pensarían Juan y Luis cuando regresaran a la cabaña, abrieran la puerta y se encontraran con que había volado su prisionero? —murmuró Jack, sonriendo—. Les asombraría descubrir que había atravesado una puerta cerrada con llave.

—¡Oh, comprenderán que uno de nosotros le habrá puesto en libertad! —respondió Dolly—. ¡Lo furiosos que estarán! ¡Dios quiera que no le encuentren en la cuadra! Podría contar algo de nosotros.

—No haría tal cosa —se apresuró a decir Jack—. Tiene una cara agradable y de persona de confianza... muy parecida a la de Bill, sólo que no tan enérgica.

—Ojalá llegase Bill aquí de pronto —intervino Lucy, con un suspiro—. De veras que sí. Ya sé que vosotros habéis llevado las cosas la mar de bien; pero, no sé por qué, cuando está Bill cerca, es cuando me siento verdaderamente segura.

—¿No estás ahora bastante segura? —exigió Jack—. ¿No te encontré un escondite magnífico?

—Sí, magnífico —respondió la niña—. ¡Oh, mira, Jorge! ¡«Kiki» anda persiguiendo a «Tijita»!

«Tijita» había asomado por la pierna de Jorge, y «Kiki», que estaba posado cerca, había exhalado un grito de triunfo, dirigiéndole a la lagartija un picotazo. Pero ésta se mostró demasiado rápida para él. Se metió en el zapato del niño.

—¡Estáte quieto, «Kiki»! —ordenó Jorge—. Bueno..., más vale que empecemos a movernos. Hay que acudir a la cita.

—Cita, «Tijita» malita —dijo inmediatamente «Kiki».

Los niños se echaron a reír.

—La verdad es que «Kiki» tiene mucha habilidad en eso de juntar las palabras que suenan igual —dijo Lucy—. Cita, «Tijita» malita... a mí no se me hubiera ocurrido eso nunca. ¡Qué listo eres, «Kiki»!

«Kiki» dio un chillido e irguió la cresta. Se columpió de un lado a otro como solía hacer siempre que se sentía muy satisfecho de sí mismo.

—¡Vanidoso! ¡Presumido! —exclamó Jack. Y le rascó la cabeza—. Deja a «Tijita» en paz. Es el animalito más inofensivo que ha tenido Jorge hasta la fecha.

—Mejor es, desde luego, que esas ratas, esos ratones, arañas, escarabajos y erizos que ha tenido siempre corriendo por encima —asintió Dolly, con un estremecimiento

—, comparado con ellos, me gusta «Tijita».

—¡Cielos! —exclamó Lucy, asombrada—. ¡Cómo estás cambiando, Dolly!

«Tijita» y «Kiki» compartieron el desayuno de los niños, aun cuando «Kiki» anduvo alerta para que «Tijita» no se llevara ninguna cosa que quisiera él. Cuando hubieron terminado todos, trazaron sus planes.

—Iremos a buscar a Otto primero —dijo Jack—. Jorge y yo, quiero decir. No es necesario que vengáis vosotras. Encargaros de preparar unas latas para que nos las llevemos cuando salgamos hacia el desfiladero. Tendremos que comer por el camino.

—De acuerdo —contestó Dolly—. Dios quiera que encontréis mejor a Otto. Cuando le traigáis aquí, comeremos algo antes de marchar. Luego, nos dirigiremos al desfiladero y encontraremos a Julius... arreglándonos de una manera u otra para mandar aviso a mamá... y a Bill. Quizá venga entonces Bill en su aeroplano...

—Y tome parte en la busca del tesoro y nos deje ayudarlo —intervino Lucy—. ¡Qué plan más bonito!

Y sí que lo parecía, en efecto. Los muchachos marcharon, dejando a «Kiki» con las niñas. Cruzaron rápidamente por la ladera, muy al tanto para no tropezarse con Pepi o alguno de los otros.

Pero no vieron a nadie. Se dirigieron con cautela a la cuadra. Jack dejó a Jorge de guardia allá cerca, para que le avisara si se acercaba alguien. Luego se aproximó a la puerta y asomó la cabeza. No se oía el menor sonido dentro.

No le era posible ver el último pesebre desde donde se encontraba. Entró de puntillas. Llamó quedamente:

—¡Otto! ¡Estoy de vuelta! ¿Se encuentra usted mejor?

No obtuvo respuesta. Se preguntó si estaría dormido el hombre. Cruzó hacia el departamento del fondo.

Estaba desierto. Otto no se hallaba allí, Jack miró a su alrededor. ¿Qué podía haber sucedido? Vio que las latas de carne y fruta que había dejado para el ex-prisionero estaban sin tocar. Otto no había llegado a probar bocado. ¿Por qué?

—¡Maldita sea! Esos hombres deben haber estado aquí a buscarle cuando descubrieron que no estaba en la cabaña. Y le encontraron —pensó Jack—. ¡Troncho! ¿Qué habrán hecho con él? Más vale que andemos con cuidado, por si esos individuos andan emboscados por aquí esperándonos. Comprenderán que alguien puso en libertad a Otto, aun cuando él no haya despegado los labios. Volvió al lado de Jorge.

—Otto ha desaparecido —le dijo—. ¿Nos atrevemos a echar una mirada a la cabaña? Quizás averigüemos algo entonces..., lo que han hecho de Otto, por ejemplo.

—Gateemos a ese árbol grande al que ya nos hemos subido otras veces —sugirió Jorge—. Ese desde el que se ve el avión. Si viéramos a todos los hombres en la vecindad del aparato, sabríamos que podríamos acercarnos a la cabaña sin peligro.

Quizás estén vigilando por si nos presentamos otra vez. Si nos capturan a nosotros, las muchachas no sabrían qué hacer.

—Bueno. Me subiré yo al árbol —contestó Jack.

Y lo hizo, seguido de cerca por su compañero. Se llevó los gemelos a los ojos y enfocó con ellos el aeroplano. Luego soltó una exclamación.

—¡Troncho! ¡El aeroplano ha vuelto a desaparecer! ¡No está allí!

—No..., es verdad —asintió Jorge, sorprendido—. Pues lo que es esta vez, yo no lo oí marchar. ¿Y tú?

—Tengo la idea de que oí el zumbido de un motor anoche, cuando empezaba a dormirme. Sí, ahora que lo pienso; debe haber sido el aeroplano. Con toda seguridad los hemos echado nosotros. Se asustaron al saber que había otra gente aquí..., en un escondite que no lograban encontrar..., gente que puso en libertad a su prisionero.

—Sí..., y cuando descubrieron que no podían llegar al tesoro porque un desprendimiento de rocas lo había enterrado del todo al parecer, supongo que pensarían que no valía la pena quedarse —asintió Jorge—. Conque se fueron. ¡Gracias a Dios! Ahora podemos volver al lado de las niñas y dirigirnos al desfiladero a toda prisa. Si quieres que te diga la verdad, me preocupaba eso de tener que llevarnos a Otto porque, por lo que tú dijiste, no parecía que fuéramos a poder ir muy aprisa con él. Y, de haberle dado un ataque cardíaco por el camino, nosotros no hubiésemos sabido qué hacer.

—¿Adónde se lo habrán llevado? Quiera Dios que, ahora que saben que no pueden sacarle más información, le hayan devuelto al lugar en que vive y buscado un médico que le atienda.

Bajaron del árbol y regresaron a la cueva lo más aprisa que pudieron. Las niñas quedaron sorprendidas al verles volver tan pronto; y más sorprendidas todavía al observar que volvían solos.

—¿Dónde está Otto? —preguntó Dolly.

—Pozo abajo —dijo «Kiki».

Nadie le hizo caso, conque soltó un aullido. Jack explicó:

—El aeroplano ha desaparecido... y Otto también..., conque supongo que se habrán marchado todos..., disgustados por no haber conseguido apoderarse del tesoro. ¡Me alegro de perderlos de vista!

—Y yo también —anunció Dolly, llena de alivio al saber que sus enemigos ya no se hallaban por allí—. Bueno y, ¿qué hacemos ahora?

—Salir en busca del desfiladero —contestó Jack—. Tengo el mapa que dibujó Otto. ¡Qué suerte que me lo diera! Jamás hubiésemos encontrado nosotros ese paso sin el mapa, estoy seguro. El desfiladero puede estar en cualquier parte... y no hay más que uno: ése... el Desfiladero de los Vientos. Vámonos. ¿Has preparado unas cuantas latas, Dolly?

—Sí. ¿En qué dirección hemos de ir? ¿Arriba o abajo?

—Arriba —contestó Jorge, estudiando el mapa que sacó Jack de su bolsillo—. Hemos de subir hasta el sitio donde empieza la cascada..., aquí, mirad. Luego hemos de avanzar por una repisa de roca..., la ha dibujado Otto, como veis... Llegaremos entonces a un bosque muy denso, ¿lo veis?... Después hemos de subir un trecho muy pendiente hasta otra repisa. A continuación nos encontraremos con una carretera en toda regla..., del desfiladero, que supongo toda la gente del valle usaría cuando quisiera marchar de aquí a visitar otro sitio. Una vez estemos en esa carretera, me sentiré más tranquilo.

—Y yo también —aseguró Dolly, con fervor—. Resultará muy agradable ver una carretera. Hasta quizá veamos a alguien andar por ella.

—No lo creo, puesto que a nadie hemos visto en este valle más que a esos hombres —dijo Jack—. Se me antoja la mar de raro que, aunque existe un paso para entrar en este valle tan bonito y para salir de él, parezca estar desierto. ¿Por qué será?

—Oh, supongo que sus razones habrá —dijo Dolly—. Andad, vámonos de una vez. La primera parte será fácil, puesto que sólo tenemos que andar cerca de la cascada.

Pero no resultó tan fácil como ella había supuesto, porque la ladera de la montaña era muy pendiente por allí, y tuvieron que hacer escaladas muy duras. No obstante, salieron con bien porque, para entonces, ya se habían acostumbrado a andar y escalar.

La catarata rugió a su lado todo el camino. Hacía un ruido terrible al caer y Lucy pensó en lo bien que estarían cuando llegasen arriba y no tuvieran que escuchar ya tan espantoso estruendo.

Al cabo de un buen rato, llegaron al punto en que nacía el salto. El agua salía de un boquete de la montaña y caía a plomo, chocando con algunos grandes peñascos por el camino. La vista resultaba maravillosa.



—¡Caramba, qué sensación tan rara me produce ver salir esa enorme manga de agua de la montaña! —dijo Lucy, sentándose—. ¡Lo hace tan de repente...!

—Supongo que, cuando las nieves se funden y cae la lluvia, se filtra una cantidad fantástica de agua por la cima —dijo Jack—. Y se acumula toda y tiene que salir de alguna manera. Ésta es una de las maneras de salir... por este boquete... formando un salto de agua tremendo.

—¿Por dónde vamos ahora? —inquirió Dolly, que estaba impaciente por salir del valle.

—Por esa repisa de roca —contestó Jack—. ¡Troncho! ¡Qué estrecha parece! Y pasa por encima mismo de la catarata. Lucy, no se te ocurra mirar hacia abajo, no sea que te dé vértigo.

—Me parece que no tengo muchas ganas de pasar por ahí —anunció la pobre Lucy.

—Ya te ayudaré yo —le aseguró su hermano—. Irás bien, mientras no se te ocurra mirar hacia abajo.

Pasaron sin dificultad por la repisa, asida fuertemente Lucy a la mano de Jack. «Kiki» voló por encima de ellos, animándoles con sus gritos.

—¡Mirad cómo corren! ¡Mirad cómo corren! —clamó el loro, recordando sin duda una de las líneas del cuento infantil «Los tres ratoncitos ciegos».

Lucy soltó una risita.

—No es correr precisamente lo que hacemos, «Kiki» —dijo—. ¡Gracias a Dios que hemos llegado al final de la repisa! Ahora hemos de atravesar ese bosque, ¿no?

Jack consultó el mapa.

—Sí..., hemos de atravesarlo por completo, al parecer. ¿Dónde está mi brújula? La colocaré de forma que caminemos en línea recta en la dirección que Otto señala en su plano.

Penetraron en el bosque. Era un pinar, bastante oscuro y silencioso. No crecía nada debajo de las altas coníferas. Soplaba el viento por entre ellas, produciendo una especie de suspiro que turbó a «Kiki».

—¡Chitón! —clamó—. ¡Shhhhhh!

—Aquí está el final del bosque —anunció Jack—. Otra escalinata hasta la otra repisa, y veremos la carretera. ¡Andando todo el mundo!



## Capítulo XIX

### Una gran desilusión... y un plan

Fue una labor ruda escalar la pendiente y pedregosa ladera hasta la repisa que veían por encima de ellos. Lucy casi lloró por la frecuencia con que le resbalaban los pies.



—Por cada paso que doy, resbalo dos —gimió.

—Pues, agárrate a mí entonces —le dijo Jorge, y tiró de ella cada vez que dio un paso.

Todos tenían ganas de descansar cuando llegaron a la repisa y, con gran delicia suya, vieron un trecho en que abundaban las frambuesas silvestres. Podían tomar asiento y darse un banquete mientras reposaban. ¡Magnífico! A «Kiki» le gustaban las frambuesas una barbaridad, y comió tantas que hubo de gritarle Jack.

—¡«Kiki»! ¡Reventarás!

—¡Pop, pop! ¡Reventé! —contestó el loro. Y se comió unas cuantas docenas de frambuesas más.

Pronto se sintieron con fuerzas para reanudar el camino. Estaban muy altos ya, y veían aún más montañas alzarse todas las que ya conocían. Era una vista magnífica.

—Me siento la mar de pequeña y perdida con esas montañas tan grandes alrededor —dijo Lucy. Y a los demás les sucedía lo propio—. Vamos..., sigamos ahora. Pronto veremos la carretera. Menos mal que esta repisa no es estrecha. Casi podría pasar por ella un automóvil.

No fue tan fácil atravesar la repisa, sin embargo, como creyera Lucy. Se había

producido un desprendimiento de rocas un poco más allá, y fue preciso trepar y arrastrarse mucho. Los niños fueron delante, para buscarles paso seguro a sus hermanas. Sintieron un alivio inmenso cuando dejaron atrás el lugar del corrimiento y se hallaban sobre tierra más llana de nuevo. La repisa doblaba un recodo de la montaña y luego, de pronto, los niños vieron la carretera a sus pies. Sí, ¡era una carretera de verdad! La contemplaron con alegría.

—Jamás creí que me daría tanta alegría ver una carretera otra vez —dijo Dolly—. ¡La carretera de salida del valle! ¡El camino que conduce a alguna parte por fin!

—Mirad —dijo Lucy—, sube serpenteando desde bastante abajo. No podemos ver adonde va desde aquí, porque esa cueva nos lo impide.

—Pero puede verse el Desfiladero de los Vientos desde aquí —observó Jack, señalando—. ¿Veis el punto en que esta montaña y la de al lado casi se tocan? Allí es donde debe estar el desfiladero... bastante arriba y muy estrecho. Apuesto a que tendremos que atravesarlo en fila india.

—¡Quiá! —contestó Jorge, con desdén—. Ha de ser lo bastante ancho para que pase por él un carro, por lo menos. Sólo parece estrecho porque estamos lejos.

—Vamos..., bajemos a la carretera —dijo Dolly, empezando a hacerlo ella.

Se encontraban a unos seis metros más arriba del camino.

—¡Oíd! ¿Os dais cuenta de lo cubierto de hierba y cizaña que está? —exclamó Jack, con asombro—. Eso demuestra lo poco que se ha usado últimamente. Es raro, ¿verdad? Se hubiese supuesto que la gente cuidaría bien la única salida disponible.

—Es muy singular —contestó Jorge—. Vamos... Por lo menos se ve que es una carretera, aunque esté cubierta de hierba.

Caminaron un buen trecho por ella. Serpenteaba hacia arriba siempre, trazando grandes curvas por las laderas de la montaña. Por fin vieron los niños claramente el lugar en que debía hallarse el Desfiladero de los Vientos, un pasadizo estrecho entre dos montañas.

Hacía mucho frío a aquella altura, y el viento era muy fuerte. De no haber estado bien calientes de tanto escalar, hubiesen tiritado los niños.



—Ahora... doblemos ese recodo y apuesto a que vemos el desfiladero —dijo Jack—. Y entonces..., ¡viva la salida de este valle misterioso!

Doblaron el recodo. Sí, allí estaba el desfiladero, o lo que antaño habría sido desfiladero por lo menos. Pero había dejado de serlo.

Algo había ocurrido. El estrecho paso entre las dos montañas estaba cegado por grandes rocas y negras peñas. No era posible franquearlo. Les costó trabajo al principio comprenderlo. Se quedaron mirando el lugar, maravillados.

—¿Qué ha sucedido allá? —preguntó Jack, por fin—. Parece un terremoto o algo así. ¿Habéis visto alguna vez revoltijo semejante?

—Se han abierto enormes agujeros en las paredes rocosas de los lados —dijo Jorge—. Fijaos..., hasta allá bien arriba, hay huecos como cráteres.

Contemplaron los destrozos en silencio. Luego Jack se volvió hacia sus compañeros.

—¿Sabéis lo que yo creo que ha sucedido? —observó—. Pues que cuando estaban aquí los enemigos luchando, bombardearon el desfiladero, obstruyéndolo. Han sido bombas las causantes de toda la destrucción..., estoy seguro de esto.

—Sí, creo que tienes razón —asintió Jorge—. Eso es lo que parece. Deben de

haber volado los aviones a ras del desfiladero, descargando bombas y más bombas. Es completamente imposible pasar por él ya.

—¿Quieres decir con eso... que no podemos salir? —preguntó Lucy con voz trémula.

Jorge contestó con un movimiento afirmativo.

—Eso me temo. Nadie sería capaz de escalar ese muro tan alto, pendiente y peligroso de riscos volados, por los explosivos. Ahora se explica por qué no ha vuelto la gente a vivir otra vez en este valle. Supongo que la mayor parte de los que vivían aquí fueron muertos y los demás huyeron por el desfiladero. Luego los aviones lo volaron, y nadie pudo volver. Juan y todos esos hombres debieron enterarse de que había algún tesoro escondido en el valle y pensaron en intentar entrar aquí por el aire. Además debe ser la única manera de entrar ahora aquí.

Lucy se sentó y se echó a llorar.

—¡Qué desilusión tan grande! —gimió—. Creí que íbamos a poder salir de este valle tan solitario y horrible, de veras que sí. Pero resulta que seguimos prisioneros en él y..., ¡nana-nadie puede entrar a salvarnos!

Los otros se sentaron junto a Lucy, sintiendo bastante desesperación también. Contemplaron con impaciencia la cegada salida. ¡Qué golpe más terrible! ¡Y cuando más esperanzas tenían de poder escapar y acudir a Julius para darle noticias del tesoro!

—Vamos a tomar algo de comer —sugirió Dolly—. Nos sentiremos mejor después. No es de extrañar que estemos un poco desanimados ahora, sin nada en el estómago.

—Nada, nada, que te vas al fondo. En el fondo del mar, ¿dónde están las llaves? —cantó «Kiki» al punto.

Los niños se echaron a reír.

—¡Idiota! —exclamó Jorge—. A ti bien poco te preocupa el desfiladero cerrado, ¿verdad, «Kiki»? Tú podrías volar por encima de las rocas. Es una lástima que no podamos atarle un mensaje a una pata y mandarte a Julius en busca de ayuda.

—¡Ooooooh! —dijo Lucy—. ¿Y no podríamos hacerlo?

—¡No, boba! En primer lugar, lo más probable es que «Kiki» se arrancara el mensaje de la pata —contestó Jack—. Y luego tampoco sabría dónde ir ni a quién buscar. Es un pájaro muy listo, pero no tanto como para eso.

Se sintieron mucho mejor después de la comida. Lo hicieron sentados de espaldas al desfiladero; ninguno de ellos se sentía con ánimos para mirarlo.

—Supongo que no tendremos más remedio que volver a nuestra cueva —dijo Dolly por fin—. No parece haber ninguna otra solución.

—No..., supongo que no la hay —asintió Jack con melancolía—. ¿Qué engañaifa, eh?

Descansaron un buen rato. El sol quemaba; pero era tan fuerte el viento, que en ningún momento tuvieron demasiado calor. Luego Lucy fue a cobijarse tras una roca contra el viento porque sentía demasiado fresco.

Emprendieron el camino de regreso después de su descenso. No iban tan animados ni charlaban tanto como cuando salieron aquella mañana. El pensar que se verían obligados a permanecer en el desierto valle después de haber tenido tantas esperanzas de escapar, echaba un jarro de agua fría sobre el entusiasmo de todos.

Jack vio a Lucy tan alicaída, que intentó pensar algo que la animase. Y se le ocurrió algo verdaderamente asombroso.

—Anímate, Lucy —le dijo—. Quizás encontremos el tesoro ahora, como compensación a nuestro chasco.

Lucy se detuvo y le miró, excitada.

—¿De veras? —dijo—. ¡Oh, Jack!... ¡Sí, busquemos nosotros el tesoro!

Todos se detuvieron a pensar en eso durante unos momentos de emoción.

—Bueno, ¿y por qué no? —exclamó Jorge—. No podemos mandarle aviso a Julius, puesto que el desfiladero está obstruido. Esos hombres se han marchado, y Otto también. Sólo quedamos nosotros. ¿Por qué no hemos de entretenernos buscando el tesoro? Resultará emocionante, por lo menos, y nos dará algo que hacer.

—¡Qué bien, pero qué bien! —exclamó Dolly—. ¡Eso es precisamente lo que siempre he tenido ganas de hacer..., buscar tesoros! ¿Cuándo empezaremos? ¿Mañana?

—Oíd —dijo Jorge—, ¿y si lo encontráramos? ¿Nos darían una parte?

—¡Qué suerte que Otto te diera el mapa, «Pecas»! —le dijo Dolly a Jack. Siempre le llamaba «Pecas» cuando estaba de muy buen humor—. Mirémoslo.

Jack lo sacó del bolsillo. Desplegó la hoja del papel. Otto lo había marcado con los puntos cardinales, de igual manera que el plano del camino del desfiladero.

—Mirad las cosas que ha dibujado —dijo—. Fijaos en esta roca de forma tan rara..., parece un hombre con capa, con una cabeza como una bola. Si viéramos esta roca, sabríamos que era uno de los indicadores.

—Y..., ¿qué es esto? ¿Un árbol doblado? —inquirió Dolly—. Sí, pero ¿cómo hemos de saber dónde buscarlo? No podemos errar por toda la montaña buscando rocas de forma rara y árboles doblados y cosas así.

—Claro que no —respondió Jack—. Tendremos que empezar como es debido. Hay que comenzar por la catarata que ya conocemos. Otto dibujó el camino desde la cuadra hasta la cascada... Pero nosotros podemos empezar por la cascada misma, sin preocuparnos del camino. Luego, desde arriba de la cascada, hemos de buscar el árbol doblado y acercarnos a él. Después, desde donde esté el árbol doblado, buscaremos esto..., ¿qué dijo que era?... oh, sí, una extensión de roca negra, lisa. Y cuando estemos allí, hay que encontrar un manantial... y luego esa roca de forma tan

rara. El tesoro está por los alrededores.

—¡Troncho! —exclamó Lucy, con los ojos casi desorbitados—. ¡Volvamos a la cascada y empecemos ahora mismo! ¡Vamos!

Jack dobló el mapa y contempló los tres rostros excitados. Sonrió.

—De poco nos servirá el tesoro mientras estemos encerrados en este valle. Pero será emocionante buscarlo.

Reanudaron la marcha, sin más pensamiento que el tesoro. ¡Si logran hallar lo que aquellos hombres habían estado buscando en vano! ¿Qué diría Bill? Sentiría no haber estado allí con ellos. Siempre decía que se metían en aventura tras aventura.

Cuando llegaron a la cascada había desaparecido el sol y enormes nubes negras cubrían la montaña. Empezaron a caer grandes gotas de agua. Los niños contemplaron, desilusionados el estado del firmamento.

—¡Maldita sea! —exclamó Jorge—. Va a haber tormenta. Es inútil salir a buscar tesoros con este tiempo. Más vale que nos metamos en la caverna antes de que quedemos calados. ¡Ahora empieza en serio!

Llegaron a su resguardada cueva justamente a tiempo. La lluvia cayó a torrentes, agregando su voz a la de la catarata.

—¡Llueve todo lo que quieras! —gritó Jack—. Pero..., ¡haz sol mañana! ¡Vamos a salir en busca de un tesoro!

## Capítulo XX

### Indicaciones que conducen al tesoro

Durmieron profundamente aquella noche, porque estaban reventados. La lluvia no dejó de caer un instante, pero, allá hacia el amanecer, desaparecieron las nubes, y cuando salió el Sol, el firmamento tenía un color azul pálido. A Lucy le gustó mucho cuando separó las frondas del helecho y miró hacia el exterior.



—Todo está recién lavado y limpio, hasta el cielo —dijo—. ¡Es hermoso! ¡Fijaos!

—Un día que ni pintado para buscar tesoros —asintió Jack—. Ojalá este Sol seque aprisa la hierba, porque, si no, se nos mojarán los pies.

—Suerte que sacamos tantas latas de la cabaña —dijo Dolly, tomando dos o tres—. ¿Quedan aún algunas en el matorral donde las escondimos, Jack?

—En abundancia. Cogí un par de ellas para Otto antes de ayer, pero aún quedan muchos. Podemos ir a buscarlas cuando nos convenga.

Ataron las frondas y desayunaron sentados en la parte de delante de la cueva, contemplando las montañas recortadas contra el firmamento que ahora se estaba volviendo más azul.

—Bueno. ¿Emprendemos el camino? —inquirió Jack cuando hubieron terminado—. «Kiki», saca la cabeza de esa lata. Sabes de sobra que está vacía.

—¡Pobre «Kiki»! —dijo el loro—. ¡Qué lástima! Salieron todos de la caverna. Se estaba secando todo muy aprisa bajo el Sol.

—¡Fijaos! ¡Esas rocas están humeando! —exclamó Lucy, sorprendida.

Y así era, en efecto. El vapor que se alzaba de ellas les daba un aspecto raro.

—Más vale que nos llevemos algo de comer —dijo Jack—. ¿Has preparado algo, Dolly?

—Claro que sí. No podemos volver hasta la cueva a buscar comida.

—Hemos de llegar adonde nace la cascada, como hicimos ayer —anunció Jack—. Seguidme todos. Yo conozco el camino.

No tardaron en encontrarse por encima del salto de agua y contemplaron de nuevo cómo salía el agua del agujero de la montaña. Parecía tener dos veces mayor volumen y una turbulencia mucho más grande que el día anterior.

—Supongo que el agua subterránea habrá aumentado como consecuencia de la lluvia de anoche —dijo Jorge—. Por eso es más grande y más fuerte la cascada.

—Sí, ésa es la razón —contestó Jack, alzando la voz para que le oyeran por encima del estruendo de la cascada—. «Kiki», haz el favor de no chillarme más al oído.

La catarata excitaba al loro, que hizo un ruido terrible aquella mañana. Jack se negó a llevarle en el hombro al cabo de un rato como consecuencia de sus aullidos. «Kiki» se alejó, enfadado.

—Bueno —dijo Dolly, acordándose—, ¿y ese árbol doblado? ¡No lo veo por ninguna parte!

Se hallaban a cierta distancia encima de la cascada.

—¡Troncho! ¡No me digáis que no existe un árbol doblado! —exclamó Jack, mirando a su alrededor y por encima de su cabeza—. Pero es verdad, no parece haber ninguno.

Tal era el caso al parecer. Los pocos árboles que veían estaban todos completamente erguidos. Lucy soltó de pronto una exclamación y señaló hacia abajo.

—Ahí está, ¿no? Por debajo de nosotros, al otro lado de la catarata. ¡Mirad!

Todos se acercaron a la niña y miraron. Tenía razón. Al otro lado del salto de agua y a cierta distancia por debajo de ellos había un árbol extrañamente torcido. Era un abedul y resultaba incomprensible que se hubiese doblado así. El viento no soplaba allí con más fuerza que en los demás sitios. Fuera como fuese, el caso era que estaba doblado, única cosa que importaba.

Cruzaron por encima de la cascada y bajaron luego por las rocas al otro lado, hasta llegar donde se alzaba el árbol.

—Primer indicador —dijo Jack.

—No, segundo —le corrigió Dolly—; el primero es la cascada.

—Bueno, pues segundo. Ahora busquemos el tercero..., una extensión de roca negra plana..., una pared de ella seguramente.

Miraron en todas direcciones, buscándola. Esta vez fue Jack quien la descubrió. Estaba algo lejos y parecía difícil de alcanzar, porque suponía ascender por la pendiente ladera que, por aquel lugar, casi resultaba vertical. De todas formas había

que hacerlo, con que acometieron la obra. Después del primer trozo, resultó más fácil, porque había toda clase de plantas y matorrales que pudieron usar para agarrarse y para plantar los pies. Jack ayudó a Lucy a subir, pero Dolly desdeñó la ayuda de su hermano, porque sabía que llevaba una lagartija encima. Tuvieron que gatear por lo menos media hora para llegar a la muralla de roca negra, aun cuando, en realidad, la distancia no era tan grande. Se detuvieron junto a la roca, jadeando.

—Es curiosa esta piedra negra tan brillante —dijo Jack, pasando los dedos por la lisa superficie—. ¿Qué será?

—¡Oh!, ¿qué importa eso? —exclamó Dolly, impaciente por seguir adelante—. ¿Cuál es el segundo indicador? Éste es el tercero.

—Un manantial —aseguró Jorge—. ¿No es eso, Jack? O..., ¿consultamos el mapa?

—No hay necesidad. Me lo sé de memoria. Es un manantial lo que hemos de buscar ahora.

Aunque no veo ninguno a pesar de lo mucho que quisiera. Me iría bien un trago de agua después de tanto trabajar por subir. Tengo las manos hechas un asco y las rodillas también.

—Sí, a todos nos iría muy bien un baño ahora —asintió Jorge—. Y con estropajo.

—Con estropajo —dijo «Kiki».

Y soltó una de sus terribles carcajadas.

—Cállate, «Kiki» —dijo Jack—, o vas a saber lo que «un estropajo» tiene de bueno.

No se veía manantial por parte alguna. Lucy empezó a poner cara de desilusión.

—¡Anímate! —le dijo Jack—. Quizá no podamos ver el manantial desde esta muralla de roca..., pero lo encontraremos si está por los alrededores.

—Escuchemos —sugirió Dolly.

Conque se quedaron todos completamente quietos y aguzaron el oído.

—¡Shhhhhh! —dijo «Kiki», irritado.

Jack le pegó en el pico. El loro soltó un grito melancólico y guardó silencio ya. Y entonces oyeron el cristalino tintineo de agua, un rumor alegre, gorgoteante y amistoso.

—¡Lo oigo! —exclamó Lucy, encantada—. Viene de algún sitio cercano.

Se acercó de un salto a un pequeño macizo de árboles y allí, oculto entre la hierba, salpicado de flores, vio burbujear un límpido manantial que se vertía ladera abajo en minúsculo riachuelo de agua fría.

—Sale de ahí arriba, mirad —dijo Jack, señalando un matorral grande. El manantial surgía por debajo—. ¡Cuarto indicador!

—Y ahora, ¡el quinto y último! —exclamó Lucy, excitada—. ¡Ooooh! ¿Creéis de veras que nos estamos acercando al tesoro? No está muy lejos, en realidad, de nuestra

caverna. Me pareció oír débilmente el rugido distante de la cascada cuando escuchaba para descubrir el manantial.

—Lo mismo me sucedió a mí —aseguró Dolly—. ¿Qué es lo que hemos de buscar ahora?

—La roca de forma extraña —contestó Jack—, ésa que parece un hombre con una capa y con la cabeza como una bola.

—Eso es fácil —anunció Jorge con voz triunfal—. ¡Ahí está, claramente recortada contra el cielo!

Alzaron todos la vista. Jorge tenía razón. Allí estaba la rara roca, fácilmente visible contra el cielo.

—¡Vamos! —exclamó Jack, excitado—. ¡Arriba! ¡Adelante, buscadores de tesoros!

Ascendieron hasta donde se hallaba la roca. Había otras alrededor, pero aquélla era más alta y se destacaba de las demás.

—¡Nuestro último indicador! —dijo Jack—. Y ahora, ¿dónde está el tesoro?

¡Ah, sí! ¿Dónde estaba el tesoro? Lucy miró por la ladera, como si ahora esperara verlo esparcido por allí. Los otros se pusieron a buscar la boca de alguna caverna. Pero ninguno de ellos fue capaz de encontrar nada.

—¿Por qué no le preguntaste a Otto exactamente cómo encontrar el tesoro después de llegar al último indicador? —se quejó Dolly, llena de cansancio y chasqueada, acercándose a Jack.

—Hombre, ¿sabía yo acaso que íbamos a buscarlo nosotros? Creí que Julius Muller se iba a encargar de eso. Sin duda, de haber llegado él hasta aquí, hubiera sabido dónde encontrarlo.

—Bueno, pues es como para desilusionar a cualquiera que, después de venir hasta aquí y leer tan bien el mapa, no consigamos encontrar nada —anunció Dolly, irritada por la fatiga—. Estoy harta. No buscaré más. Podéis continuar buscando vosotros si queréis, pero yo voy a descansar un poco.

Se dejó caer en el suelo y se tendió boca arriba, mirando hacia la pendiente ladera por encima de ella. Estaba, salpicada de trozos de roca lisa que sobresalían de trecho en trecho, como repisas. Dolly los examinó, indolentemente, con la mirada. Luego se incorporó de pronto.

—¡Eh! —les gritó a los otros—. ¡Mirad allá arriba!

Se acercaron a ella y levantaron la cabeza.

—¿Veis esas repisas de roca que sobresalen por la ladera? —preguntó—. Como antes. Bueno, pues fijaos a mitad de camino..., ¿veis una que asoma más que las otras? Mirad abajo. ¿No es un agujero lo que hay?



—Sí que parece un agujero —asintió Jack—. Quizá no sea más que la madriguera de una zorra, sin embargo. De todas formas, puesto que es el único agujero un poco grande que hay por aquí, más vale que lo exploremos. Subiré yo. ¿Vienes, «Copete»?

—Ya lo creo. No parece difícil. ¿No vais a subir vosotras también, niñas?

Dolly olvidó que estaba harta y se adhirió al grupo que inició al punto la escalada. Cuando llegaron, vieron que se trataba de un agujero muy grande en verdad. Resultaba imposible verlo desde arriba porque la repisa de roca sobresalía por encima, ocultándolo. Sólo podía verse desde un sitio por bajo, y a cierto ángulo, el sitio en que se había echado Dolly a descansar.

—Ha sido una suerte que lo vieras, Dolly —observó Jack—. Hubiéramos podido pasarnos el día buscándolo sin dar con él. ¿Será ésta la entrada de la verdadera cámara del tesoro?

Atisbaron por el hueco. Era oscuro, descendía, y parecía bastante vasto.

—¿Dónde está mi lámpara? —preguntó Jack.

Se asomaron al agujero. Eso era lo único que parecía: un agujero. Allí no había ningún tesoro. Pero, al mover Jack la lámpara, Dolly creyó ver un pasadizo hacia el fondo.

—Creo —dijo, casi cayéndose dentro del agujero en su excitación—, creo que hay un pasadizo detrás.

«Kiki» saltó del hombro de Jack y se metió por el hueco. Una voz melancólica llegó hasta ellos.

—¿Qué hay más abajo, «Kiki»? —gritó Jack.

—Tres ratoncitos ciegos —contestó con solemnidad y falta de verdad el loro—. Tres ratoncitos ciegos. ¡Pop!

—Eres un embustero —anunció Jack—. Sea como fuere, bajemos a buscar a...

—Tres ratoncitos ciegos —interrumpió «Kiki».

E imitó la risita de Lucy.

## Capítulo XXI

### Las extrañas cavernas

Jack fue el primero en bajar por el hueco. Se colgó del borde con las manos, saltó y sólo tuvo que caer cosa de treinta centímetros para dar en el suelo.

—Lucy, ven tú ahora —dijo. Y la ayudó a bajar.

A continuación descendieron los otros, con excitación y avidez. ¿Habían encontrado la cueva del tesoro en verdad?

—¡No tiene más remedio que ser aquí! —les anunció Jack—. No hay ningún otro agujero ni cueva por los alrededores. Dejad que alumbre esto un poco con mi lámpara.

Como había pensado Dolly, había un pasadizo en el fondo, un pasadizo bastante ancho y alto. Un hombre muy alto hubiera podido bajar por él sin dificultad.

—¡Adelante! —exclamó Jack, temblándole la voz de emoción—. ¡Caliente..., caliente...!

Le siguieron corredor rocoso abajo, posado «Kiki» en su hombro. Lucy le asió de la manga, temiendo lo que pudieran encontrar.

El pasadizo era ancho y alto en toda su extensión, pero torcía un poco. Iba en dirección descendente siguiendo, sobre poco más o menos, la misma dirección, a pesar de sus serpenteos. Es decir, se dirigía al centro de la montaña. Llegaron a su fin de pronto, y Jack se detuvo, boquiabierto, ante el extraordinario panorama que descubrió. La luz de su lámpara fue a dar contra una masa inacabable de brillantes columnas blancas que colgaban del elevado techo de la gruta. ¿Qué podían ser?



Lucy le apretó el brazo, soltando una exclamación. Miró embobada las blancas masas. Vio que otras columnas blancas se alzaban del suelo también. Algunas se habían tropezado con las que colgaban, soldándose con ellas, de suerte que parecía como si el techo de la gruta estuviese sostenido por pilares.

—¡Jack! ¿Qué es? ¿El tesoro? —susurró.

—Son carámbanos, ¿no? —inquirió Dolly, impresionada—. ¡Jamás he visto cosa tan hermosa en mi vida! ¡Fijaos cómo cuelgan..., tan quietos y tan lindos!

—¡No, no son carámbanos! —contestó Jack—. Son estalactitas..., las que cuelgan por lo menos. Y no están hechas de hielo, sino de piedra caliza, creo. ¡Troncho! ¡Qué escena!

Los niños se quedaron inmóviles, admirando, hasta saciarse, la silenciosa y bella caverna. Tenía el techo tan alto como el de una catedral y las gráciles estalactitas colgaban de él a docenas, brillando a la luz de la lámpara de Jack.

—Las que salen del suelo son estalagmitas, creo —dijo—. ¿Verdad, Jorge? ¿Sabes algo de eso? ¡En mi vida había visto una cosa como ésta!

—Sí, son estalagmitas —respondió el otro—. Recuerdo haber visto fotografías de ellas. Estalactitas y estalagmitas. ¡Troncho! ¡Qué vista!

«Kiki» intentó decir las dos palabras y no pudo. Hasta él parecía impresionado ante el asombroso e inesperado descubrimiento.

—¡Oh, mirad! —exclamó Lucy, señalando lo que parecía un mantón antiguo, tallado en marfil—. ¡Mirad! ¡Eso ha crecido aquí también! ¡Es como un chal..., hasta el dibujo! ¡Y fijaos en esa especie de verja allí..., toda tallada también! ¡No me digáis que no las ha hecho nadie..., no es posible que hayan crecido!

—Se formaron —dijo Jack, intentando explicar—, ¿sabes?, como se forman los cristales en un poco de nieve. No crecen, porque no están vivos..., se forman.

Lucy no comprendía del todo. En su fuero interno creía que todas aquellas maravillosas columnas colgantes habían crecido..., helándose después.

—¡Creí que éste sería el tesoro! —dijo medio riendo la chica.

—Y no me extraña —aseguró Jack—. Es demasiado hermoso para que pueda uno siquiera describirlo con palabras. ¡Mira que descubrir una caverna así! Es como una enorme catedral subterránea..., sólo necesita un órgano para empezar a tocar un himno magnífico y grandioso.

—Hay una especie de camino por el centro —dijo Dolly—. No sé si será un camino natural u obra del hombre. ¿Ves el que quiero decir?

—Sí —respondió Jack, iluminándolo con su lámpara—. Creo que es un poco de cada cosa. Bueno, ¿seguimos adelante? Aquí no hay ningún tesoro.

Cruzaron por el centro de la enorme y silenciosa estancia, rodeados por aquellas columnas que parecían de hielo. Lucy señaló muchas que se habían unido a las que se alzaban del suelo.

—Las gotas que se desprendían de las estalactitas darían en el suelo, formando las estalagmitas que, al ir creciendo, se unieron con las columnas de arriba —dijo Jorge—. Deben de haber tardado años y años en formarse..., siglos. No es de extrañar que esta gruta nos dé una sensación de antigüedad. A mí me parece como si el tiempo no existiese aquí siquiera..., ni años, ni días de la semana, ni horas..., nada.

A Lucy no le gustó eso mucho. Le daba la sensación de que se trataba de un sueño, de que no era real. Asió el brazo de Jack, hallando alivio en su solidez y calor.

Caminaron lentamente hasta el otro extremo de la enorme caverna. Allí encontraron un arco gigantesco, adornado también de estalactitas que no colgaban mucho, sin embargo. Les era posible pasar por debajo sin tropezar.

—Este arco parece un túnel —dijo Jorge.

Su voz sonaba fuerte y hueca allí, y les hizo dar un brinco a todos. «Kiki» soltó una tos melancólica que sonó como una tos gigantesca y hueca, llenándoles de sobresalto. Llegaron a otra caverna. El techo de ésta no era tan alto como el de la precedente, y sólo colgaban de él unas estalactitas muy pequeñas.

—¿Brillan estas estalactitas en la oscuridad? —preguntó Dolly de pronto—. Me pareció ver brillar algo en ese rincón.

Jack apagó la linterna e inmediatamente los niños soltaron una exclamación. Porque vieron allá en el techo y por todas las paredes, brillantes millones de minúsculas estrellas. Eran verdes y azules, y titilaban de una manera encantadora.

—¡Cielos! ¿Qué son? —preguntó en asombrado susurro Dolly—. ¿Están vivas?

Los niños no pudieron contestar porque no lo sabían. Contemplaron las relucientes y titilantes estrellas que parecían apagarse y encenderse, entrar y salir de la pared como lucecillas mágicas.

—Quizá se trate de una especie de luciérnagas —sugirió Jack—. ¡Qué hermosas son! ¿Verdad?

Encendió la lámpara de nuevo y el techo brilló en la luz amarillenta. Las estrellas desaparecieron.

—¡Oh, apaga la lámpara! —suplicó Lucy—. Quiero ver esas estrellas un poco más. En mi vida he visto cosa que más me fascinara. Brillan como fosforescentes..., todas azules y verdes, y verdes y azules. ¡Fijaos cómo se encienden y apagan! ¡Oh; cuánto me gustaría poder llevarme un centenar cuando nos fuéramos, para colocarlas en el techo de mi alcoba en casa!

Los otros se rieron de ella, pero opinaron también que aquellas titilantes estrellas fascinaban con su belleza. Jack no volvió a encender la lámpara hasta que todos se hubieron saciado de verlas.

—Van dos cavernas verdaderamente maravillosas —dijo Lucy con un suspiro—. ¿Qué será la siguiente? ¡Tengo la misma sensación que si hubiésemos descubierto la Cueva de Aladino o algo así!

Un largo corredor descendente les condujo fuera de la Gruta de las Estrellas, como la bautizó Lucy.

—Hemos descubierto una Gruta de los Ecos, una Gruta de Estalactitas y una Gruta de las Estrellas —dijo—. Me gusta esta parte de la aventura. Ahora quisiera encontrar una Gruta del Tesoro.

El túnel por el que bajaban era ancho y alto, como el primero que atravesaron. La luz de la lámpara de Jack arrancó de pronto vividos reflejos a algo que yacía en el suelo. Se detuvo.

—¡Mirad! —dijo—. ¿Qué es eso?

Dolly se agachó a recogerlo.

—Un broche —anunció—. Un broche sin su alfiler. Debe de haberse roto éste y se le caería el broche a quien lo llevara puesto, como un vistoso adorno. ¿Verdad que es muy bonito?

Lo era. Se trataba de un broche grande de oro, de unas tres pulgadas de anchura, cuajado de brillante pedrería, roja como la sangre.

—¿Son rubíes? —preguntó Dolly, impresionada—. ¡Fijaos cómo brillan! ¡Oh, Jack! ¿Tú crees que esto es parte del tesoro?

—Probablemente —contestó éste.

Y los niños volvieron a sentirse presa de una gran excitación. El corazón les palpitó con violencia. ¡Un broche de rubíes incrustado en oro tallado! ¿Qué sería el resto del tesoro? Surgieron en la mente de los niños maravillosas visiones y avanzaron con avidez, escudriñando el suelo en busca de otras joyas.

—¡Si encontráramos una gruta de joyas! —dijo Lucy—. ¡Ooooooh! ¡Brillando como estrellas y soles! ¡Eso es lo que me encantaría!

—A lo mejor encontramos algo así —dijo Dolly—. Si lo hacemos, me adornaré de pies a cabeza con ellas y fingiré que soy una princesa.

El corredor no parecía acabarse nunca. Continuaba descendiendo, pero cuando Jack consultó su brújula, se dio cuenta de que ya no se dirigía al corazón de la montaña, sino en dirección opuesta. Confió que no volverían a salir de pronto a la luz del día sin haber encontrado la cueva del tesoro.

De pronto se encontraron con unos escalones que bajaban. Estaban tallados en la roca sólida unos escalones pendientes, anchos, que daban la vuelta al curvarse el pasadizo.

—Es casi una escalera de caracol —dijo Jack—. ¿Adónde vamos ahora?

Había unos veinte escalones en total. Luego se encontraron ante una puerta enorme, hecha de una madera muy fuerte y gruesa y tachonada de clavos. Los niños se detuvieron, contemplándola.

¡Una puerta! ¿Qué se ocultaría tras ella? ¿Tendría echado un cerrojo y estaría cerrada con llave? ¿Quién la había puesto allí y por qué? ¿Era para impedir el paso a la cueva del tesoro? No había picaporte que hacer girar. Ni siquiera se veía una cerradura. Vieron unos cerrojos muy grandes por aquel lado; pero no estaban echados.

—¿Cómo puede uno abrir una puerta que no tiene picaporte? —exclamó Jack con desesperación.

—Dale un puntapié, como hicimos con la de la cabaña —aconsejó Jorge.

Y Jack le pegó fuerte. Pero no se abrió.

La contemplaron con impotencia. ¡Llegar tan lejos y verse detenidos por una puerta! Era demasiado. Jack hizo correr el haz luminoso de su lámpara por toda la superficie, desde el suelo hasta arriba.

La aguda mirada de Lucy observó algo.

—¿Ves ese clavo de hierro? —dijo, señalándolo—. Está mucho más brillante que los otros. ¿Por qué será?

Jack lo iluminó y vio que era levemente más grande que los otros, y también, como había dicho Lucy, que brillaba más, como si se hubiese tocado con frecuencia. Lo apretó. No pasó nada. Lo golpeó con una piedra. Sin resultado.

—Déjame probar a mí —terció Jorge.

Y echó a Jack a un lado.

—Alumbra bien —prosiguió—. Así.

Asió el clavo de hierro y lo sacudió. Pareció ceder un poco. Volvió a sacudirlo. No pasó nada. Luego se le ocurrió retorcerlo.

Giró sin dificultad. Se oyó un fuerte chasquido a continuación y la puerta se abrió lentamente.

Jack apagó la lámpara, temeroso de que pudiera verles alguien si es que alguien había en la caverna, aun cuando, de haber estado ocupada, los golpes dados en la puerta hubiesen dado ya la alarma.

La puerta estaba abierta ahora de par en par. Al otro lado de ella, un débil brillo revelaba otra gruta. Lucy asió a Jack del brazo, asustada.

—Está llena de gente —dijo—. ¡Mirad!

## Capítulo XXII

### ¡El tesoro por fin!

Los cuatro niños atisbaron, sin aliento, por la puerta. Vieron algo que les puso a todos carne de gallina.

A la débil luz percibieron por toda la cueva figuras que aguardaban de pie. Los ojos les brillaban de una manera extraña. Llevaban los brazos y la garganta adornados con centelleantes joyas.



Los niños se agarraron unos a otros, llenos de temor. ¿Quiénes eran aquellas extrañas y silenciosas personas que aguardaban con ojos muy brillantes y cubiertas de joyas? Los habitantes de la cueva no se movieron. Todos estaban de pie. Algunos, de cara a los niños, otros con la espalda vuelta hacia ellos. ¿Por qué no hablaban? ¿Por qué no señalaban a los intrusos diciendo: «Fijaos quién hay ahí»? No lo entendían. Lucy empezó a sollozar.

—Vayámonos. No me gusta su aspecto. No están vivos. Sólo los ojos tienen vida.

«Kiki» soltó de pronto un grito, abandonó el hombro de Jack, y fue a posarse en el de una de las figuras vecinas, una mujer cuyos vestidos parecían luminosos. La mujer no se movió ni aun entonces. ¡Qué cosa más rara! Los niños se sintieron un

poco más tranquilos al ver que a «Kiki» no parecía asustarle ni pizca aquella compañía.

—Pon el escalfador a hervir, Polly —dijo «Kiki».

Y curioseó el cabello de la mujer en cuyo hombro se había posado. Los niños volvieron a contener el aliento. ¿Qué le haría la mujer al loro? ¿Encantarle con aquellos ojos tan raros? ¿Convertirle en piedra? Quizá toda aquella gente hubiera sido convertida en piedra también.

—Vayámonos —repitió Lucy, con urgencia—. Esta cueva no me gusta. No me gusta esta gente, me dan miedo.

Jack bajó de pronto el escalón de la entrada. Penetró osadamente en la silenciosa caverna. Lucy soltó un chillido e intentó asirle de la manga. El niño se fue derecho a la mujer sobre cuyo hombro se hallaba «Kiki». La miró de cerca. Escudriñó los ojos tan relucientes y abiertos. Le tocó el cabello. Luego se volvió hacia sus horrorizados compañeros.

—¿Qué os parece? Es una imagen..., vestida de punta en blanco..., con cabello de verdad... y, ¿qué os parece eso?

Los otros no podían creerlo, pero agradecieron a Jack sus palabras y se alegraron de verle andar por entre las numerosas e inmóviles figuras sin que le sucediera ningún mal.

Jorge y Dolly entraron en la cueva también; pero Lucy aún no se atrevía del todo. Observó cómo examinaban sus compañeros las hermosas estatuas, e intentó armarse de valor para reunirse con ellos. Por fin se decidió a entrar. Miró, temerosa, a la mujer sobre la que descansara «Kiki». Sí, Jack tenía razón. No era más que una estatua muy hermosa, con un rostro delicadamente moldeado y una nube de cabellos oscuros. Tenía magníficos ojos. Le colgaban del cuello cadenas de oro cuajadas de pedrería y le brillaban anillos en los dedos. En torno a la cintura lucía el cinturón más hermoso que jamás viera Lucy, cuajado de piedras rojas y azules. Había docenas de aquellas esculturas en la gruta. Unas eran de hombres, y otras de mujeres. Algunas de éstas llevaban niños en brazos; niños sonrientes, con los vestidos más exquisitos cuajados de millares de perlas.

Fue Jack quien hizo saber a las niñas lo que las estatuas representaban.

—¿Sabéis lo que son? —preguntó—. Son imágenes procedentes de las iglesias de este país. Ésta representa a la Virgen, madre de Jesús... y el niño es Nuestro Señor Jesucristo mismo. Por eso están adornadas con joyas tan hermosas. La gente se ha gastado mucho dinero en ellas para hacerlas hermosas.

—¡Es verdad! —asintió Dolly—. ¡Hay que ver! ¡Mira que sacar las imágenes de las iglesias! ¿Por qué?

—Seguramente son robadas —contestó Lucy—. Las robarían algunos que se aprovecharon de los momentos turbulentos de la guerra, y las escondieron aquí, con

la intención de recogerlas cuando tuviesen ocasión.

—Deben valer la mar de dinero —dijo Jorge, mirando las magníficas joyas—. ¡Troncho! ¡Qué susto más grande me llevé al principio de verlas! Creí, en serio, que se trataba de gente de verdad.

—Y yo también —aseguró Lucy, que se había repuesto de su susto ya—. No podía soportar que estuviesen tan quietas y calladas. ¡Por poco di alaridos de miedo!

—Fuimos estúpidos con no darnos cuenta de que eran estatuas —intervino Dolly—. Oíd..., ¿de dónde viene la luz que ilumina a estas imágenes? Es una luz muy débil, pero lo suficiente para que se las vea.

Jack miró a su alrededor.

—Debe tratarse de una especie de fosforescencia que tengan las paredes y el techo de la cueva —dijo—. Es una luz algo verdosa, ¿verdad?

—¡Oíd! ¡Hay otro arco aquí! —gritó Jorge desde el otro lado de las estatuas—. Venid a ver. Creo que hay otra cueva más allá.

Todos fueron a ver. Por el arco se pasaba a otra caverna, en efecto, iluminada por el mismo verdoso resplandor. En ella había amontonadas unas cosas grandes cuadradas, oblongas o redondas, y planas. No había ninguna estatua. Los niños se acercaron a ver qué eran aquellas cosas.

—¡Cuadros! —exclamó Jack, intentando volver uno para verlo—. ¡Enormes! ¿De dónde salieron? ¿También de las iglesias, creéis?

—Oh..., seguramente de algún museo —murmuró Jorge—. Quizá sean cuadros famosos, de un valor incalculable. Fijaos en ése..., parece la mar de anticuado. ¡Caramba! ¡Estos cuadros deben valer una fortuna..., un montón de fortunas! ¡Recuerdo haber leído no hace tanto, algo de unos cuadros que valían dos o tres millones de libras esterlinas!

—No creí yo que hubiese tanto dinero en el mundo —dijo Lucy, sorprendida.

Contempló muy impresionada los antiguos y polvorientos cuadros, siguiendo la línea de los grandes marcos tallados, con el dedo.

—A algunos de los cuadros los han sacado del marco para traerlos aquí —dijo Jack, tirando de un grueso rollo de lienzo—. Mirad, a éste lo cortarían del marco haciéndolo un rollo para poderlo transportar aquí mejor.

Había unos cincuenta lienzos enrollados, aparte de los que tenían marco. Jack iluminó con la luz de su lámpara muchas de las pinturas; pero a ninguno de los niños le parecieron los asuntos interesantes. Figuraban numerosos retratos de hombres gruesos de aspecto severo. Algunos de los cuadros representaban escenas de la Biblia o de leyendas antiguas.

—¡Esto sí que es un hallazgo! —exclamó Jack—. Apuesto a que si esos individuos hubieran encontrado estas pinturas y las estatuas, hubiesen ganado la mar de dinero vendiéndolas.

—Claro que lo que buscaban ellos era esto —asintió Jorge—. Y para eso eran las cajas. Para embalarlo todo. Su intención sería írselo llevando poco a poco y con mucho cuidado. ¡Qué plan más ingenioso!

—Un plan que Otto hizo fracasar —dijo Jack—. Les condujo a un desprendimiento de rocas y les dijo que la cueva del tesoro estaba debajo. Y ellos se lo creyeron y se marcharon tan mansamente. ¡Qué estúpidos!

—Y nosotros lo hemos encontrado todo —anunció con aire de triunfo Lucy—. ¡Oh, cuánto me gustaría poder decírselo a Bill!

—¿Habrá más cavernas? —murmuró Jack. Y cruzó hacia el otro extremo—. ¡Sí! ¡Aquí hay otro arco y otra cueva! ¡Hay libros aquí! ¡Y documentos antiguos! ¡Venid a ver!

—Los libros antiguos valen tanto a veces como los cuadros —observó Jorge, mirando las enormes pilas de libros fuertemente encuadernados—. ¡Fijaos en éste! Es una Biblia, pero en un idioma extranjero. ¿Verdad que es enorme? ¡Mirad la anticuada que es esta letra de imprenta!

—Éstas son cavernas de tesoros de verdad —dijo Jack. Tesoros de las iglesias, de las bibliotecas y de los museos de pinturas. Supongo que los escondería alguna gente con la intención de recogerlos cuando se hiciera la paz y ganar la mar de dinero con ello. ¡Qué horrible robar cosas como éstas!

—Hay una cueva pequeña aquí —llamó Dolly, que estaba explorando por su cuenta—. Y dentro hay un arca muy grande..., ¡no!, ¡dos...!, ¡tres...! ¿Qué contendrán?

Jack se acercó a ella, y alzó la pesada tapa de una de las arcas. Contempló, con sorpresa, las brillantes monedas amontonadas en el interior.



—¡Oro! —exclamó—. Monedas de oro de algún país, aunque no sé cuál. Nunca he visto monedas como éstas antes. ¡Dios santo! ¡Hay una fortuna en esa arca también... y en esa otra... y en ésta! ¡Fortunas por todas partes!

—Es como un sueño —dijo Lucy, sentándose encima de una de las cajas—. Vaya si lo es. Una gruta de brillantes carámbanos o estalags..., ¡lo que se llamen! ¡Una gruta de estrellas! ¡Una gruta de relucientes y enjoyadas estatuas! ¡Una gruta de cuadros! ¡Una gruta de libros antiguos! Y, ahora, ¡una gruta de oro! ¡No puedo creerlo!

Parecía extraordinario, en efecto. Se sentaron todos en las cajas de roble y descansaron. La débil luz verdosa seguía brillando por todas partes, una especie de fosforescencia pálida que no parecía venir de ninguna parte en particular y que, sin embargo, estaba en todas.

El silencio era profundo allí. Se oían respirar unos a otros y una tos de Jack sonó alarmanamente sonora, lo que llegó a asustarles.

De pronto sonó en la quietud otra cosa; un ruido tan por completo inesperado y sorprendente, que ninguno pudo dar crédito a lo que escuchaba. ¡Clo! ¡Clo-clo-clo!

—Pero ¿qué es eso? —exclamó Lucy por fin—. Parece como si cloqueara una

gallina.

—Habrà sido «Kiki» —respondió Jack, mirando a su alrededor en busca del loro.

Pero éste se encontraba a dos pasos, sentado encima de uno de los arcenes, y con gesto de melancolía. Estaba ya harto de las cuevas. Los niños le miraron. ¿Podía haber sido «Kiki»?

Aguzaron el oído, aguardando a ver si hacía el mismo ruido. Pero el loro no se movió. Y, de pronto, el sonido se percibió de nuevo, más claramente ahora y en distinta dirección: ¡Clo-clo-coroc! ¡Clo-clorococ!

—¡Es una gallina! —anunció Jack, poniéndose en pie de un brinco—. Una gallina que hace el mismo ruido que si estuviese poniendo un huevo. Pero..., ¡una gallina... en estas cuevas! ¡Es imposible!

Todos los niños estaban en pie ya. Dolly señaló hacia unos escalones del fondo de la cuevecita de oro.

—De ahí viene el sonido —dijo.

—Subiré yo primero, a ver si es una gallina de verdad —anunció Jack—. No puedo creerlo.

Subió cautelosamente los escalones y en el mismo instante el cloqueo se volvió a oír. «Kiki» se despertó, escuchándolo con asombro. Empezó a cloquear él también entonces, cosa que, evidentemente, sorprendió a la oculta cloqueadora, que se excitó de un modo enorme y soltó una verdadera ráfaga de «cloc».

Jack llegó a la parte superior de la escolera. Había otra puerta allí, pero no era muy fuerte. Estaba entornada. La empujó un poco, muy despacio, para poder ver sin llamar la atención, aun cuando no esperaba ver otra cosa que una gallina. Lo que vio le dejó petrificado de asombro. Jorge le clavó los dedos en la espalda.

—Sigue, Jack, ¿qué pasa?

Jack se volvió hacia sus compañeros.

—Escuchad —dijo, en un semisusurro—, es la mar de raro... pero hay una habitación como una celda aquí arriba... amueblada..., ¡con mesa, sillas y un quinqué encendido! Y..., ¡está servida una comida en la mesa!

—Baja pronto, entonces —susurró Dolly—. No nos interesa encontrarnos con nadie. Debe de ser alguien que está guardando el tesoro hasta que vengan los otros a buscarlo. ¡Baja!

Pero era demasiado tarde. Una voz trémula, singular, salió de la habitación a la que se había asomado Jack. Unas palabras extrañas llegaron a sus oídos; pero no comprendieron ni una sola de ellas. ¿Qué iba a suceder ahora?

## Capítulo XXIII

### Los guardianes del tesoro

Los niños se quedaron inmóviles como estatuas, conteniendo el aliento. ¿Quién había en aquella pequeña habitación de la cima de la escalera? La voz volvió a sonar, repitiendo las palabras que no lograron comprender. Luego allá arriba del tramo, apareció una gallina parda. Se paró allí, ladeada la cabeza, contemplando a los niños.



—¡Cloc! —dijo, con voz misteriosa—. ¡Cloc-cloc!

—¡Cloc! —contestó, inmediatamente, «Kiki».

Lucy agarró a Dolly.

—¿Era la gallina la que hablaba antes? —preguntó estupefacta.

No lo era, naturalmente. La voz trémula se oyó otra vez y, con gran sorpresa de los niños, parecía expresar susto. No se acercó nadie adonde Jack estaba, casi en el último escalón. El niño se armó de valor y entró en la estancia.

Al otro extremo, bajo un arco pequeño de roca, había un hombre muy anciano. Tras él se veía una mujer, igualmente vieja, pero más encorvada. Contemplaron a Jack con asombro y luego, volviéndose el uno al otro, saltaron un chorro de palabras que los niños no pudieron entender.

Lucy se preguntó qué estaría haciendo Jack en el cuartito. Debiera estar alguien con él. Subió los escalones y se puso a su lado. Los dos ancianos se quedaron mirando a la niña pelirroja y cubierta de pecas, que se parecía a Jack.

Luego la vieja emitió un sonido que parecía un arrullo, apartó a su marido, y se dirigió a Lucy. La rodeó con sus brazos, y le dio un beso. Lucy quedó sorprendida y no le hizo aquello demasiada gracia. ¿Quién era aquella anciana tan extraña que de pronto se volvía tan cariñosa? Gritó a los otros:

—¡Dolly! ¡Jorge! ¡Subid! ¡Son dos ancianos los que están aquí con su gallina!

No tardaron los cuatro niños en hallarse en la habitación subterránea. En cuanto el anciano los oyó hablar, metió baza con avidez, hablando un inglés raro, recortado.

—¡Ah, ah! ¡Son niños ingleses! Eso es bueno, muy bueno. Una vez, hace mucho, mucho tiempo yo estuve en vuestro muy hermoso país. Estuve en un hotel grande de Londres.

—Menos mal que habla inglés —dijo Jorge—. ¿Qué harán aquí con el tesoro? ¿Están en liga con los otros hombres?

—Tendremos que averiguarlo —respondió Jack—, de todas formas, parecen unas personas inofensivas. Pero puede haber otros.

Se volvió hacia el anciano. La vieja aún estaba acariciando a Lucy. Era evidente que no habían visto niños en mucho tiempo.

—¿Quién más está aquí aparte de ustedes? —preguntó.

—Nada más que yo y Elsa, mi esposa, y nuestra gallina «Marta» —respondió el otro—. Guardamos todas esas cosas que hay en las cavernas hasta el día en que vuelvan al lugar que pertenecen. ¡Dios quiera que llegue pronto ese día!

—Me parece que los pobres no saben que la guerra se terminó hace tiempo —les dijo Jack a los otros en voz baja—. ¿Quién les dejaría aquí montando guardia? ¿A quién obedecían aquellos viejos?

Se volvió hacia el anciano de nuevo.

—¿Quién les dijo a ustedes que guardaran estas cosas? —quiso saber.

—Julius Muller —respondió el hombre, sin vacilar—. ¡Ah! ¡Qué hombre más grande! ¡Cómo trabajó contra el enemigo, aun cuando tiraban, bombardeaban y quemaban nuestro valle! Fue él quien descubrió que el enemigo empleaba las cavernas de nuestras montañas para esconder estos tesoros... ¡tesoros robados a nuestras iglesias y muchos otros lugares!

—Lo que nosotros habíamos supuesto —anunció Jorge, con intenso interés—. Ande, cuéntenos más.

—La gente huyó entonces de nuestro valle —dijo el viejo—. A muchos los mataron. El valle quedó vacío. No había nadie, salvo mi esposa, Elsa y yo. Nos escondimos con nuestra gallina y nuestro cerdo, y nadie nos descubrió. Luego, un día, Julius nos encontró y nos ordenó que viniéramos aquí, por un camino que él conocía, y guardáramos el tesoro... ¡no para el enemigo, no...!, sino para él y para el pueblo. Dijo que un día sería derrotado el enemigo, viéndose obligado a huir... y entonces él y otros volverían en busca del tesoro... pero no ha vuelto.

—No puede ser —respondió Jack—. El desfiladero está obstruido. Nadie puede entrar en este valle ni salir de él ahora más que en aeroplano. Hace tiempo que terminó la guerra. Pero gente mala anda buscando el tesoro... gente que se ha enterado de que está escondido aquí y que ha venido a robarlo.

El anciano pareció asustarse y quedar desconcertado, como si sólo entendiera a

medias lo que le decía Jack. Los niños pensaron que había vivido tanto tiempo bajo tierra, que sería incapaz su cerebro de absorber muchas noticias del mundo exterior. Para él, su esposa, el tesoro y quizá la gallina, eran las únicas cosas que importaban.

—¿Viven ustedes aquí, en este cuarto? —preguntó Lucy—. ¿De dónde sacan los alimentos? ¿Le gusta a su gallina vivir bajo tierra?

—Hay gran cantidad de provisiones almacenadas aquí —contestó el anciano—. Hasta hay grano para la gallina «Marta». Primero cuando vinimos aquí, teníamos seis gallinas y un cerdo. Pero el cerdo murió. Y las gallinas también, una por una. Sólo queda «Marta». No pone muchos huevos ahora. Uno cada quince días aproximadamente.

—¡Clo! —cantó «Marta», con orgullo.

Evidentemente estaba orgullosa de su producción quincenal.

«Kiki» repitió el «clo» y soltó luego una serie de graznidos de pato. La gallina pareció sorprenderse y alarmarse. Igual les sucedió a los ancianos.

—Cállate, «Kiki». Estás exhibiéndote —riñó Jack.

—¿Qué es ese pájaro? —preguntó el anciano—. ¿Es..., como se dice..., un loro?

—Sí —contestó el niño—; es mío. Siempre me acompaña a todas partes. Pero, escuche, ¿no quiere usted saber cómo llegamos nosotros aquí?

—¡Ah, sí, claro! Es todo tan sorprendente, ¿comprendes...?, y tengo el entendimiento un poco raro ahora... no puedo comprender muchas cosas a la vez. Tenéis que hablarme de vosotros, por favor. Esposa, ¿y si dieras de comer a estos niños? Elsa no le entendió, y el anciano repitió las palabras en su propio idioma. Movié entonces ella la cabeza con gesto afirmativo y sonrió, desdentada. Asiendo a Lucy de la mano, se dirigió a una repisa de roca, donde había muchas latas y tarros.

—Le ha cogido mucha simpatía a Lucy —dijo Jorge—. Todo le parece poco para ella.

El anciano oyó y comprendió.

—Teníamos una nietecita —dijo—, muy parecida a esa niña, con el pelo rojo y la expresión dulce. Vivía con nosotros. Y un día llegó el enemigo, se la llevó, y no hemos vuelto a verla. Conque ahora mi mujer ve a su nietecita perdida, en tu hermana. Tendréis que perdonarla porque quizá sea de veras que su pequeña Greta ha vuelto a ella.

—¡Pobrecillos! —exclamó Dolly—. ¡Qué vida tan terrible deben de haber llevado... perdidos bajo esta montaña, guardando un tesoro por encargo de Julius Muller... esperándole años sin saber lo que ha sucedido en el mundo exterior! ¡De no haber venido nosotros, quizá no hubiesen salido ya nunca de aquí!

Para gran satisfacción de los muchachos, Elsa les proporcionó una comida verdaderamente magnífica. No quería permitir a Lucy que se apartara de su lado, sin embargo; conque la niña tenía que trotar a todas partes tras ella. Jack le contó al

anciano algo de su propia historia, aunque era evidente que el viejo no acababa de digerirla. Tenía como el entendimiento, como él mismo confesara, y no podía comprender todas aquellas repentinas noticias de un mundo que casi había olvidado ya.



«Kiki» se divirtió de lo lindo. La gallina «Marta» debía estar acostumbrada a hacerle compañía a la anciana pareja, y picoteaba por debajo de la mesa por entre las piernas de todos. «Kiki» bajó a reunirse con «Marta», y sostuvo una conversación interesante con ella; mejor dicho, un monólogo.

—¿Cuántas veces he de decirte que te limpies los pies? —le preguntó—. ¡Suénate la nariz! Pon en seguida el puchero a hervir.

—Cloc —contestó, cortésmente, «Marta».

—¿Dónde están las llaves? —preguntó «Kiki», con la evidente intención de enseñarle a la gallina algunas canciones y rimas infantiles—. ¡La Virgen de la Cueva! ¡Cuac-cuac-cuac!

La gallina puso cara de sorpresa, irguió las plumas y miró al loro.

—Cloc-cloc-cloc —dijo. Y picoteó unas migas.

Lucy y sus compañeros se rieron de aquella conversación. Luego a «Tijita» se le ocurrió que también quería ella formar parte de la reunión, puesto que había comido en abundancia. Bajó por la manga de Jorge y apareció sobre la mesa, con gran alarma de la anciana.

—Les presento a «Tijita Malita» —anunció Jorge, cortésmente.

—Oíd..., ¡deben creernos unos visitantes la mar de raros! —dijo Dolly, sin quitarle la vista de encima a «Tijita», por si se acercaba más—. Presentarnos así... con un loro y una lagartija..., ¡y quedarnos a comer!

—No creo que se extrañen gran cosa —respondió Jorge—. Están disfrutando de la variación. Debe resultar agradable tener compañía después de haber pasado solos tanto tiempo.

Cuando terminaron la comida, la anciana le habló a su marido. Éste se volvió hacia los niños.

—Mi esposa pregunta si estáis cansados. ¿Os gustaría descansar? Tenemos un sitio hermoso en que hacerlo cuando queremos disfrutar del sol.

Esto sorprendió enormemente a los niños. ¡El sol! ¿Cómo podían ver aquellos ancianos el sol... a menos que atravesaran todas las grutas y pasadizos hasta llegar al agujero de la montaña?

—¿Dónde van a reposar ustedes entonces? —inquirió Jack.

—Venid —les dijo el viejo.

Y les condujo fuera del cuarto. Elsa tomó a Lucy de la mano. Todos siguieron al anciano. Caminó éste por un corredor ancho, abierto en la roca viva.

—Seguramente ríos subterráneos abrieron todos estos pasadizos en un tiempo o en otro —dijo Jack—. Luego cambiaron de dirección y los túneles se secaron y se convirtieron en estos corredores que unen a las grutas.

El corredor torció un poco y, luego, repentinamente, salió a la luz del sol. Los niños se encontraron en una repisa de roca lisa, rodeada de helechos y otras clases de plantas, y sobre la que daba de lleno el sol. ¡Cuan delicioso!

—Otra entrada a las cuevas del tesoro —dijo Dolly.

Pero se equivocaba. Nadie hubiera podido entrar en las cavernas por aquel camino. La repisa sobresalía sobre un gran precipicio que caía a pico más de un centenar de metros. Nadie, ni siquiera una cabra, hubiese podido subir o bajar por allí. Era, como había dicho el viejo, un lugar de reposo magnífico y soleado, pero nada más que eso.

«Marta» picoteó por la orilla de la roca, aun cuando los niños no podían imaginarse qué iba a encontrar allí. «Kiki», posado cerca, la observaba. Se había hecho muy amigo de «Marta», También les gustaba a los niños la gallina. Era tan rolliza, tan amistosa y tan natural... y tanta compañía para los viejos, como lo era «Kiki» para ellos.

Se echaron todos al sol. Era delicioso sentir sus cálidos rayos después de haber estado tanto rato debajo de tierra. Oyeron desde allí un estruendo en la distancia.

—La cascada —dijo Lucy—. ¡Imaginaos! ¡Debemos estar muy cerca de ella cuando la oímos!

Permanecieron allí tumbados, soñolientos. El viejo, sentado en una roca cercana, fumaba en su pipa.

—¿Verdad que resulta raro que hayamos encontrado el tesoro... y que no podamos hacer nada de él? —murmuró Dolly—. Estamos empantanados aquí. No hay manera de mandarle aviso a nadie. Ni la habrá nunca que yo vea, hasta que quiten la obstrucción del desfiladero. Y..., ¡pueden tardar años en hacer eso!

—Por favor..., no digas cosas tan tristes —suplicó Lucy—. Sea como fuere, los hombres se han ido. Eso es una buena cosa. Estaba yo la mar de asustada mientras se encontraban en el valle. ¡Gracias a Dios que se fueron!

Habló demasiado pronto. Se oyó al momento un rumor con el que ya estaban familiarizados, y los niños se incorporaron precipitadamente.

—¡El avión está de vuelta! ¡Maldita sea! Esos individuos andarán rondando por ahí otra vez... y hasta es posible que hayan conseguido que Otto les diga la verdad..., ¡el sitio verdadero en que se encuentra el tesoro! —exclamó Jack—. Tendremos que ir con mucho cuidado ahora.

## Capítulo XXIV

### Juan descubre las cavernas

Los niños celebraron conciliábulo. ¿Qué sería lo mejor que se podía hacer? ¿Y si los hombres conocían ahora el camino hasta las cavernas del tesoro y entraban en ellas? Empezarían a llevarse el tesoro, eso era seguro.

—Y nosotros no podremos impedirlo —dijo Jack—. Son hombres bastante duros. No permitirían que un puñado de niños y dos ancianos les privaran de llevarse lo que quisieran. No se me ocurre por qué han regresado, como no sea para buscar el tesoro otra vez y encontrarlo.

Todos se mostraron de acuerdo con Jack.

—Si pudiéramos escaparnos y avisar a Bill —suspiró Jorge—. Pero no hay manera. El aeroplano no se había visto por allí, sólo oído. El anciano no parecía haber oído nada en absoluto. Los niños decidieron no decírselo, por si acaso se dejaba dominar por el pánico.

—¿Cuál creéis que sería nuestro mejor plan? —preguntó Jorge—. ¿Quedamos aquí con los viejos y ver si esos hombres vienen, en efecto, y se llevan algo? Podríamos escondernos en alguna parte sin dificultad. O, ¿deberíamos regresar a nuestra propia caverna, junto a la cascada? Siempre me he sentido bien seguro allí. Y tenemos provisiones abundantes.

—También las hay en abundancia aquí —repuso Dolly—. No nos vayamos. Después de todo, si los hombres vienen, podemos escondernos en la gruta de las estalactitas... hay sitios de sobra detrás de esas columnas heladas. No nos verán. Uno de nosotros pudiera estar siempre de guardia allí, para ver quién entraba y salía.

—Quizá tenga razón —asintió Jack—. Debemos limitarnos a esperar y ver qué pasa. En cuanto los hombres den con las cuevas, habrá mucho trasiego..., irán y vendrán, transportando cosas al aeroplano... se marcharán y volverán otra vez en busca de más... y así sucesivamente.

—Nada me sorprendería que trajesen más aviones en cuanto supieran con exactitud dónde está el tesoro —dijo Jorge—. Resultaría muy lento eso de irse llevando uno o dos cajones cada vez.

—Lucy se ha dormido —advirtió Dolly—. Me parece que echaré un sueño yo también. Se está muy bien aquí, al sol. Esos hombres no vendrán por aquí aún, conque no es necesario que monte nadie guardia en las cavernas.

—Casi sería mejor estar de centinela a la entrada —dijo Jorge, pensativo—. Así podríamos descubrir a cualquiera con tiempo de sobra.

—Sí, esa idea es mucho mejor —asintió Jack, acomodándose para dormir

también—. Estoy seguro de que no aparecerán por aquí hoy. Se está poniendo el Sol. Aguardarán hasta mañana.

Los niños pasaron aquella noche en la alcoba del anciano matrimonio. Era una cueva pequeña, que daba a la «sala comedor» en que comieron los muchachos. En la «alcoba» había un montón de mantas de viaje, inmaculadamente limpias, y los viejos insistieron en cederles el cuarto.

—Nosotros podemos dormir en las sillas —dijo el anciano—. Eso no representa penalidad.

La vieja tapó cuidadosamente a Lucy y hasta le besó las mejillas al darle las buenas noches.

—Se cree de verdad que soy Greta, su nietecita perdida —dijo la niña—. No puedo impedir que me mire de esa manera, porque me da lástima.

Por la mañana, después de otra buena comida, Jack dijo que iba a hacer la primera guardia a la entrada del pasadizo que conducía a las cuevas. Jorge debía relevarle dos horas más tarde. El niño se instaló en el borde del agujero, debajo de la enorme losa de roca que sobresalía de la montaña. Era una magnífica y soleada mañana. Los otros decidieron ir a examinar algunas de las imágenes y el anciano les dijo que les contaría la historia de cada una y de dónde procedían.

Allá en su otero, Jack contempló la ladera. Le era posible ver lejos, distinguir las montañas que se alzaban una tras otra a su alrededor. La distancia daba a los pinares aspecto de prados de hierba corta. Se llevó los gemelos a los ojos, con ánimo de observar cuántos pájaros hubiera.

El distrito aquel, no obstante, no podía haberle causado mayor desilusión. El número de aves silvestres era reducido, por no decir nulo. Barrió las laderas con el catalejo, examinándolo todo. Y, de pronto, se llevó una sacudida tremenda. Creyendo sorprender un leve movimiento tras determinado matorral, lo enfocó, esperando descubrir tras él algún pájaro o animal. No vio pájaro alguno, pero sí una cabeza y unos hombros: ¡los de Juan! ¡Y el hombre le estaba contemplando a través de unos gemelos con la misma atención que Jack le observaba a él!

El niño se quedó como petrificado. Miró a través del catalejo hacia abajo, y Juan miró hacia arriba, cada uno de ellos viendo claramente al otro. ¡Conque Juan había vuelto en busca del tesoro! ¿Se había aproximado a aquella ladera por pura casualidad... o habría obtenido de Otto un plano semejante al que tenía Jack?

—¡Ahora sí que lo he echado todo a perder! —murmuró el niño, con furia—. Sólo hace falta que me meta en este agujero, para que conozca dónde está la entrada. Pero, si me pongo a vagar por la montaña, me seguirá. ¡En qué lío me he metido!

Juan no le quitó la vista de encima a Jack. Arrodillado junto al matorral, siguió con los gemelos todos los movimientos del muchacho.

—No es posible que pueda ver el agujero en cuya orilla estoy sentado —pensó el

niño—. Creo que lo mejor será que me aparte de aquí y empiece a escalar la ladera. Si lo hago y Juan me sigue, quizá se le pase por alto la entrada.

Estaba a punto de hacerlo cuando Jorge se colocó de un salto a su lado.

—Ahora me toco a mí, «Pecas» —dijo—. ¡Hola! ¿Qué estás mirando?

—Es una lástima que hayas venido en este momento. Juan está allá abajo. Jorge. Me tiene enfocado con sus gemelos..., ¡y a ti también ahora! Estaba a punto de salir a la montaña para que me persiguiese y no viera el agujero, cuando tú has aparecido. Ahora comprenderá que hay una cueva aquí, subirá en menos de nada.

—¡Troncho! —exclamó Jorge, alarmado—. Entonces más vale que avisemos a los otros en seguida.

—Sí, es lo único que podemos hacer ya —asintió Jack, saltando dentro del agujero—. Vamos... No necesitará Juan mucho rato para subir aquí. ¡Maldita sea! ¿Por qué no se me ocurriría pensar que pudiera andar por aquí ya?

Cruzaron apresuradamente corredores y grutas. Llegaron a la especie de celda y encontraron a los demás allí. Jack contó apresuradamente lo ocurrido.

—Es preciso que nos escondamos —dijo.

Los ancianos, sin embargo, no vieron la necesidad de hacerlo.

—No tenemos nada de qué asustarnos —dijo, con dignidad, el viejo—. No nos harán ningún daño.

—¡Vaya si tienen de qué asustarse! —exclamó Jack—. ¡Por favor! ¡Vengan a esconderse!

Pero se negaron. El niño no podía perder más tiempo discutiendo. Quería meter en lugar seguro a las muchachas. Las hizo pasar a toda prisa.

—¿Dónde nos esconderemos? —preguntó Dolly—. ¿En la gruta de las estalactitas?

El otro contestó afirmativamente. Pero cuando llegó a la cueva de las estatuas silenciosas, se detuvo. ¿No resultaría mejor lugar aquél?, ¿y si se colocaran todos en el fondo, entre las sombras, fingiendo ser estatuas? ¿Se daría alguno cuenta de la superchería? Valía la pena que probaran.

—Quitemos los mantos a algunas de las figuras y pongámonos detrás de las demás figuras.

No les hizo falta mucho rato para disfrazarse y ponerse detrás de las demás figuras.

—¿Os acordáis de cuando jugábamos a estatuas? —susurró Lucy. Había que estar completamente quieto o, si no, le tocaba a uno quedarse. Me da la sensación de que estamos jugando a eso, ahora.

—Bueno, pues tened cuidado de no moveros, de lo contrario, sí que os tocará quedaros —dijo Jack—. ¡Shhh! ¡Me parece que he oído a alguien!

—¡Shhhhh! —repitió inmediatamente «Kiki».

Jack le pegó en el pico.

—¡Cállate! ¿Es que quieres delatarnos a todos, estúpido?

«Kiki» abrió el pico para soltar un graznido. Pero lo pensó mejor. Se fue volando, y desapareció. Jack se alegró de que lo hiciese. Temía que, de quedarse junto a ellos, acabara delatándolos.

Se oyó un ruido en el túnel. Había alguien allí ya. Juan, seguramente.

—Ha cruzado ya la gruta de las estalactitas y la gruta de las estrellas —susurró Jorge—. Ahora se encuentra en el túnel que conduce aquí. Llegará a la puerta de un momento a otro. Lástima que no se nos ocurriera cerrarla. Quizá no se le hubiera ocurrido hacer girar el clavo para abrirla.

La puerta estaba entornada. Los niños la vieron abrirse lentamente al resplandor verdoso de la caverna. Luego asomó el cañón de un revólver. Juan, evidentemente, no quería correr riesgos.

Lucy tragó saliva. ¡Cielos! ¡Dios quiera que no se disparase! No le gustaban las armas ni pizca.

La puerta se abrió de par en par, y apareció Juan en el umbral, revólver en mano. Soltó una exclamación al ver las silenciosas figuras de extraños y relucientes ojos.

—¡Manos arriba! —ordenó con brusquedad.

Las imágenes, claro está, no se movieron. La mano de Juan tembló. Los niños adivinaron que se adueñaba de él un pánico igual al que ellos sintieron al ver las figuras.

—¡Límpiate los pies! —ordenó una voz brusca.

Los niños dieron un brinco de sobresalto. Era «Kiki». Estaba posado por encima de Juan, en una repisa de roca.

—¿Quién está ahí? —gritó Juan—. ¡Cómo se mueva alguien, apretaré el gatillo! Las estatuas no se movieron, ni siquiera las cuatro vivas.

—¿Quién está ahí? —volvió a preguntar Juan.

—Tres ratoncitos ciegos —contestó «Kiki». Y rompió a reír como un loco.

Aquello desmoralizó a Juan. Retrocedió un poco, tratando de averiguar cuál de las estatuas hablaba.

—¡Piii, sonó el pito! —dijo «Kiki».

Y se puso inmediatamente a cloquear como «Marta». La mano de Juan volvió a temblar.



Pero avanzó un poco, bajando el escalón de la caverna. Entonces vio, como vieran los niños, que las figuras no eran más que imágenes enjoadas, y rió.

—¡Imbécil! —se dijo.

—¡Imbécil! —repitió «Kiki».

Juan se volvió inmediatamente.

—¿Quién está ahí? Supongo que uno de vosotros, niños. ¡Aguardad a que os coja!

«Kiki» empezó a mayar como un gato. El hombre buscó al inesperado felino y luego decidió que se trataba de uno de los niños otra vez, que intentaba tomarle el pelo. «Kiki» voló silenciosamente a la otra caverna, y empezó a hablar:

—A la una anda la mula..., a las dos..., ¡que llueva, que llueva!

El hombre echó otra mirada a las estatuas y pasó a la cueva siguiente. Los niños exhalaban un suspiro de alivio. Pero no se atrevieron a moverse aún. Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que el hombre regresara. Le acompañaban los dos ancianos, muy asustados, evidentemente. Juan les gritó en su propio idioma y los niños no pudieron comprender una palabra. Después, sin molestarse en dirigir otra mirada a las estatuas, Juan solió por la puerta de roble y la cerró. El portazo

repercutió por toda la caverna y sobresaltó a los muchachos. A continuación oyeron otro sonido que hizo que se les cayera el alma a los pies. Era el que producían fuertes cerrojos al ser corridos por el otro lado. ¡Raaac! ¡Raaac! ¡Raaac! Los tres. Ahora no había manera de abrir la puerta desde dentro.

—¿Habéis oído eso? —exclamó Jack—. Somos prisioneros. De habernos escondido en la gruta de las estalactitas o en la de las estrellas, no nos hubiese pasado nada. Hubiéramos podido salir por el agujero. Ahora no hay manera. Tendremos que quedarnos aquí hasta que esos hombres nos pongan en libertad, si es que llegan a hacerlo alguna vez.

## Capítulo XXV

### El sorprendente plan de Jorge

Pareció apoderarse de los ancianos el pánico cuando cuatro de las estatuas hablaron y cobraron vida. Pero, cuando los niños se quitaron los mantos y volvieron a ponérselos a las figuras, los viejos se dieron cuenta de quiénes se trataba.

Elsa corrió hacia Lucy y la cubrió de caricias. El anciano permaneció donde se hallaba, temblando.

—¿Qué les dijo a ustedes? —preguntó Jack.

—Dijo que nos iba a dejar prisioneros aquí y que regresaría con otros a llevarse todo nuestro tesoro —respondió el viejo. Se le saltaron de pronto las lágrimas—. Es un hombre malo. ¿He guardado yo estas cosas tan hermosas durante tanto tiempo para que caigan ahora en manos de un hombre tan malvado?

—Es desesperante —dijo Jack—. ¡No podemos hacer nada! Tendremos que ver cómo se lo llevan todo esos bribones, cómo lo embalan y cómo se lo llevan en el aeroplano.

—Salgamos a esa repisa soleada —sugirió Dolly—. No puedo soportar esta oscuridad por más tiempo. Me sentiré mejor cuando estemos fuera de aquí. Dile al anciano que le pida a su esposa que nos sirva una merienda allá, Jack. Tú y Jorge podéis ayudarle a subirla. No puedo pensar como es debido aquí en las sombras, mientras nos escuchan todas estas estatuas.

—Está bien —contestó el niño, viendo que Dolly estaba a punto de romper a llorar—. Vete tú con Lucy y con «Kiki». No tardaremos en ir nosotros. Os sentiréis mejor al sol.

—¡Qué hábil fue «Kiki» al alejar a ese hombre de nosotros!, ¿verdad? —murmuró Lucy—. Se asustó cuando «Kiki» rompió a hablar. Igual me hubiera sucedido a mí. Hubiese creído que una de las estatuas hablaba. Dolly y ella se dirigieron a la repisa. Dolly se dejó caer sobre la roca, con alivio.

—Esta aventura ha dejado de gustarme ya, Dolly —dijo Lucy—. ¿Y a ti? No resultaría tan duro si pudiésemos hacer algo..., pero parecemos impotentes.

—A mí me gusta hacer que las aventuras tomen el camino que yo quiera —respondió, con algo de morro, Dolly—. No me gusta que me hagan hacer cosas que yo no quiero hacer. No me hables, Lucy. Te soltaré alguna coz. Estoy furiosa.

—Eso se debe a la tensión nerviosa en que hemos estado mientras nos hacíamos pasar por estatuas —dijo Lucy.

—No hables tal y como una persona mayor —dijo Dolly, con brusquedad—. No es eso. Sólo estoy de mal humor porque quiero salir de este valle y no puedo.

Lucy ya no dijo nada más. Se sentó al sol, a esperar la merienda que Jack y Jorge no tardarían en traerles, acompañados por Elsa. «Kiki», un poco más allá, murmuraba para sí. Llegó la gallina «Marta» y se puso a picotear por los alrededores. «Kiki» le habló, y ella cloqueó en respuesta.

Dolly olvidó su mal humor cuando llegaron los otros con la merienda. Se dieron un buen banquete, y discutieron todos los acontecimientos de la mañana otra vez. En plena discusión, oyeron el zumbido del aeroplano otra vez y ahora le vieron aparecer por encima de ellos volando en lo alto.

—¡Caramba! —exclamó Jack, sorprendido—. ¡Se van otra vez! ¿Por qué?

—Probablemente para buscar a otros hombres que les ayuden a recogerlo todo, ahora que saben dónde está el tesoro —contestó Jorge—. Y, como sugeriste tú, quizá vuelvan con más aviones.

Era desagradable sentirse tan por completo prisioneros. Jack y Jorge se acercaron una vez a la puerta e intentaron moverla; pero resultó inútil, claro está. Los cerrojos eran viejos, pero muy fuertes aún. No había nada que hacer, y se sintieron aburridos. Fueron a examinar las estatuas con más atención, y a ver los cuadros y los polvorientos libros.

Las imágenes iban cargadas de magníficas joyas. Algunas de ellas estaban maravillosamente bien hechas y suntuosamente vestidas, otras eran un tanto desgarradas y chillonas, Pero todas, sin excepción, iban adornadas de joyas, aun cuando los niños no supieron distinguir si los brillantes broches, los deslumbrantes pendientes y collares, y los rutilantes cinturones, pulseras y anillos eran auténticos o no. Quizás algunos fueran buenos y otros sólo semipreciosos.

—Supongo que esos hombres quitarán todas las joyas a las estatuas dejando las figuras atrás —observó Jack—. Embalarán los cuadros y los libros.

—¿Por qué no quitamos nosotros las joyas y las escondemos en alguna parte, para que no se las lleven? —dijo Dolly, de pronto—. No veo yo por qué hemos de permitir que se queden con ellas unos hombres como éstos.

—¡Buena idea! —aprobo Jack—. Vamos..., ¡recogeremos las joyas ahora y las ocultaremos!

Pero, en cuanto se pusieron a hacerlo, la vieja pareja se les echó encima, horrorizada.

—¡No hacer eso! ¡Ah, niño malo! —exclamó el anciano, quitándole a Jack un broche de la mano.

—Sólo queremos esconder estas cosas para que no se las lleven esos individuos —protestó el niño—. Volverán pronto y lo robarán todo.

—Pertenece a éstas —anunció el hombre, señalando con un gesto a las estatuas—. No debe quitárselas nadie. Es contrario a las leyes de la iglesia.

Los niños no volvieron a intentarlo. Era evidente que el viejo y su esposa se

enfurecerían si lo hacían. Estaban convencidos ambos de que era un acto malvado quitar cualquier adorno a las figuras.

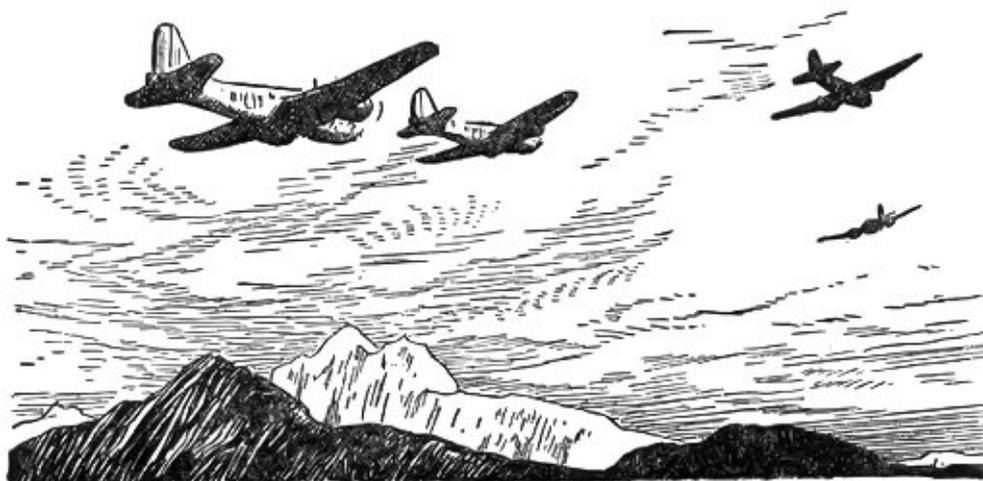
El largo día transcurrió por fin. Nadie durmió muy bien aquella noche. Estaban preocupados por lo que fuera a ocurrir. Era horrible pensar que se hallaban a merced de unos canallas como Juan.

Salieron todos a la repisa por la mañana y desayunaron allí. No hacían comida alguna en las cavernas ya, pudiendo evitarlo.

—Escuchad —dijo Dolly, de pronto—. Oigo volver al aeroplano.

Escucharon todos, y los ancianos también. El zumbido aumentó en volumen. Se hizo estruendoso en verdad. Jack se puso en pie de un brinco.

—¡No es un aeroplano solo; son muchos! ¡Mirad!, ¡ahí va uno...! Está describiendo círculos para aterrizar... Y hay otro allá... ¡y ahí viene otro! ¡Cielos! ¡Juan dispone de toda una escuadrilla! Había cuatro en total. Por lo visto, Juan pensaba hacer las cosas bien esta vez. Los niños imaginaron a los cuatro aviones aterrizando, uno tras otro, sobre la pista de hierba del fondo del valle.



—Ahora podemos esperar que empiecen a ocurrir cosas —dijo Jack—. La totalidad del tesoro habrá desaparecido muy pronto.

—¡Qué lástima! ¡Qué vergüenza! —exclamó Dolly—. ¡Y pensar que nosotros no podemos hacer nada por impedirlo!

—¡Si pudiéramos ponernos en contacto con Bill! —dijo Jack, con desesperación. Pero no hay manera de salir de este valle más que en uno de esos aviones. Jorge contempló a Jack unos instantes. Luego dijo algo tan emocionante, que los otros apenas pudieron dar crédito a sus oídos.

—Sí..., ésta es la única manera de salir. Y yo voy a aprovecharla.

Se hizo un silencio. Luego habló Jack, asombrado:

—Pero ¿qué quieres decir? No sabes conducir un avión.

—Claro que no. Pero ¡sé esconderme en uno! ¿No nos escondimos todos en un aeroplano al venir aquí? Bueno, pues, ¿por qué no he de esconderme yo en uno para

marchar del valle? Apuesto a que podría hacerlo sin ser visto... y avisar a Bill, incluso.

—¡Jorge! ¡Qué idea más estupenda! —exclamó Jack—. Pero iré yo, no tú.

—¡Que te crees tú eso! La idea es mía. Y a mí no hay quien me robe una idea como ésta. Voy a ir yo, ¿comprendes?

—No quiero que vayáis ninguno de los dos —terció Lucy, trémulos los labios—. Podrían veros. Podría ocurrirnos algo terrible. No nos dejéis.

—Jack estará con vosotras —contestó Jorge—. Y los dos viejos. Estaréis divinamente. Os digo que es la única manera de conseguir ayuda..., irse en uno de los aviones cuando hagan su próximo viaje. Tendrán que volver dos o tres veces para llevárselo todo. Y, si puedo ponerme en contacto con Bill, ¡podría pescar a todos ellos con las manos en la masa!

—Suenas demasiado hermoso eso para que pueda ser verdad —observó Dolly—. No creo que puedas hacerlo. Y, de todas formas, ¿cómo vas a poder acercarte al avión siquiera? De sobra sabes que estamos encerrados. No podemos salir ninguno.

—Acecharé la oportunidad y me deslizaré por la puerta cuando estén yendo y viniendo esos individuos —contestó Jorge, disfrutando haciendo planes—. Luego me esconderé en la gruta de estalactitas y me dirigiré a la salida tan pronto como pueda. Marcharé adonde están los aeroplanos y escogeré uno en que meterme. No creo que dejen a ninguno de guardia allí, puesto que nos creen a todos prisioneros.

—Suenas fácil, pero no lo será —advirtió Jack—. Más vale que me dejes probar a mí, «Copete».

—No te hagas ilusiones. Ésta es mi aventurita particular, ¿comprendes?

—Hasta quizá puedas meterte en una de las cajas —dijo Dolly, pensativa—. A nadie se le ocurrirá mirar en el interior de una caja ya llena.

—Es una buena idea —asintió Jorge—, una idea magnífica.

—Podemos esperar hoy una buena cuadrilla de gente —dijo Jack—. Sorprenderán a los pobres viejos. ¡En menudo estado quedarán cuando vean cómo se llevan sus tesoros!

—Jorge, no fingiremos ser estatuas hoy cuando vengan esos hombres —dijo Dolly—. Sólo tú. Es seguro que registrarán las cuevas en busca nuestra si no nos encuentran hoy; conque más vale que nos encuentren a todos menos a ti. Tú puedes hacer de estatua otra vez y aprovechar la primera ocasión que se te presente para huir.

—Sí —asintió Jorge—, creo que será lo mejor. Quizá no me salga bien, pero es el único recurso que nos queda. Y ahora..., ¿cuándo vendrán aquí esos hombres? Necesitarán una hora y media por lo menos para llegar. Y hace media hora ya que vimos pasar los aviones. No debo dejar para el último instante el instalarme entre las figuras.

—Mejor será que vayas ahora —dijo Lucy, que estaba sobre ascuas—. Te

acompañaremos para asegurarnos de que estás en buen sitio y de que de veras parezcas una estatua.

Bajaron por el pasadizo y atravesaron todas las grutas hasta llegar a la de las imágenes. También les acompañó la gallina «Marta». Le había cogido cariño a Jack, y le seguía a todas partes como un perro. Había puesto un huevo aquella mañana; huevo que la anciana se empeñó en que se lo comiera Lucy para desayunar.

—¡Mira...! Hay una repisa medio oculta aquí, cerca de la puerta —dijo Lucy—. Si te pusieras ahí, apenas se te vería por lo oscuro que está. Y estarías cerca de la puerta para salir a la menor oportunidad.

—Sí, ése parece el mejor sitio, en efecto —asintió Jorge—. Bueno, ¿dónde hay un manto o algo con que envolverme la cabeza? El pelo corto me delataría. Hallaron un manto grande y le envolvieron en él. Fue a colocarse en la pequeña repisa, y todos estuvieron de acuerdo en que era un sitio magnífico.



—Apenas se te ve —dijo Jack—. Bueno, buena suerte, «Copete». Nos vamos ahora y no nos esconderemos. Dejaremos que nos vean los hombres, con la esperanza de que crean que no hay otra persona en las cavernas. Si no puedes escapar, lo

sabremos, porque aún andarás por aquí por la noche.

—Adiós —dijo Jorge, que parecía, en efecto, una estatua—. No os preocupéis por mí. Pronto marcharé a llevarle aviso a Bill y a mamá. Y os rescataremos en seguida a todos.

## Capítulo XXVI

### La huida

Cosa de una hora más tarde. Jorge oyó rumor de pasos. Luego descorrieron los cerrojos. El revólver de Juan asomó por la puerta de nuevo. Pero aquella vez no había «Kiki» que le hablase; nadie más que la silenciosa compañía de estatuas.

Juan entró en la caverna. Otros hombres le siguieron. Jorge les observó por entre uno de los pliegues del manto. Confió que no empezarían a quitarles las joyas a las estatuas en seguida, porque, si lo hacían, podrían descubrirle. Los hombres soltaron exclamaciones de sorpresa y maravilla al ver las imágenes. Llevaban poderosas lámparas de bolsillo que encendieron al instante. Jorge no había contado con aquello. Se encogió en el rincón, agradecido de que le colgara tanto el manto.

Todos aquellos individuos eran de muy mala catadura. Soltaron gritos de sorpresa e hicieron entre sí comentarios al ver las brillantes joyas que colgaban de los cuellos y brazos de las estatuas. Algunos de ellos arrancaron broches y collares en seguida. Juan dio una orden cortante, y los hombres volvieron a dejar las joyas en su sitio, refunfuñando.

Jorge contó a la cuadrilla. Eran ocho. Otto no se encontraba entre ellos, cosa que no resultaba sorprendente. Juan, Pepi y Luis formaban parte del grupo. Había dos hombres por avión, al parecer.

Juan les condujo por el túnel hasta la cueva siguiente. Repercutieron sus pisadas huecamente sobre el piso de roca. Jorge se preguntó si seguirían todos a la otra gruta, y a la otra. En caso afirmativo, podría salir por la puerta inmediatamente y bajar la montaña. Escuchó. Oía las voces de los bandidos en la caverna contigua, donde se hallaban los cuadros. Luego, nuevas pisadas que se alejaban. A continuación, las voces se convirtieron en débil murmullo.

«Han entrado en la gruta de los libros... y se meterán después en la del oro — pensó el niño—. Tengo tiempo de sobra para salir y alejarme».

Dejó caer el manto al suelo y se acercó a la puerta con cautela. Salió, subió la especie de escalera de caracol, cruzó la gruta de las estrellas y la de las estalactitas. Empezó a sentirse más seguro. No creía que hubiese nadie de guardia junto al agujero, pero pensaba ir con tiento allí.

Nadie había de centinela. La ladera estaba desierta. Salió del agujero y empezó a descender. Se alejó apresuradamente, aunque alerta siempre por si no habían ido todos los hombres a las cavernas.



Estaba cansado y tenía hambre cuando, por fin, llegó a la cabaña. ¡Menos mal que la puerta se encontraba abierta y no había nadie en la vecindad! Hizo una buena comida. Encontró una caja que contenía tabletas de chocolate, y se metió unas cuantas en el bolsillo, por si tenía que pasarse algún tiempo sin comer. Luego se dirigió a los aeroplanos. Allí estaban los cuatro. ¿En cuál de ellos debía meterse?

Se encaramó a la carlinga de cada uno de ellos y echó una mirada al interior. En el último había un montón grande de mantas y abrigos. Le pareció el mejor para ocultarse. Podía taparse con aquel montón de ropa. No vio, de momento, ninguna posibilidad de introducirse en el cajón como sugiriera Dolly. En cualquier caso, los cajones no se hallaban en los aeroplanos, sino debajo de las lonas, como siempre.

Habiendo decidido exactamente lo que iba a hacer, disponía de tiempo abundante... Sabía que tardarían bastante los hombres en volver. Irían muy cargados y necesitarían mucho más tiempo que él para recorrer el camino. Se distrajo husmeando. Entró en la cabaña, y encontró una chaqueta colgada allí. Registró los bolsillos, pensando que si lograba ponerse en contacto con Bill, toda información que pudiera ofrecerle resultaría de gran ayuda. Halló un librito de notas. Lo abrió. Pasó las páginas. No pudo sacar nada en claro. Contenía frases en una especie de clave y números en abundancia. Quizá lo entendiera Bill; él no lo conseguía.

Se dirigió a la cuadra. No había nada que ver allí salvo las latas aún abiertas y cubiertas de moscas. Jorge se las quedó mirando.

—Ah, sí —murmuró—, son las que Jack dejó a Otto. ¡Uff! ¡Cuántas moscas!

Buscó un palo, hizo un agujero y enterró los botes y su contenido. Luego se alejó, llegando al árbol en que todos se guarecieron un día. Alzó la mirada y vio algo.

—¡Troncho! ¿Qué es eso?

De pronto se acordó.

—¡Claro! ¡Nos dejamos las maletas ahí arriba! Me había olvidado de ellas. ¡Mira que estar todavía aquí!

Se preguntó si bajarlas y esconderlas.

—No —se dijo por fin—; podrían encontrarlas y ponerse entonces a buscarme a mí. Las dejaré donde están.

Se mantuvo ojo avizor a medida que transcurría la tarde. Comió unas galletas y una lata de melocotones de la cabaña a eso de las cinco. Seguía sin ver a los hombres. Pero cosa de diez minutos más tarde les vio aparecer en la distancia. Se hallaba junto a los aeroplanos, preparado para meterse en el que había escogido. Contó rápidamente a los bandidos. Sí..., ocho. Conque regresaban todos. Subió a la carlinga. Se acercó al montón de mantas y abrigos y se metió debajo, cuidándose de que no se asomara ni la punta del zapato.

«Menos mal que hoy hace calor —pensó—. No es fácil que quieran ponerse abrigos».

Oyó hablar a los hombres. Era evidente que estaban satisfechos de la jornada. Luego callaron. Habían pasado junto a los aviones y se dirigían ahora a la cabaña.

«Probablemente irán a comer algo y luego embalarán las cosas que han traído de las cavernas del tesoro» —pensó el niño. Bostezó. Tenía sueño ahora que se había echado. No tardó en dormirse y, tan profundamente, que ni siquiera se movió cuando, unas horas más tarde, dos hombres subieron al avión. Pero sí que se despertó cuando empezaron a girar las hélices al arrancar, con gran estruendo, los motores. Fue tal su susto, que por poco se delata. Se acordó de pronto de dónde estaba y permaneció completamente inmóvil, preguntándose si sería de noche ya. No podía ver nada desde el dejado montón de mantas, claro está. Igual hubiera podido ser medianoche que mediodía.

Los aviones fueron despegando uno por uno. El último en hacerlo fue aquel en que iba Jorge.

«¡No me han visto! —pensó el niño, encantado al notar que el aparato ascendía—. ¡Ha resultado la mar de fácil después de todo! ¡Hurra!».

Volvió a quedarse dormido y los aeroplanos continuaron volando en la noche. ¿Adónde iban? ¿A un campo secreto de aterrizaje? ¿A un aeródromo corriente?

Los otros niños, que dormían aquella noche fuera, en la repisa, oyeron el zumbido de los aviones cuando abandonaron el valle. Hacía tanto calor, que no se habían sentido con ánimo para dormir en las cuevas, suplicando a los ancianos que les permitieran subir las mantas a la repisa.

—¿No andaréis dormidos? —había dicho el hombre, en respuesta—. ¡Podríais despeñaros!

—Ninguno de nosotros es sonámbulo —le había contestado Jack—. No nos

pasará nada.

Elsa no había querido que Lucy durmiera en la repisa y casi había llora al insistir la niña.

«Kiki» y «Marta» estaban allí también. Pero la lagartija no. Ésta iba con Jorge, compartiendo su aventura.

Los niños habían pasado un día desagradable. Los bandidos les habían encontrado, junto con los ancianos, en la sala, y les habían gritado e interrogado, asustándoles mucho. El anciano les había dicho que llevaba viviendo mucho tiempo en las cavernas como guardián del tesoro, y los bandidos llegaron a la conclusión de que los niños habían estado viviendo allí también con ellos.

—Menos mal que no nos preguntaron cómo llegamos a este valle —dijo Jack más tarde—. Han dado por sentado que vinimos aquí con los viejos hace años.

Los ancianos habían corrido hacia sus queridas imágenes al ponerse los hombres a despojarlas de sus aderezos. Éstos las habían derribado a golpes, cubriéndolas de denuestos. El viejo se había llevado de allí a su esposa, que estaba deshecha en lágrimas, y los niños habían hecho todo lo posible por consolarles.

No habían vuelto a acercarse a los desalmados, yendo a sentarse en la soleada repisa, preguntándose si habría logrado escapar Jorge.

—Estoy segura de que sí —dijo Lucy—. Todos los hombres estuvieron juntos, y Jorge tuvo ocasión de salir de la caverna con las estatuas cuando vinieron ellos aquí.

Se habían marchado los hombres por fin, llevándose una carga de joyas, una imagen de gran valor, algunos cuadros y varios documentos antiguos. Dos de ellos cargaron con una de las cajas de oro. Los niños se imaginaron las dificultades con que tropezarían para subir con tanto paso la montaña y bajarla.



Los individuos aquellos habían vuelto a echar los cerrojos al marcharse, por lo que el pequeño grupo quedaba nuevamente prisionero. ¡Cómo se preguntaron lo que le estaría sucediendo a Jorge! ¿Habría logrado esconderse en uno de los aviones? ¿Se metería en una de las cajas? ¿Cuándo se marcharían los aeroplanos?

Comprendieron que habían partido cuando el zumbido de los motores les despertó durante la noche. Se incorporaron todos a escuchar. «Kiki» dio un graznido, y pegó un picotazo a «Marta» para despertarla.

—Ahí van los aeroplanos —dijo Jack—. ¡Apuesto a que Jorge va en uno de ellos! Ahora ya no tardarán en salvarnos. ¡Qué sorpresa se va a llevar Bill cuando se entere de todo lo que nos ha sucedido! ¿Creéis que vendrá él también en su aeroplano?

—Dios quiera que sí —respondió Lucy, con fervor—. Ardo en deseos de ver a Bill otra vez. A veces me parece que vamos a pasar el resto de nuestra vida en este valle.

—No seas tonta —contestó Dolly—. ¡Oh, «Kiki», deja a «Marta» en paz! ¿Qué le estás haciendo para que cloquee de esa manera?

—¡Shhhhh! —contestó el loro, con impertinencia.

—¡A mí no me contestes! —le regañó Dolly, volviendo a echarse—. Bueno, pues

me alegro que hayamos oído los motores. ¡Buena suerte, Jorge, dondequiera que estés!

—¡Buena suerte! —repitieron los otros.

Y «Kiki» dijo a su vez:

—¡Buena suerte!

—¡Clo-clo-clo! —agregó «Marta», como si también quisiera expresar ella sus buenos deseos.

## Capítulo XXVII

### Un descubrimiento... y una buena idea

Los hombres regresaron al día siguiente con sus cuatro aviones, no tardando en presentarse en las cavernas, donde se pusieron a examinar libros y documentos antiguos, desenrollando los lienzos y mirando los cuadros. Pero antes fueron en busca de los muchachos y de los viejos, porque habían descubierto que alguien se había llevado comida de la cabaña, y no acababan de comprenderlo. ¿Acaso no habían encerrado a todos en las cuevas?

Los niños adivinaron en seguida que era Jorge quien había tomado la comida. Pero no tenían la menor intención de decirlo. Por eso puso Jack cara de aturdido y respondió estúpidamente las preguntas, y Dolly hizo lo propio. Lucy se echó a llorar, y los hombres pronto renunciaron a interrogarla.

Los ancianos, por su parte, no sabían, claro está, ni una palabra. Ni siquiera parecían haber echado de menos a Jorge. Los hombres dejaron de hacer preguntas al cabo de un rato y volvieron a su trabajo.

Elsa se puso muy triste al ver llorar a Lucy. La tomó de la mano y la condujo a la «alcoba». Quitó un cuadro que había colocado sobre una repisa y le enseñó a la niña el hueco que había detrás. Lucy se lo quedó mirando.

—¿Qué es? —preguntó. Luego llamó a Jack.

—¡Jack! —dijo—. ¡Ven aquí y tráete al viejo! ¡Esta señora no entiende lo que le digo!

Acudieron todos, y cuando Jack vio el hueco de detrás del cuadro, le preguntó al anciano:

—¿Qué es esto? ¿Un escondite?

—Nada más que un agujero en la pared —respondió el hombre—. A mi mujer no le gustó, conque lo tapó con un cuadro.

La anciana soltó un raudal de palabras. El hombre interpretó:

—Mi mujer está triste porque tu hermana está asustada de esos hombres. Dice que puede esconderse en este agujero y no la encontrarán.

—Deje que vea yo cómo es palmo a palmo —contestó Jack. Y se metió dentro.

Era algo más que un agujero. Era un minúsculo túnel redondo que en otros tiempos daría paso a un riachuelo subterráneo. ¿A dónde conduciría... si es que conducía a alguna parte?

—¡Es un túnel pequeño! —anunció el niño—. ¡Muy parecido al que conduce desde nuestra caverna del helecho hasta la gruta de los ecos! Voy a ver si conduce a alguna parte.

Se arrastró por él un buen trecho, encontrándose de pronto con que se inclinaba de una forma tan pendiente, que hubiese podido resbalar por él de no haber sido tan estrecho. Terminaba en un agujero que parecía abierto en el techo de un corredor mucho más grande. Encendió la lámpara. ¡Sí! ¡Se trataba de un corredor, en efecto! Volvió al lado de las muchachas.

—Seguidme —dijo—. Es posible que haya encontrado un medio de huir. Sin embargo, tendremos que usar una cuerda.

Se arrastraron uno tras otro hasta llegar al agujero. Jack desenrolló la cuerda que siempre llevaba a la cintura. La ató a una roca y dejó caer el otro extremo por el hueco. Luego se deslizó por ella.

Las niñas le siguieron. Jack barrió el corredor con la luz de su lámpara de bolsillo.

—¿En qué dirección vamos? —preguntó.

—Oigo un ruido muy raro —anunció Lucy—. ¡Creo que se trata de la cascada!

Bajaron por el corredor hacia el ruido y, con gran sorpresa y alegría suya, salieron a la repisa de roca situada detrás de la cascada, aquella en la que Lucy y Dolly bailaron días antes para llamar la atención de Pepi.

—¡Troncho! —exclamó—. ¡Es la repisa de la catarata! ¡Y ese corredor conduce a la gruta de los ecos! ¡Parece increíble! Podemos regresar a nuestra caverna y no ser ya prisioneros en las cuevas del tesoro. Vamos a buscar al matrimonio también.

Volvió a bajar por el pasadizo, gateó por la cuerda, recorrió el túnel y saltó a la habitación de los viejos. Le dijo al anciano a dónde conducía el hueco.

—Vengan ustedes también —agregó—. Les llevaremos a un lugar seguro.

El viejo rió con tristeza.

—No podemos arrastrarnos ni escalar como vosotros —repuso—. Es imposible. Marchaos vosotros y nosotros nos quedaremos aquí. No diremos adonde habéis ido. Volveremos a colocar el cuadro en su sitio, y nadie adivinará por dónde os fuisteis.

Jack regresó con las niñas, acompañado de «Kiki».

—Es una lástima que no nos pudiéramos llevar a «Marta» también —dijo—. Le había cogido afecto. Pero los viejos la echarían de menos. Se niegan a venir con nosotros. Y creo que tienen razón; jamás conseguirían arrastrarse por un túnel ni descolgarse por la cuerda... ni tampoco pasar por el agujero de la caverna del helecho. ¡Vamos! ¡Ardo en ganas de verme otra vez en nuestra cueva! ¡Ja-ja! ¡Nos hemos escapado después de todo! ¡Lo furiosos que estarán esos hombres!

—¡Espero que no hagan daño a esos dos viejos! —dijo Lucy con ansiedad—. ¡Ella es una viejecita tan dulce y buena!

Bajaron por el serpenteante corredor y llegaron a la gruta de los ecos, donde «Kiki» les molestó chillando y graznando continuamente, despertando unos ecos que casi les ensordecieron. Pasaron por el túnel, que más que tal parecía una tubería de desagüe, y saltaron a la caverna, dejándose caer sobre las mantas de viaje, tendidas

aún allí.

—En casa otra vez —dijo Jack. Y se echó a reír—. Es curioso pensar que esto nos parezca nuestra casa. Pero es lo que me parece a mí.

Se acomodaron para descansar.

—Esos hombres marcharon a alguna parte en sus aeroplanos anoche, descargaron lo que llevaban y emprendieron el vuelo de regreso en seguida... tienen que haberlo hecho así para estar de vuelta tan pronto —dijo Dolly, pensativa—. Yo apenas esperaba verles en las cavernas hoy. No oí volver a los aviones, ¿vosotros sí?

—No..., pero el viento ha cambiado, conque quizá no soplara en nuestra dirección y por eso no lo oímos —contestó Jack—. No hace tanto sol ahora... parece como si fuera a llover otra vez. Sopla un viento la mar de fuerte.

—Tendremos que vigilar por si vienen Jorge y Bill —dijo Dolly—. Jorge no sabrá que estamos aquí.

—¿Os importaría que fuera esta tarde a husmear por los alrededores de la cabaña? —inquirió el niño—. Pudiera darse el caso de que Jorge no hubiera podido marchar, que le hubiesen atrapado y se encontrara ahora prisionero allá. Hay que asegurarse.

—¡Cielos! ¡Ni siquiera se me ocurrió pensar en esa posibilidad! —exclamó Lucy, horrorizada—. ¡Oh, Jack! No creerás que le han pillado, ¿verdad?

—Ni por un instante —respondió alegremente el muchacho—. Pero es mucho mejor estar seguros. Más vale que me vaya ahora, mientras están ocupados los hombres en las cuevas. Y, a propósito, ¿estaban los ocho allí?

—Creo que sí —contestó Dolly, frunciendo el entrecejo—. Pero no estoy segura. ¿Te fijaste tú, Lucy?

—No. No les miré siquiera —contestó la otra—. ¡Me dan no sé qué!

—Bueno, supongo que sí que estarán todos —dijo el niño—. ¡Brrrr! ¡Es frío el viento de hoy! Me pondré otro jersey. ¡Hasta la vista, niñas! ¡Volveré pronto!

Marchó, siguiendo la ya conocida senda, hacia la cabaña. No creía que hubiese sido atrapado Jorge, pero necesitaba tener la seguridad. Exploró cautelosamente los alrededores. La puerta de la cabaña estaba cerrada. Se acercó a ella y atisbo por la ventana. No, Jorge no estaba allí. ¡Menos mal!

—Quizá sea mejor que vaya a la cuadra —pensó—. Pudieran tenerle atado allí. Y fue a la cuadra. Tampoco le encontró. La cuadra estaba desierta. ¡Bien! ¡Magnífico!

Una ráfaga de viento barrió el valle de pronto. Empezó a llover a mares y Jack corrió a refugiarse bajo un árbol, el mismo en el que se guarecieron todos y que, por su corpulencia y la densidad de su follaje, les protegería contra la lluvia. Se acurrucó junto al tronco, mientras el viento soplaba a su alrededor. Era tal el ruido del aire, que no oyó las pisadas que por el otro lado se acercaban, ni se dio cuenta de que Pepi se detenía para contemplarle con asombro.

El hombre dio la vuelta al árbol en un santiamén y agarró a Jack por el hombro.

El niño soltó un alarido de susto. Pepi le asió con más fuerza.



—¡Suélteme! —aulló Jack—. ¡Suélteme, bruto! ¡Me está haciendo daño en el hombro! Pepi cogió un palo y sonrió.

—Un poco de jarabe de palo te sentará bien —dijo—. Nos estás dando la mar de trabajo.

¿Dónde están los otros? ¡Vas a decírmelo a te llenaré el cuerpo de cardenales!

—¡Suélteme! —volvió a gritar el niño.

Y le dio un puntapié en la espinilla con toda su alma. El hombre exhaló una exclamación de dolor, y le dio un palo en la espalda. Jack le dio otro puntapié.

Fácil es adivinar lo que le hubiera sucedido al pobre Jack... ¡de no haberle ocurrido algo antes a Pepi! Bramó el viento y sacudió el árbol con violencia. Algo cayó del árbol y dio de lleno en el hombro del ladrón enfurecido. Rodó por el suelo bajo el impacto, dando gritos y llevándose la mano al sitio dolorido. Jack salió corriendo. Volvió la cabeza a los pocos pasos.

Pepi intentaba levantarse, gimiendo. El viento volvió a bramar y el corpulento árbol escupió otra cosa que le dio a Pepi en la cabeza. Cayó de nuevo, y no se movió ya.

—¡Troncho! —exclamó el niño, boquiabierto—. ¡Son dos de las maletas que

dejamos en el árbol! ¡Han ido a caer en el momento más oportuno! Dios quiera que no le hayan matado.

Retrocedió cautelosamente hasta el caído. No; no estaba muerto; sólo sin conocimiento. Jack vio su oportunidad en seguida. Se quitó la cuerda de la cintura, le sujetó fuertemente las manos y los pies, y le ató luego al árbol.

—Ahora no podrás perseguirme, mi querido Pepi —murmuró Jack, dirigiendo una rápida mirada a las ramas, por si se desalojaban las otras dos maletas también—. Supongo que los otros te dejaron de guardia aquí hoy, puesto que sabían que alguien os había quitado comida. Bueno, pues no vas a servir gran cosa como guardián durante el resto del día. Pero no te preocupes; el árbol te protegerá contra la tormenta.



De súbito, se le ocurrió una idea tan extraordinaria, que se quedó completamente inmóvil y boquiabierto. Luego dio una palmada y gritó:

—¡He de hacerlo, he de hacerlo, he de hacerlo! Pero ¿tendré tiempo? ¿Tendré tiempo?

Empezó a correr todo lo aprisa que pudo a través del viento y de la lluvia.

—¿Por qué no se me ocurriría antes? Si esos hombres están en las cuevas del tesoro, puedo echarle los cerrojos a la puerta como nos hicieron ellos a nosotros, y dejarles prisioneros.

¿Por qué no se me ocurriría antes? Quizá sea demasiado tarde ya.

Corrió y corrió, jadeando, sin aliento, ardiendo a pesar de la lluvia y del aire.

—No va a servir de nada. Habrán salido de las cavernas ya —pensó—. Quizá los vea de un momento a otro. ¡Oh! ¿Por qué no se me ocurriría antes? ¡Hubiera podido ir a encerrarles antes de dejar a Lucy y a Dolly!

Era una maravillosa idea, en efecto. Los hombres se convertirían en prisioneros. No conocían el paso oculto tras el cuadro y jamás se les ocurriría buscarlo allí. Los ancianos no se lo darían a conocer, desde luego. ¡Oh! ¡Si aún estuvieran en las cuevas...!

La lluvia caía a cántaros. El viento soplaba como un Huracán. Afortunadamente, le venía ahora por la espalda, ayudándole a correr. Estaba calado hasta los huesos; pero le tenía sin cuidado. No vio ni rastro de los hombres. Aflojó el paso al acercarse a la catarata. No quería darse de manos a boca con ellos. Empezó a pensar con más serenidad.

—Quizá no salgan hasta que deje de llover y la tormenta cese. La lluvia estropearía los libros, los documentos y los cuadros. Sí; es seguro que aguardarán. Quizá llegue a tiempo aún. Hasta es posible que decidan pasar la noche allá si el tiempo no se aclara.

Jack tenía razón. Los hombres, al asomarse a la ladera de la montaña y ver la tormenta, habían decidido no aventurarse fuera con sus tesoros. Quedarían estropeados.

—Más valdrá que pasemos la noche aquí —dijo uno de ellos—. En ese cuarto en que están las mantas. Echaremos a los niños y a los viejos.

Sólo encontraron allí a los ancianos. Contestaron con vagos gestos cuando les preguntaron adonde habían ido los niños, señalando hacia el pasillo que conducía a la repisa soleada.

Los hombres se acomodaron sobre las mantas y uno de ellos sacó una baraja. Colocó el quinqué de suerte que todos pudieron ver bien, y empezó a dar las cartas. Los ancianos pasaron a la «sala comedor», tristes y asustados. ¡Cómo rogaron al cielo que no se les ocurriera a aquellos individuos mirar detrás del cuadro!

Cuando llegó Jack a las cuevas, apenas podía andar por los corredores. Avanzó, dando traspiés. Cruzó la gruta de las estalactitas y la de las estrellas. No vio a ninguno de los hombres. Se le fue el alma a los pies. ¿Se habían marchado después de todo? ¿Se habría cruzado con ellos sin verles? Continuó adelante con cautela. Cuando llegó a la sala comedor, se asomó sigilosamente, y vio a los ancianos y a la gallina «Marta».

Luego oyó el ruido que hacían los hombres en el cuarto contiguo. Llamó al matrimonio con un gesto. Marido y mujer se pusieron en pie silenciosos, y le siguieron. Jack no habló hasta estar lo bastante lejos para que no pudieran oírle los desvalijadores.

—Vengan —dijo, conduciéndoles fuera de la cueva de las estatuas—. Voy a encerrar a estos individuos; pero no quiero encerrarles a ustedes también.

Corrió todos los cerrojos con gesto triunfal. ¡Rrrrrrac! ¡Rrrrrrac! ¡Rrrrrrac! ¡Lo había conseguido! ¡Lo había conseguido!

## Capítulo XXVIII

### El día después de la tormenta

En cuanto hubo corrido los cerrojos, Jack se desmoronó. Su forcejeo con Pepi, la larga carrera en la tormenta y la tremenda emoción de hacer prisioneros a los bandidos, le habían agotado. Cayó al pie de la cerrada puerta y se quedó inmóvil. La oscuridad era completa allí. El matrimonio buscó a Jack a tientas, alarmado. ¿Qué le estaba sucediendo al pobre niño? Le encontraron la lámpara en el bolsillo, la encendieron, y contemplaron con ansiedad el pálido rostro de Jack y los cerrados ojos. Intentaron arrastrarle escalones arriba.

—Tiene la ropa chorreando —dijo la vieja, tocándole el jersey y el pantalón—. Pillará un resfriado, un resfriado enorme. Quizá le cueste la vida. ¿Qué hacemos?

—Le subiremos por estos escalones —le contestó su marido—. Le instalaremos cómodamente en la gruta de las estrellas. Le envolverás en tu toquilla y le daré mi chaqueta.

Entre los dos, lograron subir los escalones. ¡Cómo jadearon y gimieron! No pudieron ir más allá del último de ellos. El viejo le quitó a Jack la ropa mojada y le puso su chaqueta. La anciana la envolvió en su gruesa toquilla. Escurrieron las prendas del niño y las colgaron en la pared rocosa para que se secasen.

Estaban asustados. ¿Qué iban a hacer ahora? Aquellos hombres estaban encerrados en las cavernas con lo que quedaba del tesoro. ¡Qué furiosos se pondrían en cuanto se dieran cuenta de lo ocurrido!

Jack no tardó en volver en sí. Se incorporó, preguntándose dónde estaría. Había estado medio dormido, medio desmayado. Se palpó la ropa. Pero ¿qué era lo que llevaba puesto? ¿Una toquilla? ¡Cielos! ¿Estaba disfrazado de estatua otra vez?

El matrimonio le oyó moverse y volvieron a encender la lámpara. Le miraron con ansiedad, y sintieron alivio al ver que no estaba tan pálido ya.

—¿Estás mejor ahora? —preguntó con dulzura el viejo.

—Sí, gracias —contestó, tirando de la toquilla—. ¿Qué es esto?

—¡Tenías la ropa tan mojada! —anunció el anciano—. Tuvimos que quitártela para que se secara o, de lo contrario, hubieses pillado un resfriado muy grande. Llevas mi chaqueta y la toquilla de mi mujer.

—Oh..., pues gracias —dijo el niño, sintiéndose un poco ridículo con aquella indumentaria—. Perdonen que les diera un susto. No lo pude remediar..., supongo que sería por la carrera que me di por la mañana. Oigan..., ¿verdad que fue una buena idea encerrar a esos hombres?

—¡Ah! Pero ¿qué nos harán a nosotros cuando lo sepan? —inquirió tristemente el

viejo.

—Nada. ¿Cómo han de poder? Están al otro lado de una puerta que no pueden abrir, ¿no? No se preocupe, que ningún peligro corremos.

Se puso en pie. No tenía muy seguras las piernas; pero podía andar.

—Voy a acercarme a la boca de las cuevas para ver si ha aflojado la tormenta —dijo—. En caso de que así sea, marcharé a la cueva del helecho, donde están las niñas. Estarán asustadas solas.

Consiguió llegar a la entrada a trompicones. Las nubes eran tan negras y estaban tan bajas, que parecía de noche allá fuera. Era totalmente imposible salir.

—Me extraviaría —pensó Jack—. ¡Troncho! ¡Qué preocupadas estarán las niñas por mí! Dios quiera que no se asusten estando solas. Sea como fuere, es inútil..., no tendré más remedio que pasar la noche aquí con los viejos..., pero no resultará muy cómodo.

Y no lo fue. Hallaron un lugar en la gruta de las estrellas, una especie de cuenco redondeado, un hueco en la roca que tenía pocos salientes. Se apelotonaron allí todos para no perder el calor. Jack intentó conseguir que los ancianos se pusieran otra vez las prendas que le habían dejado, alegando que ya estaba casi seca su ropa. La anciana se enfadó mucho cuando sugirió semejante cosa, y riñó a su marido con palabras que el niño no comprendió, pero cuyo significado podía adivinar.

—Mi mujer dice que eres un niño muy malo con proponer ponerte ropa mojada —anunció el viejo—. Nos apretaremos bien unos contra otros. En realidad no es fría esta caverna.

Cierto que no era muy fría. Jack yació entre marido y mujer, contemplando el techo de la caverna. Observó cómo brillaban, se desvanecían, titilaban y resplandecían aquellas extrañas estrellas verdiazules. Las había a centenares y fascinaba contemplarlas. Estuvo pensando en ellas un buen rato, y acabó quedándose dormido.

Los primeros en despertarse por la mañana fueron los ancianos. Se sentían entumecidos e incómodos; pero no se movieron, por temor a turbarle el sueño a Jack. Éste se despertó por fin, incorporándose. Vio por encima de él las brillantes estrellas y supo en seguida dónde se encontraba.

—¿Qué hora será? —murmuró, consultando su reloj de pulsera—. ¡Las siete y media! ¡Troncho! ¿Qué estarán haciendo esos hombres? ¿Tengo seca la ropa?

Por fortuna se había secado ya. Jack se vistió rápidamente, devolviendo chaqueta y toquilla y expresando su agradecimiento.

—No se muevan ustedes de aquí —les dijo a los ancianos—. Voy a acercarme a la puerta a ver si oigo algo.

Se fue, completamente restablecido ya. En cuanto llegó a la escalerilla que bajaba hasta la puerta de roble, oyó una serie de golpes. ¡Ah! ¡Los hombres habían

descubierto que estaban encerrados! ¡Pum! ¡Zas! ¡Ban! Estaban golpeando la recia puerta con toda su alma. ¡Cómo gritaban y chillaban! ¡Cómo descargaban puntapiés para ver si la podían derribar!

Jack sonrió con regocijo. ¡Qué bien empleado les estaba! Estaban cobrando en la misma moneda. Habían encerrado a los niños, y ahora les tocaba estar encerrados a ellos.

De pronto sonó un estampido que le hizo dar un brinco a Jack. Era un disparo de revólver.



Tiraban contra la puerta, con la esperanza de destrozarse los cerrojos. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! El niño retrocedió un poco, temiendo que alguna bala se perdiese de alguna manera y fuese a darle a él, aunque eso era imposible. ¡Pam! ¡Pam! Los cerrojos no podían destrozarse. Los hombres dieron unos cuantos golpes más con algo, y luego lo dejaron. Jack corrió a contarle al matrimonio lo que sucedía. Pero estaban los dos demasiado asustados para encontrar placer con el relato.

—Me parece que les llevaré a la caverna del helecho donde están las niñas —les dijo—. Tenemos comida y mantas allá. Vengan conmigo.

Los ancianos se negaron a moverse de aquel sitio que conocían tan bien. Les aterraba el aire libre, la montaña, el mundo exterior. Nada de lo que pudo decir Jack sirvió para convencerles.

—Bueno, pues tendré que irme yo solo adonde están las muchachas, entonces. Las traeré aquí, junto con provisiones y mantas. Será mejor que estemos todos juntos. Esos hombres han dejado de representar un peligro para nosotros. No pueden salir de donde están. Aun cuando encontraran el agujero detrás del cuadro, estoy seguro de que no podrán pasar de la gruta de los ecos.

Se despidió de la asustada pareja y salió al sol. Sentía su calor en la cabeza y lo encontraba delicioso. El firmamento volvía a ser azul y ya no hacía viento.

Se dirigió a la cascada, llegando allí sin tropiezo, porque podía seguir los «indicadores» con facilidad ahora. Le llamaron las niñas en cuanto le vieron. Estaban atisbando por entre las frondas.

—¡Jack! ¡No volviste anoche! ¡Oh, Jack! ¡Apenas pude pegar un ojo pensando en lo que podríaa haberte ocurrido! —exclamó Lucy.

—¿Qué pasó? —quiso saber Dolly, que estaba bastante paliducha.

También ella había sentido mucha ansiedad, sobre todo al descargar la tormenta.

—¡Montones de cosas! —contestó el niño—. Traigo noticias maravillosas..., ¡las mejores del mundo!

—¡Cielos! ¿Está Jorge de vuelta entonces?... ¿Llegó Bill? —preguntó apresuradamente Lucy.

—No; mis noticias no son ésas. ¿Sabéis lo que he hecho? ¡He encerrado a esos hombres en las cavernas! ¿Qué os parece?

—¡Qué idea más maravillosa! —contestaron las niñas a coro—. Pero —agregó Dolly—, ¿y los ancianos?

—Oh, los saqué a ellos primero. Y encontré a Pepi junto a la cuadra y le até de pies y manos. Le dejé sujeto a ese árbol en que estuvimos escondidos.

—¡Jack! ¡Qué maravilloso eres! —exclamó Lucy—. ¿Luchaste con él?

—Pues..., no fue eso precisamente —contestó Jack—. Me cogió y le di unos cuantos puntapiés bien fuertes. Y, en aquel momento, sopló con fuerza el viento y se cayeron del árbol dos de nuestras maletas y le dejaron sin sentido. Me quedé yo tan sorprendido como él.

—¡Oh..., claro! ¡Nos dejamos las maletas allá! —dijo Dolly—. ¡Oh, Jack! ¡Qué suerte que se nos ocurriera dejarlas!

—Pepi debe haber pasado una noche la mar de incómoda —dijo Jack—. Tuvo a la lluvia y al viento por únicos compañeros.

Les contó cómo había dejado al matrimonio en la gruta de las estrellas y les habló de los intentos de los enfurecidos bandidos por echar abajo la puerta.

—No he podido conseguir que los viejos abandonen las cavernas —acabó

diciendo—. Conque más vale que recojamos las latas de conserva y las mantas y volvamos allá para hacerles compañía. Me dejaron su chaqueta y su toquilla anoche porque tenía chorreando la ropa. No podemos dejarlos allí sin comida ni cama.

—¡Oh! —suspiró Lucy—. Esta cueva me gusta mucho más que ningún sitio. Pero los viejos han sido muy buenos para con nosotros. ¿Está «Marta» allí también, Jack?

—¡Troncho!... No. Me había olvidado por completo de ella. Dios quiera que no se les ocurra a esos hombres matarla y comérsela.

Semejante posibilidad era horrible y dejó a la pobre Lucy muda durante un minuto o dos. Pobre «Marta». ¡Ojalá la dejaran tranquila los desvalijadores!

«Kiki», claro está, estaba tan encantado de ver a Jack como las niñas. Se le posó en el hombro, arrullándole mientras hablaba, tirándole de la oreja, revolviéndole el pelo. Jack le rascó, cariñoso, la cabeza, contento de tenerle a su lado otra vez. Las niñas recogieron unas cuantas latas y Jack se echó las mantas al hombro. Luego, volando «Kiki» delante de ellos, emprendieron la marcha, siguiendo los indicadores. El sol caldeaba la atmósfera. Era un día magnífico.

—Me gustaría poder dibujar un plano de cómo conduce a nuestra caverna el agujero que hay detrás de ese cuadro —dijo Dolly—. La montaña está acribillada de agujeros y cavernas. Oíd, ¿verdad que suena mucho la cascada esta mañana? Y parece más grande que nunca. Supongo que será por la lluvia de anoche.

Llegaron a la entrada de las cuevas por fin, y entraron. Se encaminaron a la gruta de las estrellas, y los ancianos les recibieron con alegría y cordialidad. La vieja no pudo ocultar su inmensa alegría al ver a Lucy de nuevo y la acarició amorosa.

—Tengo hambre —dijo ésta, intentando escaparse de los brazos de Elsa—, mucha hambre.

La tenían todos. Era un sitio raro en que hacer una comida..., la gruta de las estrellas. Los niños contemplaron sus titilantes lucecillas, como fascinados. ¡Qué a gusto se hubiera llevado Lucy unas cuantas para el techo de su alcoba! Expresó nuevamente este deseo al contemplarlas.

—Bueno, pues ahora lo único que tenemos que hacer es aguardar —dijo Jack, colocando la pila de mantas de forma que todos pudieran sentarse lo más cómodamente posible—. Todo depende de Jorge. Es evidente que esos hombres no saben que se escondió en uno de los aparatos, de lo contrario hubiesen dicho algo. Debe de haber conseguido huir. ¿Qué estar haciendo en estos momentos?

## Capítulo XXIX

### Un viaje muy extraño

¿Qué había sido de Jorge? Desde luego estaba corriendo una buena aventura. Durmió bajó un montón de mantas y gabanes hasta el amanecer. Los aeroplanos aterrizaron entonces, rodando por el suelo sobre sus enormes ruedas. Jorge se despertó al instante. Abrió un hueco entre las mantas y atisbo para ver qué hacían los tripulantes del aparato. Se estaban apeando. ¡Qué suerte que no se les hubiera ocurrido echar una mirada por el interior del avión, ni coger uno de los abrigos de la pila! Otros hombres, allí en tierra, estaban saludando a los recién llegados. Jorge se incorporó e intentó oír lo que le decían. Pero la mitad de la conversación se sostuvo en un idioma extranjero y, en cualquier caso, el jaleo era demasiado grande para que pudiera distinguir palabras.

Miró por el interior. Había una de las cajas en el centro cubierta con una lona. Intentó ver qué contenía. Metida entre paja estaba una de las estatuas, evidentemente una de gran valor. Atisbo cautelosamente por la ventana del avión, porque habían dejado de oírse las voces. ¿Dónde estaban los hombres? ¿Podría apearse ahora y huir en busca de ayuda? Se quedó mirando al exterior, con sorpresa. Los aviones, y algunos otros más, se hallaban en una vasta planicie cubierta de hierba. Y delante y todo alrededor..., ¡se veía el mar! Debían encontrarse en una isla.

Se sentó a reflexionar unos instantes. Aquellos hombres eran unos granujas. Estaban haciendo un negocio con valiosos tesoros escondidos durante la guerra y quizás olvidados. Tenían aviones propios..., y un campo de aterrizaje secreto. ¿Qué mejor que una isla solitaria, en la vecindad de la costa escocesa, por ejemplo?

—Entonces, supongo que tendrán canoas, automóviles o lanchas propias para llevarse las cosas —pensó Jorge—. ¡Es una cuadrilla bien organizada! Jamás conseguiré salir de aquí sin ser visto..., jamás. Si es una isla, y lo parece, soy tan prisionero aquí, como lo fui en las cuevas del tesoro. ¡Qué mala pata!

De pronto se acordó de la idea de Dolly. ¿Y si se escondiera en la caja? Con toda seguridad embarcarían aquella figura para mandarla a alguna parte y venderla. Bueno y, ¿por qué no iba a poder él ir con ella?

Miró por la ventanilla otra vez para ver dónde estaban los hombres. Evidentemente comían en una cabaña situada a cierta distancia. Calculó que disponía de media hora por lo menos para hacer sus preparativos. Aflojó un poco más la lona, que no estaba atada muy prieta. Descubrió que el cajón iba sujeto con una especie de aldabilla. Al levantarla, todo un lado de la caja se abrió, como si fuera una tapa. La imagen se encontraba dentro, recubierta de paja, que empezó a salirse. A Jorge le

pareció la efigie de algún santo antiguo. La miró con atención. ¿Era posible que estuviese hecha de oro? Esa sensación daba, por lo menos. En cualquier caso, era igual. Iba a reposar en el mismo sitio en que había estado reposando el niño; debajo de mantas y gabanes. Y Jorge ocuparía su lugar. No le costó gran trabajo sacarla; pero, una vez fuera encontró que pesaba bastante. Casi le hizo perder el equilibrio, aunque tenía un tamaño aproximadamente igual al suyo.



La arrastró hasta la pila de mantas y la tapó bien para que no se viera asomar ninguna parte de ella. Luego recogió cuidadosamente todas las pajas caídas y volvió a meterlas en el cajón. A continuación se introdujo él. La estatua había dejado un hueco bastante grande y procuró acomodarse él en el mismo sitio. Tiró de la tapa lateral para cerrarla y se envolvió en la paja. Pero no podía sujetar la aldabilla desde dentro y hubo de dejarla así, confiando en que, si los hombres se daban cuenta de que estaba abierta, creerían que se trataba de un accidente.

Hacía un calor enorme allá dentro. Jorge se alarmó un poco, pensando en que a lo mejor no podía respirar al cabo de un rato. Hizo un túnel en la paja a la altura de su boca y de su nariz. Después de eso se sintió mejor.

Llevaría en la caja cosa de un cuarto de hora, cuando se acercaron dos hombres con un carro. Descargaron todos los aviones. Sacaron con cuidado la caja en que se hallaba Jorge y, cuando el lado se movió, sujetaron la aldabilla, sin sospechar que, en lugar de una estatua, lo que iba dentro era un niño vivito y coleando.

Cargaron la caja en el carro con otras cosas. Luego partió el vehículo hacia el mar, saltando por los baches. Jorge recibió un buen zarandeo. La paja le hacía cosquillas y le pinchaba por todas partes. Apenas podía respirar. Pero no le importaba. Pronto se hallaría a bordo de un barco camino de tierra. Cuando llegara,

podría escaparse y dirigirse a la policía. Conque soportó con paciencia las incomodidades, procurando esquivar las puntas de la paja mediante el sencillo procedimiento de removerse de vez en cuando un poco. No veía nada. Sólo pudo deducir que habían llegado por fin a un muelle donde estaba atracada una lancha grande. Le transportaron a bordo, depositándole en la cubierta inferior. Colocaron otras cosas a su lado. Se oyeron luego voces dando órdenes. Arrancó el motor de la lancha y Jorge sintió que la nave se deslizaba por el agua. ¡Se habían puesto en marcha!

—Esta gente no pierde mucho tiempo —se dijo—. Procuran no conservar en su poder estas cosas más de lo absolutamente necesario. ¿Quién se las comprará?

El viaje hasta tierra, fuera éste cual fuese, resultó largo. Esto confirmó la creencia del niño de que el campo de aterrizaje se encontraba en una isla desierta y apartada. Por fin la lancha entró en puerto. Empezaron a descargarla inmediatamente.

No manejaron la caja aquella con guantes de seda. En cierto momento. Jorge se vio colocado patas arriba durante medio minuto. Pasó un rato terrible. Creyó que tendría que gritar pidiendo auxilio. Pero cuando empezaba a decirse que no podría soportar aquella posición un segundo más, sintió que levantaban la caja de nuevo y la ponían en un vehículo motorizado, que partió en seguida.

Al cabo de un rato se detuvo. Oyó el silbido de una locomotora, y le dio un vuelco de alegría el corazón. Se hallarían, probablemente, en una estación de ferrocarril. Quizá le metieran en un furgón de equipajes o en un tren de mercancías. Resultaría fácil escapar entonces. No se había atrevido a intentarlo antes, porque tenía la seguridad de que todos los que habían tocado la caja eran cómplices de los ladrones.

No le metieron en un tren. Le dejaron en un apartadero, junto con otras mercancías que habían de marchar en otro tren. Aguzó el oído, con la esperanza de oír alejarse al vehículo que le trajera. Podría salir sin peligro entonces.

Aguardó unos veinte minutos. Luego empezó a intentar liberarse. Pero no pudo descorrer la aldabilla. Se puso a gritar:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Auxilio!

Un mozo que se hallaba a cierta distancia, dio un salto de alarma. Volvió la cabeza. No había nadie a la vista más que un viajero solitario que aguardaba el tren siguiente, y otro mozo en el andén opuesto. Jorge volvió a gritar:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Sáquenme de aquí!

El mozo se asustó. Miró al viajero. ¿Habría él oído los gritos también o era pura imaginación suya, que habían gritado? El viajero sí que los había oído y su rostro reflejaba alarma.

—Alguien se encuentra en algún trance apurado —dijo, acercándose al mozo—. Suena como si estuviera en ese apartadero pequeño.

—No hay nadie allí —contestó el mozo, mirando hacia donde le señalaban.

—¡Eh! ¡Dense prisa y sáquenme! —sonó con urgencia la voz de Jorge.

Y, con gran horror del viajero y del mozo, la enorme caja empezó a oscilar.

—¡Hay alguien ahí dentro! —exclamó el mozo, corriendo hacia la caja.

Alzó la aldabilla con dedos trémulos. Jorge salió al instante, paja en el cabello, paja en el cuello, paja por todas partes, y terriblemente excitado.

—¡Quiero ir a la comisaría! —anunció—. No puedo detenerme a darle a usted explicaciones ahora. ¿Dónde está la comisaría?

—Allá —tartamudeó el mozo, indicando un edificio pequeño, cuadrado, a unos cien metros de la estación—. Pero..., pero..., pero...

Jorge le dejó «pereando» y corrió hacia la comisaría, emocionado. Le había salido divinamente la fuga, pensó. Irrumpió en la comisaría y casi dio un susto al guardia.



—Quiero denunciar algo importante a alguien que tenga autoridad —dijo Jorge—. ¿Quién es el Jefe aquí?

—Yo soy el policía de guardia. ¿Quién eres y qué quieres? Puedes presentarme la denuncia a mí.

—Quiero usar el teléfono —anunció Jorge, pensando que sería una buena cosa ponerse en contacto con Bill cuanto antes. ¿Puede conseguirme usted comunicación con el número que le diga?

—Oye, oye, el teléfono de la policía no puede usarse sin motivos fundados —le contestó el guardia, que empezaba a creer que aquel niño cubierto de paja estaba loco—. ¿Cómo te llamas y dónde vives?

—Me llamo Jorge Mannering —contestó el niño con impaciencia—. No me entretenga ni me detenga, por favor. Tengo cosas muy importantes de que dar cuenta.

El nombre hizo que el guardia enderezara las orejas.

—¿Jorge Mannering? —exclamó—. ¡Escucha!..., ¿eres tú uno de los niños desaparecidos? Hace días que faltan cuatro. ¿Eres tú uno de ellos?

Sacó una carta impresa del cajón y la miró. Se la dio luego a Jorge. Con gran sorpresa suya, el niño vio su propia fotografía, la de Lucy, la de Jack y la de Dolly — y la de «Kiki» también, naturalmente—, junto con los nombres y descripción de cada uno de ellos debajo.

—Sí, yo soy éste —dijo, señalando su propio retrato—. Jorge Mannering. Y quiero ponerme en contacto con Bill Smugs..., no, su verdadero nombre es Cunningham, claro; inmediatamente. «Es importantísimo».

El guardia entró de pronto en actividad. Descolgó el auricular del teléfono. Pidió un número que le dieron inmediatamente. Habló con un superior.

—Jefe, uno de los niños desaparecidos acaba de presentarse aquí... Jorge Mannering... Quiere dar cuenta de algo al detective inspector Cunningham. Sí, jefe. Así lo haré, jefe. Se volvió hacia Jorge.

—¿Están los demás niños contigo?

—No; pero están sanos y salvos y no corren peligro..., de momento. Yo he logrado escaparme y quiero ayudar a salvarlos. ¿Puedo conseguir comunicación con Bill Cunningham, por favor?

El guardia habló por teléfono.

—Los otros niños están bien, pero no se encuentran con él. Tenga la bondad de notificarlo a la señora Mannering. Habrá nuevas noticias más tarde. ¿Cuándo estará aquí el inspector?

El policía colgó el auricular y miró con satisfacción a Jorge. ¡Y pensar que aquel emocionante caso de los «Niños Desaparecidos» iba a resolverse en su propio distrito!

—¿Dónde estoy? —preguntó Jorge, de pronto—. ¿Cómo se llama este sitio?

—¿No lo sabes? —exclamó el otro, sorprendido—. Ésta es la población de Gairdon, en la costa nordeste de Escocia.

—Me figuré que me encontraría en algún sitio así —murmuró Jorge—. Siento no poder decir nada..., pero creo que será mejor que aguarde a Bill.

Y Bill llegó, ¡en su aeroplano! Aterrizó en el aeródromo más próximo, tomó un automóvil policíaco muy rápido y llegó a Gairdon a las dos horas. Buena marcha. Jorge oyó acercarse el automóvil y corrió a su encuentro.

—¡Bill! ¡Ya sabía yo que vendría usted! ¡Oh, Bill! ¡Tengo unas noticias emocionantes que darle! ¡No sé por dónde empezar!

## Capítulo XXX

### Bill entra en acción

Bill saltó del coche, asió a Jorge del brazo, y le miró.

—¿Estás bien? —quiso saber—. ¿Estáis todos bien? Tu madre casi se ha vuelto loca de angustia.



—Estoy divinamente, Bill. Y todos los otros también. Pero nos hemos metido en una aventura la mar de extraordinaria. He de contárselo aprisa. Tenemos que ponernos a trabajar. Verá usted...

—Entremos en la comisaría —dijo Bill.

Jorge siguió a la corpulenta figura, lleno de alivio al oír su voz decidida y ver su rostro fuerte e inteligente.

A los pocos minutos, le estaba contando la historia. Bill le escuchó lleno de asombro, interrumpiéndole de vez en cuando con una pregunta. Cuando oyó cómo había sacado el niño la estatua de la caja, ocupando él su lugar, rompió a reír.

—¡En mi vida he conocido a unos niños como vosotros! ¿Qué diablos haréis a continuación? Me abrumáis. Pero, bromas aparte, esto es verdaderamente extraordinario. Jorge, verdaderamente extraordinario. Los hombres con quienes habéis estado son los mismos tras los que ando yo desde hace algún tiempo. No

conseguíamos averiguar qué tramaban..., aunque sabíamos que no era nada bueno.

—¿De veras? —exclamó Jorge, sorprendido—. A propósito, Bill..., aquella noche que teníamos que irnos con usted en su aeroplano... y nos equivocamos de aparato..., oímos disparos. ¿Tuvo eso algo que ver con usted?

—Ya lo creo. Dio la casualidad que fueron vistos allí dos de aquellos hombres, y detenidos. Se abrieron paso a tiros... y eso fue lo que oísteis. Por poco me metieron a mí un balazo en la pierna. Te aseguro que nos encantará poderles echar el guante y tener algo de qué acusarles. Son unos bribones muy hábiles. Sudamericanos. En contacto con criminales de guerra que les dijeron dónde encontrar muchos de los tesoros perdidos o escondidos en Europa. Muchos de ellos no se han encontrado nunca, como sabrás.

—¡Troncho! ¡Aguarde a que vea nuestras cavernas de tesoros! —dijo Jorge—. Oh, y a propósito, aquí tiene un librito de notas que me llevé del bolsillo de uno de esos hombres.

Se lo entregó. Bill le echó una mirada y por poco se le desorbitan los ojos.

—¡Caramba! ¿Tú sabes lo que es esto? ¡La clave que emplean esos granujas y la lista de toda la gente complicada en el asunto..., con su dirección en clave! Jorge, mereces una medalla. Éste es un hallazgo de primera. Vamos a poder atrapar a toda la cuadrilla.

Jorge quedó encantado al ver la satisfacción de Bill. Éste se puso en pie y se dirigió al teléfono. Hizo varias llamadas, cortas, pero expresivas. Jorge, que las escuchó, no entendió gran cosa. Esperaba que Bill saliera pronto a rescatar a los otros. Estarían aguardando, llenos de ansiedad.

Bill colgó el auricular por fin.

—Vamos a llevarnos mi aeroplano y otro con doce hombres, incluyéndome a mí —dijo—. Saldremos a las doce.

—Yo iré también, ¿verdad? —preguntó con ansiedad, el niño.

—Creo que será mejor que te quedes y veas a tu madre —contestó Bill—. Además, podría haber algo de jaleo cuando lleguemos nosotros allá.

Jorge le miró con la mayor indignación.

—¡Bill! ¡Los otros estarán allí..., Jack y las niñas! Y..., ¿quiere excluirme a mí? ¿No vine yo aquí? ¿No fui yo quien...?

—Bueno, bueno, hijo mío —respondió el inspector—. Irás con nosotros. Dios sabe en qué otra aventura te meterías como te dejase atrás.

Jorge se animó en seguida. Se sacó a «Tijita» del bolsillo y se la presentó a Bill.

—Le presento a «Tijita Malita» —dilo. Y la lagartija corrió a la rodilla de Bill.

—Ese nombre me huele a «Kiki» —dijo el detective—. ¡«Tijita Malita»! ¡Qué nombre para una lagartija!

—Supongo que no podremos encontrar nada que comer aquí, ¿verdad? —quiso

saber el niño, preguntándose si habría alguna vez comestibles en una comisaría—. He mordisqueado un poco de chocolate a ratos, pero nada más.

—Iba a proponer que le pidiéramos al guardia de aquí que nos suministrara una buena comida —dijo Bill—. Podríamos ir al hotel, pero no estás muy presentable en estos instantes. Pareces estar expeliendo pajas por todas partes, desde los pies hasta la coronilla. Haremos una buena comida y luego te lavaremos y cepillaremos.

Se alzó el viento mientras comían. Bill miró, con ansiedad, por la ventana.

—Dios quiera que amaine el viento —observó—. Me parece que va a haber tempestad.

Y tuvo razón. Un poco antes de la hora en que debían marchar en el coche al aeródromo sonó el teléfono. Contestó el detective. Escuchó atentamente, y luego se volvió hacia Jorge.

—El parte meteorológico pronostica galerna —dijo—. Me temo que es inútil salir aún. El tiempo está muy tempestuoso por donde queremos ir.

—¡Qué mala suerte! —exclamó el niño, chasqueado y lleno de ansiedad—. Estarán la mar de preocupados los otros aguardándonos.

—Lo creo. Pero el aeródromo no da estos avisos sin causa justificada. Por lo visto esperan una de esas tormentas en las que un avión se vería obligado a volar completamente a ciegas. Y eso no es ninguna broma. No tendremos más remedio que aguardar un poco.

Jorge se llevó un disgusto. Sería terrible que los otros llegaran antes que ellos. Quería que Bill les pillara con las manos en la masa, que llegara antes que ellos y aguardara a que fueran a marchar de nuevo cargados con el tesoro aquel tan valioso.

—A propósito, Bill..., ¿cómo sabe usted adonde volar? —preguntó de pronto—. Yo no sabía qué valle era..., ni dónde estaba..., salvo que se trata de Austria. Elsa y el viejo nos dijeron eso.

—Está anotado en este librito tan interesante que me diste, junto con el nombre de otros sitios donde también pueden hallar tesoros escondidos. Ah, ese librito me dijo muchísimas cosas que yo quería saber. Jorge.

Sacó un mapa y le enseñó al muchacho con exactitud dónde estaba el valle.

—Lo pasó muy mal durante la guerra —dijo—, y el único desfiladero que a él conducía fue bombardeado durante la misma. No se ha despejado el paso aún, que yo sepa. Había planes para empezar a hacerlo este mismo año. Un hombre llamado Julius Muller, el mismo con quien te dijeron que te pusieras en contacto, ha intentado obtener permiso para abrir paso al valle y penetrar en él.

—¿Qué habrá sido de Otto? —murmuró el niño—. El pobre prisionero, ¿sabe?

—Sus señas están en el librito. He pedido ya información sobre él. Seguramente la recibiré muy pronto.

Así fue. Sonó el teléfono aquella tarde, y una voz informó a Bill que a Otto

Engler se le había encontrado sin conocimiento a la entrada de un gran hospital. Poco faltó para que muriese de un ataque al corazón, pero iba mejorando ya, aunque aún no podía hablar.

—Apuesto a que esos brutos le maltrataron y le obligaron a decirles el sitio exacto en que se encontraban las cavernas —dijo Jorge—. Luego le devolverían a su punto de origen, abandonándole en la calle, enfermo y aterrado.

—Es muy posible —asintió Bill—. No creo que tengan escrúpulos de ninguna clase.

Volvió a sonar el teléfono. Bill contestó de nuevo.

—El tiempo empeora —le dijo a Jorge—. Tendremos que aplazar el viaje hasta mañana. Lástima que tu madre esté tan lejos, de lo contrario, hubiéramos podido ir a verla. He estado intentando, desde que supe de ti, ponerme en contacto con ella por teléfono.

Jorge sí que habló por teléfono con su madre aquella tarde. La señora Mannering sintió tal alivio al oír su voz que apenas pudo decir ella una palabra. Jorge, sin embargo, encontró mucho que decir, y tuvo que interrumpirse a mitad de relato porque le cortaron la comunicación.

El día siguiente amaneció despejado y cálido. El viento casi había desaparecido por completo, agotándose durante la noche, que había sido muy tempestuosa. Jorge se había despertado un par de veces, alegrándose de que no hubieran intentado volar con tiempo semejante.

Durmió en una cómoda cama que le instalaron en una celda de la comisaría. Aquello le pareció emocionante.

—Es la primera vez que he pasado una noche en la cárcel —le dijo a Bill.

—Pues espero que sea la última —le respondió éste—. La cárcel no es un lugar agradable, muchacho.

El coche del inspector se detuvo ante la puerta. Era grande, brillante y veloz. Jorge y él montaron. Bill lo puso en marcha y partieron con rapidez. ¡Veinte millas, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta por ahora y más! El niño estaba excitadísimo.

—¡Cómo corre! —exclamó—. Es curioso que parezca un automóvil más rápido que un avión cuando se viaja en él para ganar tiempo.

Llegaron a aeródromo por fin. Allí estaba el avión de Bill, con las hélices en movimiento. A su lado había otro muy parecido. Once hombres aguardaban. Saludaron a Bill.

—Súbete a mi aparato —le dijo éste a Jorge—. Quiero hablar con mis hombres.

Habló con ellos y subió a su vez. Cinco de los hombres subieron al aparato de Bill. Los otros seis montaron en el otro. Las hélices giraron más aprisa y, con brusco estruendo, el avión de Bill despegó primero, seguido de cerca por el segundo.

Volaron de cara al viento, describiendo varios círculos, ganando altura, y enderezando luego el vuelo hacia el Este.

Jorge exhaló un suspiro de alivio. Las cosas se ponían en movimiento otra vez. Pronto volvería a ver a los otros. ¡Cuánto se alegrarían!

Al cabo de un rato, Bill le habló:

—Nos acercamos a ese valle nuestro. Jorge... Echa una mirada a ver si lo reconoces.

El niño miró hacia abajo.

—¡Sí, sí! —exclamó—. ¡Ése es! ¡Y mire! ¡Hay cuatro aviones ahí abajo! ¡Ahí es donde hemos de aterrizar! Más vale que vaya con cuidado por si andan los hombres por los alrededores y disparan.

El aparato de Bill empezó a descender. Viró en el aire e hizo un aterrizaje perfecto. El segundo aeroplano hizo lo propio.

Se pararon los motores. Hubo un silencio. Bill aguardó a ver si salía corriendo alguien. Ni un alma. Se apearon todos. Jorge siguió su ejemplo. No parecía haber nadie por allí. Bill ordenó a sus hombres que se dispersaran y registraran los alrededores antes de seguir adelante. No tardó uno de ellos en dar un grito.

—¡Eh! ¡Hay uno de ellos aquí, atado como un paquete!



Era Pepi, medio muerto de frío y de hambre. Se alegró tanto de que le pusieran en libertad, que no dio muestras de gran sorpresa al ver a tantos desconocidos. Se acercó dando traspies a Bill, escoltado por uno de los agentes.

—Metedle en la cabaña y cerradle con llave —ordenó el inspector—. ¿Quién puede haberle atado, Jorge?

—No puedo imaginármelo —respondió el niño, extrañado—. Y, mire, Bill..., aquí hay dos de nuestras maletas... Supongo que se habrán caído del árbol. Es raro.

—Aún quedan siete hombres con quienes contar —dijo Bill—. Bien. Bueno, más vale que emprendamos el camino de las cavernas. Andad con los ojos bien abiertos, muchachos, no sea que nos tiendan una emboscada. No nos interesa que nos tiroteen sin previo aviso.

Echaron a andar, enseñándoles Jorge el camino. Bill se quedó asombrado al ver el valle, las enormes montañas, las quemadas ruinas... Encontraba extraordinario el pensamiento de que aquellos cuatro niños hubieran quedado empantanados allí y corrido tan emocionantes aventuras.

—¿Oye usted la cascada ahora? —inquirió Jorge al cabo de un rato—. ¡Yo sí! Nos estamos acercando.

A los hombres les asombró oír el rumor del salto del agua, y aún les asombró más verlo. No dijeron gran cosa, porque eran hombres duros, a los que difícilmente sorprendía ninguna cosa. Pero se detuvieron a contemplarlo un rato.

—Ahora..., cuidado..., nos estamos acercando a la entrada de las cuevas —dijo Jorge, por fin—. ¿Voy yo primero? Creo que será mejor.

## Capítulo XXXI

### Un final emocionante

Jack, Dolly, Lucy, «Kiki» y los ancianos se hallaban aún en la gruta de las estrellas. Habían acabado de comer y se estaban preguntando qué hacer. ¡Qué lástima que la pareja no quisiera salir a la montaña! ¡Hacía un día tan hermoso!

—Podríamos salir a tomar el sol —murmuró Lucy, con anhelo—. No corremos peligro por parte de esos hombres. No pueden escaparse de donde están.

En aquel momento Jack la asió con fuerza del brazo, haciéndole dar un salto.

—¡Shhhh! ¡Oigo voces!

Escucharon todos con temor. Sí; se oían voces. Bajaban por el túnel que conducía de la gruta de las estalactitas a aquella en que se encontraban.

—¡Más hombres! ¡Escondeos aprisa! —exclamó Dolly.

Llenos de pánico, los niños echaron a correr hacia el otro extremo de la gruta, tropezando y dando traspiés, repercutiendo sus pisadas en la cueva.

—¡Alto! —ordenó una voz severa. Y un hombre corpulento apareció a la entrada de la gruta—. ¡Quietos todos! ¡Manos arriba!

Lucy reconoció aquella voz. Claro que la reconocía.

—¡Bill, Bill! —chilló—. ¡Oh, Bill! ¡Creíamos que nunca iba usted a llegar!

Cruzó corriendo la gruta y se echó sobre el asombrado Bill, Jack y Dolly la siguieron, dando gritos de alegría. Lucy vio a Jorge y se le echó encima también.

—¡Jorge! ¡Querido Jorge! ¡Conque sí que lograste escapar y trajiste a Bill!

Jorge quedó estupefacto al ver a los niños y al matrimonio allí. Les había dejado en las cuevas del tesoro. ¿Cómo se las habían arreglado para subir? ¿Y dónde estaban los hombres?

Los ancianos se acercaron muy despacio, medio asustados de ver tanta gente a la luz de potentes lámpara. Bill se mostró dulce con ellos.

—Pobrecillos, están asustados —le dijo a Jorge—. Bueno, ya se les cuidará bien y serán recompensadas. Y ahora, ¿dónde están esos hombres?

—Los encerré yo —anunció Jack, con orgullo—. Están prisioneros en las cuevas del tesoro.

Esto era una noticia nueva para Jorge. Y, claro, para Bill también. Interrogaron ávidamente a Jack y éste les contó cómo les había enseñado la vieja el agujero detrás del cuadro y de qué manera había escapado por él hasta la gruta de los ecos y, desde allí, a su caverna del helecho. Luego explicó cómo había ido a la cabaña, tropezándose con Pepi, al que había atado. Y, por último, cómo se le había ocurrido la «gran idea» y había vuelto a encerrar a los desvalijadores.

—¡Caramba! ¡Eso me parece a mí una buena faena! —anunció Bill—. Pero no va a ser cosa fácil sacarles de esas cuevas. ¿Podríamos pillarles desprevenidos por detrás..., entrando por el agujero ese del cuadro? Les daríamos un verdadero susto.

—¡Claro que sí! —contestó Jack—. ¡Claro que podrían! Podría usted dejar a uno o dos de sus hombres aquí, junto a la puerta para que llamasen la atención de los siete bandidos. Y mientras estuvieran gritándose unos a otros, sus demás hombres podían entrar por el otro lado y sorprenderles.

—Parece un plan excelente, ése —asintió el inspector. Dio órdenes y se volvió luego hacia Jorge.

—Voy a dejar dos hombres aquí —dijo—. Condúceles hasta la puerta esa dentro de media hora para que llamen la atención de esos bandidos y los entretengan. Jack, ven tú conmigo y los demás, y enséñame el camino a vuestra caverna y por la gruta de los ecos hasta el corredor que conduce al agujero que desemboca detrás del cuadro.

La pequeña procesión se puso en marcha. Los dos hombres que quedaron atrás aguardaron media hora y siguieron luego a Jorge hasta la puerta de los cerrojos. La golpearon y gritaron. Un grito sonó dentro en respuesta.

—¿Quiénes sois? ¡Abridnos la puerta!

Los de dentro golpearon la madera y los de fuera hicieron lo propio. Se armó un escándalo terrorífico. Los siete hombres se hallaban allá detrás, discutiendo, golpeando, exigiéndoles que se les pusiera en libertad, enfureciéndose.

Entretanto, Bill y Jack y los agentes se habían dirigido a la caverna del helecho, para descubrir, con gran consternación, que tenían que arrastrarse por un agujero del fondo que parecía un tubo. Uno de ellos por poco se quedó encallado.

—Hay que reconocer que sabéis arreglároslos siempre para meteros en los atolladeros más fantásticos que imaginarse pueda —anunció Bill, saliendo por el agujero a la gruta de los ecos—. ¡Caramba! ¡Estoy sudando!

—¡Sudando, sudando, sudando, sudando! —repitió el eco, haciendo que el inspector diera un brinco.

—¿Qué es eso? —quiso saber.

—¡Eso, eso, eso, eso! —respondieron de manera alarmante los ecos.

Jack se echó a reír.

—No es más que el eco —explicó.

«Kiki» empezó a graznar, y luego silbó como una locomotora. El ruido resultó ensordecedor.

—«Kiki» siempre hace eso aquí —dijo Jack, echando a andar—. ¡Cállate, «Kiki»! ¡Pájaro malo!

Poco después se internaron por el corredor que conducía tras la cascada. Pero antes de llegar allí, se detuvieron bajo el agujero del techo.

—¿Lleva usted una cuerda, Bill? —preguntó—. Tenemos que subir por aquí. Yo usé mi cuerda para atar a Pepi. Si puede usted auparme y subirme a su hombro, me meteré por el agujero, ataré la cuerda y la descolgaré.

Pronto quedó hecho. Los agentes fueron introduciéndose por el agujero uno por uno, diciéndose que jamás se habían visto obligados a escalar ni a arrastrarse tanto. Miraron a Jack con admiración. ¡Qué muchacho!

El niño llegó al agujero tras el cuadro. Escuchó. No oyó nada. Todos los bandidos se hallaban junto a la puerta de roble, gritando, golpeando y discutiendo. Jack dio un empujón al cuadro y lo tiró. La habitación estaba vacía. Saltó dentro y los otros le siguieron.

—Dios quiera que no haya más que esto, jefe —le dijo uno de los agentes a Bill—. Necesita usted hombres más delgados para esta clase de trabajos.

—Más vale que vayan con cuidado ahora —advirtió Jack—. Estamos cerca de las cuevas del tesoro. Atravesaremos tres de ellas para llegar a la de las estatuas. En ésta es donde está la puerta con los cerrojos echados.

—Silencio ahora —ordenó Bill.

Pisando quedamente con sus zapatos de suela de goma, los hombres avanzaron despacio, revólver en mano. A través de la gruta del oro..., a través de la gruta de los libros..., a través de la gruta de los cuadros... Jack posó la mano sobre el brazo de Bill en son de aviso. Oía algo.

—Son los hombres —dijo—. ¡Escuche! Deben de haber cogido rocas o algo para golpear la puerta de esa manera. A juzgar por el ruido, acabarán por derribarla de verdad dentro de poco.

Bill salió del túnel de la gruta de las estatuas. Aun cuando lo que le dijera Jorge le había preparado para verlas, no pudo menos que dar un brinco al percibirlas en aquel resplandor verdoso. Sus hombres le siguieron en silencio.

Al otro extremo había siete individuos. Habían encontrado una roca grande y la usaban como ariete. ¡Buuum! La roca pegó contra la puerta con violencia. ¡Buuum!

—Ésta es la nuestra —susurró Bill—. Tienen las manos ocupadas. No se ve un solo revólver entre todos ellos. ¡Vamos! ¡Adelante!

Los agentes se acercaron rápidamente a Juan y a sus hombres por detrás. Una voz incisiva, severa, ordenó de pronto:

—¡Manos arriba! ¡Estáis rodeados!



Todos los desvalijadores estaban de espaldas a Bill. Al oír su voz, dieron un brinco de sobresalto y alzaron inmediatamente las manos. Luego Juan giró sobre sus talones. Su mirada barrió al grupo que tenía delante.

—¿Cómo llegaron aquí? —preguntó entre dientes—. ¿Qué otra entrada hay? ¿Quién nos encerró?

—No se contestan preguntas ahora —anunció Bill.

Alzó luego la voz, llamando a los que estaban al otro lado de la puerta.

—¡Eh, Jim, Pete! ¡Descorred los cerrojos! Los hemos atrapado.

Se descorrieron los cerrojos. La puerta se abrió y Jim y Pete asomaron a ella, riendo.

—Ha sido una comedia la mar de bonita —anunció el segundo—. Yo la he encontrado muy divertida.

Jack entró también. A las niñas se les había dicho que no se acercaran hasta que hubieran sido capturados todos los hombres. Se encontraban con los ancianos en la gruta de las estrellas, aguardando con impaciencia. Bill contó a los prisioneros.

—Los siete están aquí. ¡Magnífico! Y tenemos al octavo también. Pete, llévate a estos individuos a los aeroplanos. Dispara en cuanto te quieran dar quehacer. Yo me

quedaré a echar una mirada. Parece que todo esto es en verdad interesante.

Se llevaron a los hombres esposados y mascullando maldiciones. Jack los vio marchar encantado de pensar que se le había ocurrido a él la idea de encerrarles. Bill le había felicitado por ello, dándole una cariñosa palmada en el hombro.

Una vez hubieron atravesado los prisioneros la gruta de las estrellas, las niñas corrieron a reunirse con Jack, Jorge y Bill. Se lo enseñaron todo al asombrado inspector. Emitió silbido tras silbido de sorpresa al ver tantos tesoros.

—Hay fortunas enormes aquí —dijo—. No va a resultar tarea fácil averiguar de dónde salieron todas estas cosas para poderlas devolver a sus legítimos dueños. Quizá pueda ayudar Julius Muller.

—Y los viejos también pueden —anunció Lucy—. Conocen la historia de la mayoría de las estatuas, por lo menos.

Recogieron al viejo matrimonio al salir, conduciéndole a los aviones también. Ahora no ofrecieron resistencia alguna a salir al exterior. Evidentemente pensaban que Bill era «algún gran personaje al que hay que obedecer». Le hacían una reverencia cada vez que les dirigía la palabra.

—Tendremos que llevárnoslos para interrogarles —dijo Bill—. Pero los devolveremos a su país tan pronto como nos sea posible..., al pueblo en que ese buen Julius Muller vive. Quizá sea lo bastante bondadoso para cuidarse de estos ancianos.

Todo el mundo subió a uno u otro de los aeroplanos. Había seis. En tres de ellos viajaban los ocho prisioneros con sus guardianes. En otros dos iban los pilotos y el matrimonio. El avión de Bill transportaba a los niños. Su aparato se elevó y los niños contemplaron el extraño valle por última vez.

—Sí, echadle una buena mirada —les aconsejó Bill—. Aparecerá dentro de muy poco en todos los periódicos..., ¡el Valle del Tesoro!

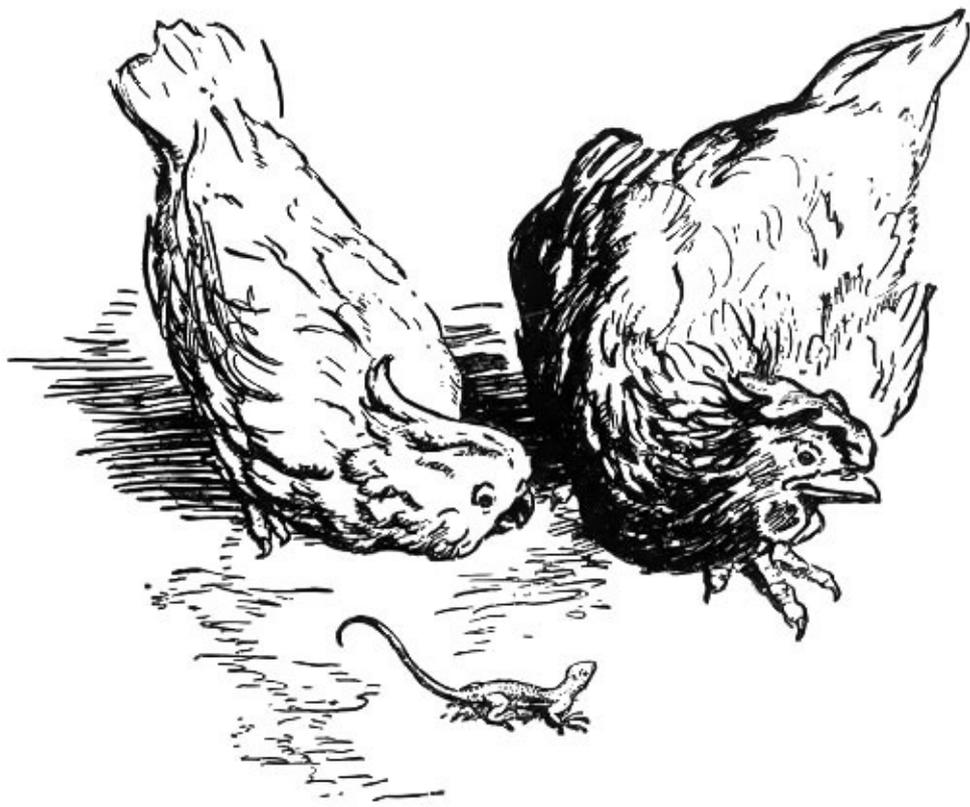
—No, Bill..., ¡el Valle de la Aventura! —exclamó Jack—. Así es como nosotros le llamaremos siempre... ¡El Valle de la Aventura!

—Me alegro de que encontráramos sana y salva a «Marta» —dijo Lucy, de pronto—. Me era muy simpática. ¡Es tan dulce!

—¡Santo Dios! ¿Quién es «Marta»? —preguntó Bill, con sobresalto—. Creí que la anciana se llamaba Elsa. ¡No me digáis que «Marta» es alguien a quien hemos dejado atrás!

—Oh, no, Bill... Está sentada en las rodillas de Elsa ahora en uno de los otros aeroplanos... Hasta es posible que ponga allí un huevo —anunció Lucy.

Bill puso cara de mayor asombro aún.



FIN



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.